

# DIOSES MUERTOS

Leticia Jiménez

## CAPÍTULO 1 – EL DÍA DEL DIOS

Heda llegó al pueblo el Día del Dios. Siempre evitaba pasar ese día en zonas pobladas, pero llevaba demasiado tiempo viajando y necesitaba provisiones. Las lluvias recientes, poco comunes en aquella época del año, le habían pillado por sorpresa. Quería secar su ropa al fuego y comer algo caliente y el pueblo de la Dama Orrena era el más cercano en su ruta

El ambiente del pueblo no era en absoluto el que Heda se había esperado encontrar. En el pueblo que gobernaba la Dama Orrena adoraban al Dios Thorne, el Dios Espino, cuyo día se celebraba a mediados de otoño. Pero no había fiestas, ni banquetes en la calle, ni niños corriendo alborozados. Solo silencio, puertas atrancadas y miradas suspicaces desde detrás de las contraventanas.

En el Día del Dios, los jóvenes que se habían ganado tal honor, eran presentados ante el Dios y éste les aceptaba y marcaba como suyos. La edad de la presentación variaba según cada joven. La forma que tenía un adolescente de ganarse su temprana presentación al Dios era bien mediante el valor en combate o cacería, o destacando en algún deporte o habilidad manual. Tanto chicos como chicas podían participar de estas actividades y cuanto más joven eras aceptado por el Dios, mayor estatus social tenías a tu alcance. Aquellos que no eran demasiado habilidosos o valientes eran presentados poco antes de cumplir los diecisiete, pero no gozaban del prestigio de los demás.

Heda llegó a la posada del pueblo y descubrió con sorpresa que la puerta estaba cerrada, así que llamó con fuerza. Estaba cansada del viaje y la ropa húmeda comenzaba a resultar gélida a causa de la fría brisa del atardecer. La puerta se abrió unos centímetros, los suficientes para dejar ver los ojos de la posadera. Al ver la mirada de la mujer, Heda comprendió que no iba a pasar esa noche en una posada.

- ¿Tiene habitaciones?
- La posada está cerrada. No hay habitaciones.
- ¿No es hoy el Día del Dios?
- El Dios ha hecho llover su ira sobre nosotros.

Sin una palabra más, la mujer cerró la puerta. Heda volvió a golpearla, y la posadera le respondió a gritos desde dentro.

- ¡Márchate! ¡No hay nada aquí para vagabundos!
- ¿Qué ha ocurrido?
- Si de verdad quieres saberlo, ve a la casa que hay frente al pozo. La maldición del Dios ha caído sobre esa casa.

Heda no comprendía qué estaba ocurriendo. El Día del Dios, una fiesta que ella evitaba todo lo que podía, era generalmente motivo de festejos en los pueblos. Nadie acogería a una viajera si alguien pensaba que su Dios estaba enfurecido con el pueblo, así que decidió hacer lo que la posadera le había dicho y descubrir por sí misma que era lo que había causado la ira del Dios. No tenía miedo de que la ira de ningún Dios cayera sobre ella. Su origen la protegía de cualquier castigo o maldición divina.

La casa frente al pozo no estaba lejos. Heda se acercó a la puerta y de inmediato captó un olor peculiar que provenía del interior de la humilde casa de madera. Golpeó la puerta con suavidad. Una joven pelirroja en edad de casarse abrió la puerta, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Llevaba las mangas del vestido arremangadas, y Heda pudo ver su Tatuaje con toda claridad. El tatuaje, un grupo de líneas intrincadas cubiertas de espinas, no tendría más de un año o dos.

- ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

- Soy Heda, de la tribu de las Cuevas. He oído que algo ha ocurrido hoy en esta casa.

La joven se echó a llorar. La voz de una anciana se hizo oír sobre los sollozos de la muchacha.

- Déjala pasar, Adya. No queremos enfurecer más al Dios negándole nuestra hospitalidad a una viajera.

Adya se hizo a un lado y Heda entró en la casa. De inmediato localizó la fuente del extraño olor que había notado antes: un caldero de hierro negro colocado sobre el fuego. En su interior hervía una combinación de hierbas que Heda no supo identificar, aunque algo en su memoria le avisó de que la había olido con anterioridad.

La habitación estaba en penumbra, iluminada tan solo por el fuego que ardía bajo la olla, pero Heda estaba acostumbrada a ver con poca luz: en la tribu de las Cuevas era lo normal. Una mujer anciana, la que le había invitado a entrar, estaba sentada en una banqueta junto a una cama donde un joven yacía, pálido e inmóvil. Heda vio un Tatuaje recién hecho en la cara interior del antebrazo izquierdo, las espinas aún enrojecidas de sangre. Se acercó a la anciana y se acuclilló junto al muchacho, observando su brazo.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Norel se presentó hoy ante Thorne. Solo tiene trece años, estaba tan orgulloso... Nadie tan joven se había presentado desde los tiempos del Señor Kera, el abuelo de la Dama Orrena.

Heda observó de nuevo al joven. Descubrió en su rostro los rasgos añejados que antes le habían pasado por alto: el tamaño del pequeño la había confundido, ya que tenía la musculatura de un muchacho varios años mayor.

- Norel era un buen cazador - continuó la anciana - uno de los mejores. Su madre murió al darle a luz y su padre cuando el chico era muy pequeño y él quiso ser cazador desde ese mismo momento, para cuidar de su hermana y de mí. Era un ejemplo a seguir entre los demás jóvenes. Teníamos tantas esperanzas puestas en él...

Adya seguía sollozando. La anciana se levantó de la banqueta, vertió un poco de la infusión caliente en un pequeño cuenco de madera y volvió a sentarse, soplando suavemente para enfriar el líquido mientras hablaba.

- La ceremonia comenzó con normalidad. La Dama Orrena bendijo a los jóvenes que se presentaban ante Thorne y les sirvió el vino y el maíz ritual con sus propias manos. Entraron en el templo y fueron marcados como súbditos Thorne. Pero en el banquete Norel comenzó a vomitar y su Tatuaje sangró.

- ¿Por qué le cuentas todo esto? - gritó Adya, encarándose con la anciana con rabia. - ¡No es más que una vagabunda!

- Calla Adya, no sabes lo que dices. Ella puede ayudarnos.

Heda se levantó, y miró a la mujer fijamente.- No puedo hacer nada para ayudarlos. No puedo curar la enfermedad del niño.

- Si que puedes ayudarnos - dijo la anciana, mirando fijamente a Heda. Su mirada se desvió hacia el brazal que cubría su antebrazo izquierdo.

Algunos jóvenes reaccionaban mal ante la presentación al Dios. Aquellos que enfermaban a los pocos días de haber recibido el Tatuaje, si tenían la suerte de no morir, contraían una debilidad crónica y se convertían en extraños para sus familias y su poblado: el Dios les había rechazado. Se cortaba el brazo izquierdo y eso les identificaba como parias. Si vivían tras la amputación, debían abandonar a su familia y sobrevivir a base de los restos de comida que pudieran encontrar o de la caza de animales pequeños. No ocurría a menudo, pero ocurría. Pero Heda era diferente. Con movimientos lentos, desató los cordones que sujetaban el brazal de cuero a su brazo. Se lo quitó y le mostró el antebrazo a la anciana. Adya contuvo el aliento.

En su brazo no había ningún Tatuaje.

- Sindiós - murmuró Adya, en un siseo aterrorizado. La anciana volvió a mirar a Heda a los ojos, esta vez con una chispa de esperanza en la mirada. ¿Cómo la había podido reconocer?

- Eres Aquella Que Anda Entre Los Dioses. Dicen que sabes cosas.

- No sé lo suficiente para curar a un joven que ha sido rechazado por un Dios.

La anciana miró a su nieta, que seguía con el rostro enrojecido por la ira.

- Adya, ve a pedirle pan a Lesta. Debemos ofrecerle algo de cenar a nuestra huésped.

La joven pareció aliviada de poder salir de la casa y alejarse de Heda. Esta se volvió a colocar el brazal mientras la anciana le daba de beber la infusión ya templada a su nieto, que apenas reaccionaba.

- Mi nieto no ha sido rechazado por Thorne - dijo al fin, tras unos instantes de silencio incómodo. La Enfermedad nunca se presenta tan rápido, y no es así como evoluciona. Lo sé bien, mi hermano murió a la semana de recibir su Tatuaje. Lo que le pasa a mi nieto no tiene nada que ver con el Dios.

Una idea terrible comenzó a formarse en la mente de Heda. Un escalofrío recorrió su espalda.

- ¿Qué quieres decir?

- Alguien ha envenenado a Norel.

El uso de venenos era algo muy serio. En una sociedad en la el asesinato era socialmente aceptable en la mayoría de las ocasiones, el veneno era tabú, estaban prohibidos, y ni siquiera los sacerdotes que se

encargaban de las artes más ocultas tenían permitido su uso.

- ¿Quién podría querer...?

- Alguien celoso de mi nieto. Celoso de que fuera tan joven y los sacerdotes le hubieran escogido para ser presentado a Thorne. Celoso de que pudiera convertirse en un favorito del Dios.

Heda se acuclilló de nuevo junto al niño y colocó su mano sobre la de él. Estaba fría, pero el muchacho seguía vivo.- ¿Qué sabes sobre mí? - le preguntó a la anciana.- Tu nombre. - respondió la anciana - El nombre de tu padre.

“Eso es prácticamente todo lo que hay que saber”, pensó Heda.

En ese momento, la puerta se abrió y Adya entró en la casa con una hogaza de pan en la mano, acompañada por un hombre vestido con una librea dorada, que lo identificaba como sirviente de Orrena. Heda sabía que tarde o temprano Orrena se enteraría de que estaba allí, pero no había esperado que fuera tan pronto.

- La Dama Orrena me manda para acompañarla a palacio. - Decidle a la Dama que pasaré la noche aquí y acudiré a verla en cuanto salga el sol.

- Pero... - dijo el sirviente, con un ligero temblor en su voz. Heda respondió sin mirarle.

- La Dama me conoce, lo comprenderá. Mañana a primera hora.

El sirviente se marchó, no sin antes realizar un puñado de reverencias. Adya cortó algunas rebanadas de pan y las metió en una olla con agua y algunas verduras. Apartó la olla de la infusión del fuego y colocó la de sopa en su lugar.

El niño murió cuando aún faltaban horas para que saliera el sol. El sueño

causado por las lágrimas venció a Adya, que se quedó dormida sobre la mesa en la que habían cenado, y Heda observó en silencio como la anciana desvestía a su nieto y limpiaba su cuerpo con agua, suave y meticulosamente, antes de vestirlo para el funeral. No podrían enterrarle en el cementerio del templo: al haber muerto rechazado por un Dios, su cuerpo debía ser entregado al río, así que Heda se ofreció a acompañarlas cuando volviera de ver a la Dama Orrena.

Cuando salió de la casa, el criado que había acudido a buscarla antes, estaba esperándola. Caminaron en silencio hasta la colina sobre la que estaba construida la mansión de la Dama Orrena, un lugar desde el que se dominaba todo el pueblo. Al entrar en la mansión, el criado la guió en dirección contraria de la sala donde la Dama Orrena recibía a sus visitantes.

- La Dama Orrena ha indicado que se le ofrezca un baño antes de su audiencia.

Heda se dejó guiar, pero no confiaba del todo en las palabras del criado. ¿La noche anterior la Dama Orrena no podía esperar para verla y esa mañana le ofrecía un baño? No es que no lo necesitara, pero le resultaba, como mínimo, sospechoso.

El baño estaba a la temperatura ideal y el criado la dejó sola. Heda agradeció no tener que inventarse una excusa para hacer que se marchara: no le gustaba que nadie viera que no tenía Tatuaje, por eso llevaba los brazales de cuero cubriéndole permanentemente los antebrazos. En casa de la anciana no había notado el frío, preocupada como estaba por la situación del niño, pero ahora el frío se le había metido hasta los huesos. Se quitó la ropa aún húmeda y la colgó frente al fuego que ardía en la chimenea.

Se metió en la bañera metálica, permitiendo que sus músculos se relajaran por el efecto del agua caliente, pero sin dejar de mantener sus sentidos alerta ante cualquier posible imprevisto. La suciedad del cuerpo de Heda enturbió levemente el agua de la bañera. Con movimientos rápidos, comenzó a deshacer la multitud de trenzas en las que recogía su cabello, y una vez deshechas, se desenredó la cabellera



castaña con un peine de madera que había en un tocador junto a la bañera, entre jabones y esencias. Metió la cabeza bajo el agua, para lavarse el pelo, y al emerger pudo ver a la Dama Orrena que le observaba desde la puerta de la estancia.

- No me equivoqué al pensar que necesitarías un baño - dijo la Dama Orrena, acercándose a la bañera. Cogió un taburete y se sentó junto a la cabecera de la bañera.

- En los caminos no es sencillo encontrar casas de baños. - respondió Heda, con voz tranquila.

La Dama Orrena seleccionó un pequeño bote de cristal, vertió unos polvos en su mano, y comenzó a masajear el cuero cabelludo de Heda creando una suave espuma sobre su pelo. Heda aceptó el gesto de humildad, y procedió a frotarse las costras de suciedad más resistentes, que se desprendían con facilidad gracias al agua.

- ¿Cómo está tu tío? - preguntó la Dama Orrena, sin dejar de masajear la cabeza de Heda. La sensación era agradable, pero aquello acrecentó la tensión de Heda.

- ¿Cuál de ellos? - respondió Heda, entrecerrando los ojos.

- No busques herejía en mis palabras, Heda. Ya sabes a quién me refiero.

- Himad está bien. Al menos lo estaba hace seis meses.

- Necesito que le lleves un mensaje de mi parte. En realidad es para Nura, tu tía. Cosas de hermanas.

La Dama Orrena terminó de enjabonar la cabeza de Heda, se levantó de la banqueta y cogió una pequeña caja de madera, que contenía unos pequeños cristales de roca de color amarillento. El olor eran tan intenso que Heda arrugó la nariz.

- Me han dicho que has pasado la noche en casa de la anciana Yora.
- Su nieto ha contraído la Enfermedad. Ha muerto esta mañana.
- Aquí podrías haber dormido en una cama de verdad. - susurró la Dama Orrena - y haber cenado con los demás invitados.
- No quería molestar. Me marcharé lo antes posible.
- He ordenado a los criados que te preparen una bolsa de provisiones. ¿Seguro que no quieres quedarte un par de días a descansar? - La Dama Orrena jugueteaba con la tapa de la caja de madera, cerrándola y abriéndola como si sus dedos tuvieran vida propia.
- Seguro. Un joven que muere de la Enfermedad no es algo tan extraño.

La Dama Orrena dejó la caja de madera sobre el tocador sin apenas mirarla. La caja resbaló de sus dedos antes de llegar a su destino y cayó del borde de la mesa. Heda sacó medio cuerpo por el borde de la bañera, para intentar coger la caja, pero no llegó a tiempo: su contenido se desparramó por el suelo de la estancia.

- ¡Unas sales tan caras! - exclamó la Dama Orrena. Una criada entró de inmediato, con la mirada baja y un ligero temblor en las manos - Limpia este desastre. Una pena, el perfume que dejan las sales en la piel es exquisito.

Mientras la sirvienta recogía las sales con una escoba, la Dama Orrena caminó hacia la puerta y, una vez allí se volvió hacia Heda.

- No te retendré si deseas marcharte. Cuando hayas terminado, te entregarán las provisiones y el mensaje para Nura. Que tengas buen viaje, hija de Awer.

No mucha gente era capaz de pronunciar el nombre de su padre sin temer represalias de los demás Dioses, pero la Dama Orrena era conocida por no tenerle miedo a nada... o a casi nada. Heda terminó su

aseo con rapidez, pero esperó a que la criada se marchara para salir de la bañera y vestirse con sus ropas, ya secas. Secarse el pelo y volver a trenzarlo llevó un poco más de tiempo, pero nadie la molestó.

Llegó a casa de la anciana Yora poco antes de mediodía, con su macuto cargado de provisiones y el mensaje de la Dama Orrena a Nura, la esposa de Himad. Norel ya había sido amortajado y las tres mujeres se dirigieron hacia el bosque. Heda cargaba con el cuerpo, ya que nadie le había querido prestar a la anciana una carreta para llevarlo.

No hubo ceremonia. Depositaron el cuerpo del joven sobre una camilla hecha con cuatro troncos caídos, y la empujaron hacia el río. La corriente se llevó a Norel río abajo, y ni su abuela ni su hermana derramaron una lágrima más. Mientras volvían hacia el camino en el que se separarían, Adya se acercó a Heda.

- Mi abuela dice que eres hija de un Dios.

- Así es. - dijo Heda, en voz baja.

- Thorne vino a mi hace un mes. Creo que estoy embarazada.

Aquello era, como poco, sorprendente. No el hecho que un Dios tuviera hijos con una mortal: al fin y al cabo así era como había nacido la propia Heda. Pero hacía más de veinte años que ningún Dios había vuelto a visitar a una mortal para aumentar su ejército de hijos. Heda había sido, hasta ahora, la menor de los Hijos de los Dioses, y durante algún tiempo había llegado a pensar que sería la última.

Pero lo que resultaba aún más extraño era que el mismo Dios bendijera y maldijera a una familia en tan poco tiempo. Tal vez la anciana tenía razón y la muerte de su nieto no se debía a los designios de Thorne.

- Estoy segura que tendrás un niño sano - respondió Heda, intentando que la sorpresa no se traspasara a su voz.

- ¿Un niño? Siempre soñé que mi primer bebé sería una niña.
- No nacerá mujer de semilla de Dios - murmuró Heda, citando el Libro de los Dioses. Este sería el primer hijo de Adya, pero también el último.
- Pero tú... - comenzó a decir Adya, confusa - ¿Cómo es posible...?
- No lo sé. - respondió Heda - No tengo la menor idea.

## CAPÍTULO 2 – UN ENCUENTRO EN EL CAMINO

Aunque había nacido y pasado la mayor parte de su vida allí, Heda no sentía que las Cuevas fueran su hogar. Si, parte de su familia y algunas de las personas a las que más respetaba se encontraban allí, pero en las Cuevas también acechaba aquello que la había convertido en lo que era. Por eso, cuanto más se acercaba a ellas, más sentía la necesidad de dar la vuelta y salir corriendo.

Había tenido la suerte de ser criada en la casa de Himad, el señor de las Cuevas. Como sobrina suya, había recibido la misma educación y lujos que cualquier miembro de la casa real, aunque su origen, sagrado y maldito a la vez, la había diferenciado a la fuerza de los hijos del propio Himad.

Los hijos que los Dioses engendraban en mujeres mortales eran adorados prácticamente al mismo nivel que sus divinos padres. Más fuertes y fabulosos que el resto de los mortales, a menudo se convertían en héroes de leyenda. Heda era, en muchos sentidos, una excepción. En ninguna otra ocasión desde que el Uno había creado la tierra y sus hijos los Dioses la pisaron, una mortal había dado a luz a una niña. Heda era la primera. También era la primera y única hija de un Dios que ya no existía. Awer era conocido entre los sacerdotes como el Dios Muerto. Los mortales ni siquiera se atrevían a decir su nombre ni hablar de él, ya que temían la ira de los demás Dioses. Se decía que si los Dioses oían el nombre de Awer de la boca de un mortal, maldecían a aquel que había osado recordarles que habían sido ellos los que habían matado a su hermano.

El camino hacia las Cuevas no era fácil: la tribu de Himad era principalmente una tribu guerrera, y el hecho que fuera tan difícil acceder a sus dominios la protegía de la gran mayoría de los ataques de otros poblados. Pero Heda se había pasado toda su infancia subiendo y bajando por las escarpadas rocas, y había aprendido a reconocer una

formación traicionera o qué piedras resbalaban más que otras, así que la subida estaba siendo más larga que complicada.

Cuando aún le quedaban un par de horas de ascensión antes de llegar a la entrada principal de las Cuevas, decidió sentarse y descansar unos minutos para disfrutar de los últimos momentos de soledad que tendría en unos cuantos días.

Su tío Radhir apareció pocos segundos después, subiendo por el escarpado camino de piedras con una facilidad insultante. Heda sabía que si alguno de los exploradores de la tribu les estaba observando, no serían capaces de ver al Dios como ella lo veía: un hombre de no más de treinta años, con el cabello rubio hasta los hombros peinado hacia atrás, intensos ojos azules y barba bien recortada y arreglada. Con un poco de suerte, si Radhir había considerado esa opción, no verían nada. Si al Dios no le importaba la suerte que pudieran sufrir espectadores inocentes, y el explorador estaba lo bastante lejos, sólo vería una luz brillante tan poderosa que el dolor de cabeza le duraría varias semanas. Heda, como miembro de la familia de los Dioses, tenía la capacidad de verles con su verdadero aspecto. El hecho de que no hubiera aparecido simplemente junto a Heda era un gesto de deferencia hacia ella.

– Ah, la hija rebelde vuelve a casa.– Hola, tío Radhir. – respondió Heda, forzando una sonrisa. Nunca sabías de que humor iba a estar un Dios, así que lo mejor era hacer lo posible para no enfurecerles.

– No hace falta que finjas que te alegras de verme. Sé que no es así. ¿Vienes a ver a Himad

– Traigo un mensaje para él de parte de la Dama Orrena.

– ¿Esa horrible mujer sigue viva? Está tan podrida por dentro que ni las atenciones de Thorne han conseguido que tenga un hijo. No te miento si digo que el día que esa víbora exhale su último aliento, muchos de nosotros acudiremos a su entierro para asegurarnos de que rellenan bien su tumba.

No había nada que odiara más un Dios que no darle miedo a alguien, y

la Dama Orrena no le tenía miedo a nada. Heda entendía perfectamente que a sus tíos no les resultara cómoda la existencia de la Dama.

- Supongo que esto no es una simple visita de cortesía, tío Radhir.

- ¿Acaso no puedo darte la bienvenida a mis dominios? Eres mi sobrina preferida, ya lo sabes. De todas maneras no te voy a pedir nada demasiado complicado...

- ¿Qué puedo hacer por ti, tío?

Heda sabía que cuando su tío Radhir deseaba algo, no había nada en el mundo que se pudiera interponer entre él y su objetivo. Aunque pudiera parecer que el Dios estaba pidiendo un favor, en realidad lo único que hacía era dar órdenes de una manera muy rebuscada. Radhir se sentó junto a Heda, y cogió un pequeño puñado de piedrecillas del suelo. Mientras hablaba, las iba lanzando despreocupadamente una a una montaña abajo.

- Ese maldito viejo que era mi Oráculo decidió morirse este verano, sin tener la educación de esperar a que su alumno estuviera preparado del todo para tomar su puesto. Si me dejo ver ante el maldito niño llorón antes de que esté listo, le mataré. Reconozco que eso sería bastante divertido, pero tengo asuntos urgentes que necesitan de la mediación de un sacerdote. Y ahora mismo tú eres la única persona que puede hacer esa función.

- ¿Qué tipo de asuntos?

- Hace unos meses me reuní con mis hermanos para discutir la situación de nuestra familia. Después de que Oráculos, Sacerdotes y profecías nos aseguraran que algo como tú no volvería a pasar, decidimos que había llegado el momento de volver otorgar a las mujeres mortales el honor de tener a nuestros hijos.

- Lo sé. He conocido a la futura madre del hijo de Thorne.

- ¿Así que Thorne ya me lleva ventaja?. Entonces no podemos perder tiempo. Levántate, hablaremos por el camino

Heda se encogió de hombros e hizo lo que su tío le pedía. En cierta manera extraña, le parecía divertido verle tan preocupado por algo que no acababa de comprender bien. El hecho de que estuviera dispuesto a caminar con ella indicaba que la situación era más importante de lo que su actitud despreocupada parecía indicar.

- Sigo sin entender para qué me necesitas.

Aquello era un ataque, y Heda notó que su tío no lo pasaba por alto. Pero debía ser cierto que realmente necesitaba su ayuda, pues el Dios no dejó que su reacción la ofensa se reflejara en su rostro.

- ¿Has pasado tanto tiempo fuera de casa que ya se te han olvidado las costumbres de tu hogar, Heda?

- Es cierto. El Ritual.

Aunque otros Dioses simplemente escogían una mujer y engendraban a su hijo en ella mientras dormía, en la tribu de las Cuevas las cosas se hacían de forma diferente. El origen del Ritual se remontaba a trescientos años atrás, cuando Radhir visitó a la hija del Rey. Cuando la muchacha quedó embarazada, se lo comunicó a su hermana menor y le pidió que guardara el secreto hasta que pasara el Festival de la Primavera. Su hermano, celoso de que su hermana fuera a ser más importante que él, el futuro Rey, debido a la posición que le otorgaba ser la madre del Hijo de un Dios, mintió a su padre, diciéndole que su hermana estaba embarazada de un joven de la tribu.

El Rey pensó que su hija se había rebajado al quedarse embarazada de un hombre que no era el escogido para ser su esposo, y sin saber lo que había ocurrido en realidad, mató a la princesa. Las leyes de la tribu de las Cuevas permitían a un padre disponer de la vida de sus hijas si estas le desobedecían. Para cuando el Rey descubrió que había sido engañado, no había solución posible: Radhir le mató a él y a su heredero, ya que no había nada que enfureciera más a un Dios que la



muerte de uno de sus hijos. Desde entonces, Radhir se aseguró que no se dieran ese tipo de malentendidos nunca más, instaurando el Ritual. Un Sacerdote sería el encargado de acudir a la joven escogida por el Dios y, delante de su familia, anunciarle que había sido elegida para ser la madre de un hijo de Radhir. Todo el Ritual estaba rodeado de un aura de misticismo que, a ojos de Heda, no lograba ocultar que se trataba simplemente de un trámite engorroso para que Radhir consiguiera lo que deseaba.

– Si, el Ritual. Muchos ya apenas lo recuerdan, hace más de treinta años que no se había dado la situación de que yo necesitara tener otro hijo. Y ese estúpido aprendiz de sacerdote seguramente se equivoque o se ponga nervioso o empiece a llorar si tiene que llevarlo él a cabo. Por eso tienes que hacerlo tú.

– ¿Y por qué lo necesitas con tanta urgencia? ¿Acaso tú y el resto de mis tíos estáis participando en una carrera para demostrar vuestra virilidad?

Esta vez Radhir no encajó la ofensa con tanta tranquilidad como antes. Con la rapidez del rayo, su mano atrapó la mandíbula de Heda y la sujetó con tanta fuerza que levantó a su sobrina un par de centímetros del suelo.

– No hagas preguntas estúpidas a tus mayores, pequeña Heda, o tendré que darte unos azotes por muy sobrina del Rey que seas.

Cuando el Dios la soltó, Heda se frotó la mandíbula y reanudó la marcha.

– Había olvidado lo suaves que eran tus caricias, tío Radhir – Heda casi escupió las palabras, con verdadero desprecio en su voz por primera vez desde que se había encontrado con su tío.

– La joven que me interesa es Dira, la hija de Odarn. – continuó el Dios, sonriente como si la ofensa de Heda jamás hubiera tenido lugar.

– Sé de quien se trata.

- Supongo que recordarás la fórmula exacta del Ritual. Si no es así, deberías pasar antes por el Templo para refrescarte la memoria, no quiero que haya errores en esto.

- Tío Radhir, todo lo que aprendí en los años que estuve consagrada a tu servicio sigue fresco en mi memoria. No te preocupes.

- Bien. Esta misma noche, Heda, ni mañana ni en un par de días. Cuando hayas terminado con el Ritual podrás ir a ver a tu tío y hacerle llegar lo que quiera que la víbora te entregara para él.

Radhir se marchó, y en cuanto hubo desaparecido de su vista, Heda escupió al suelo dos veces. Cada vez que el Dios de su tribu se presentaba ante ella, le traía a la mente recuerdos que por más que intentaba no conseguía enterrar. Recuerdos de cuando era aún una niña y soñaba ilusionada que en cuanto tuviera la edad se casaría con Radhir, y tendría a sus hijos, y por fin se rompería la maldición de las Diosas.

Todo aquello no habían sido más que sueños estúpidos de una pobre niña engañada. Rhadir le había demostrado hacía años que, para él, ella no era importante. Si ella obedecía sus órdenes no era por temor a que él o cualquiera de sus hermanos pudiera matarla, si no para asegurarse de que estaba bien informada de lo que sus tíos necesitaban. Nunca se sabía cuando aquella información podía llegar a ser de utilidad.

Cuanto antes llegara a las Cuevas y se deshiciera de las obligaciones que había contraído casi sin saber como, antes podría marcharse y volver a dejar todo su pasado atrás. Con un poco de suerte, esta vez sería para siempre.

## CAPÍTULO 3 – EL RITUAL

Para su sorpresa, el guardia de la puerta la reconoció y la dejó pasar sin hacerle ninguna pregunta ni intentar descubrir qué era lo que la traía de vuelta a las Cuevas. Sus ojos, ya acostumbrados a la luz del exterior, tardaron un poco en ajustarse a la leve iluminación de las antorchas que la tribu había colocado a intervalos regulares en el túnel de entrada. Heda se lo tomó con calma: en los niveles inferiores, los que llevaban a las minas, la iluminación era menor, y aunque unos años atrás aquello no había resultado un problema para ella, ahora necesitaba algo de tiempo para asegurarse de que no iba a tropezar o tomar el camino equivocado.

Heda recordó que la primera vez que salió de la montaña para marcharse, en aquel momento creyó que para siempre, el mundo le pareció la cosa más brillante que había visto. El estallido de luz y de colores que descubrió en el exterior fue lo que le ayudó a no volverse loca y poder dejar atrás todo lo que había vivido en las Cuevas.

No había avanzado más que unos metros por el interior del pasadizo principal cuando los olores de su infancia la golpearon con una fuerza casi física. La humedad que se filtraba por las paredes de piedra, la carne asada de los niveles inferiores, el humo de las antorchas. Heda no creía que fuera capaz de desligar jamás las Cuevas de esos olores.

Llegó al Templo casi sin darse cuenta, como si sus piernas tuvieran memoria del camino y la hubieran llevado allí por voluntad propia. El Templo, como todo en el complejo de túneles, estaba excavado en la roca y a diferencia de los templos de otros Dioses, no tenía más adornos que los pintados o tallados sobre la propia piedra. Aquello era lo suficiente y adecuado para Radhir, el Dios de la Montaña.

El interior del templo estaba desierto. Heda se paseó por la amplia sala de piedra, descubriendo que poco o nada había cambiado en aquel

lugar. El templo estaba más iluminado que las zonas de paso, para que los fieles pudieran contemplar los murales pintados sobre la piedra. Aquellas escenas tenían siglos de antigüedad, y mostraban a Radhir y alguno de sus hijos llevando a cabo grandes gestas.

Al oír los pasos de Heda resonando en el interior del templo, un joven sacerdote salió de sus estancias privadas, con tanta prisa que a punto estuvo de pisarse la túnica y caer al suelo.

– ¡Ya he dicho que no se tocará música en el templo! – exclamó el sacerdote. Cuando vio a Heda de pie en medio de la gran sala del templo, su rostro enrojeció violentamente – Creía que era uno de los familiares de la boda de mañana. No dejan de presionarme para que les permita traer tambores para honrar al novio y asegurarle un gran futuro como guerrero.

– Algunas costumbres nunca cambian.

El sacerdote se acercó a Heda, algo más tranquilo. Debía ser un par de años menor que Heda, y sin duda había sido demasiado mayor cuando pasó a ser alumno del Oráculo para aprender todo lo que se requería de él. Con solo mirarle a los ojos Heda comprendió que aquel joven jamás pasaría de ser Sacerdote de Radhir, y que nunca se convertiría en Oráculo del Dios como su predecesor.

– ¿Qué os trae al templo? No os conozco... ¿sois de alguna tribu vecina?

– No. Nací aquí.

El sacerdote la miró con curiosidad. Ella le devolvió la mirada.

– Soy la sobrina del Rey. – dijo Heda finalmente, suponiendo que si no rompía el silencio el sacerdote podría pasarse horas sin descubrir quien era. Ahora comprendía la desesperación de Radhir: el joven parecía poco apropiado para el cargo que había heredado prematuramente.

El rostro del sacerdote volvió a ponerse de un color rojo tan brillante

que Heda pensó que si seguía así, su corazón no lo soportaría y moriría demasiado joven. El sacerdote se arrodilló ante ella, inclinando la cabeza hasta casi tocar el suelo mientras murmuraba un puñado de disculpas atropelladas.

– No te preocupes, no me debes rendir pleitesía – mientras decía esto, Heda cogió de la mano al sacerdote y le ayudó a levantarse – hace años que rechacé cualquier beneficio que me pudieran proporcionar mis orígenes.

– Pero vos... vos sois...

– Lo que fueran mi padre o mis hermanos no tiene demasiada influencia en lo que yo soy. Mi nombre es Heda.

– Lo sé. Yo soy Jarren. El anciano Oráculo hablaba a menudo de vos.

Heda conocía a todos los que vivían en las Cuevas. Ya que todo el mundo parecía conocerla, creyó que sería de buena educación conocerlos a todos a su vez. Sabía quién era familia de quién y dónde vivía cualquiera de los súbditos de su tío. Cuando se marchó de las Cuevas, Jarren no debía ser mucho menor que ella, pero no conseguía ubicarle.

– Perdona por mi falta de educación, no tengo mucho tiempo para presentaciones y relaciones sociales ahora mismo. Radhir necesita que haga algo por él y además traigo un mensaje para el Rey. Por eso estoy aquí.

– ¿Cuál es la misión que os ha encomendado el Dios? – preguntó el joven sacerdote con reverencia. Sin duda era extranjero. Su cabello oscuro ligeramente rizado y su leve acento le marcaban como proveniente del exterior. ¿Por qué habría escogido el sacerdote un sucesor extranjero?

– Radhir desea más hijos.

Tras haberle explicado a Jarren en que consistía el requerimiento de su tío. El sacerdote pareció aliviado de que fuera Heda la que se encargara de llevar a cabo el Ritual. Heda le recordó que debía enviar un correo a las Bendecidas para informarles de que su número se vería incrementado en unos meses.

Si a Jarren le molestó que ella le recordara algo tan básico y sencillo como los pasos a seguir después de un Ritual, no lo demostró.

– ¿Os quedaréis mucho tiempo, Dama Heda? Me gustaría que me dierais algunos consejos sobre mis tareas como sacerdote... el anciano Oráculo no me enseñó todo lo que necesito saber, y en ocasiones los textos antiguos son demasiado vagos.

– No lo creo. Me marcharé en cuanto haya cumplido mis obligaciones familiares.

Heda se despidió de Jarren con un movimiento de la cabeza y dejó al joven inmerso en sus lecturas y declamaciones.

La familia de Odarn regentaba una taberna en los niveles inferiores. Odarn era uno de los guerreros más conocidos en las Cuevas: había librado más batallas que cualquier otro guerrero de la tribu. Además, tenía cinco hijos que habían seguido su camino. Nadie molestaba a la familia de Odarn si no quería meterse en problemas. Aunque todavía no era de noche Odarn estaría con toda seguridad en la taberna, emborrachándose. Tal vez alguno de sus hijos estuviera con él.

“Gracias, tío Radhir, por ponerme las cosas tan fáciles” pensó Heda al entrar en la taberna y ver que no se había equivocado al pensar que Odarn estaría allí. Con sus cinco hijos. La taberna estaba llena a rebosar de guerreros y ancianos que habían sido guerreros en su época. Todos parecían deseosos de demostrar su valor, o estaban tan borrachos que creían que necesitaban demostrarlo, y se habían callado al verla entrar.

– Vengo en busca de Dira, hija de Odarn – dijo Heda en voz alta, usando

la frase que abría el ritual. Aunque por dentro comenzaba a asustarse, no dejó que aquello se notara en el exterior. No creía que fueran a hacerle daño, al fin y al cabo seguía siendo la sobrina del Rey y especialmente del Dios, pero no estaba convencida de que el alcohol permitiera a los guerreros recordarlo.

- ¿Para qué quieres ver a mi hija? - tronó Odarn, levantándose de la mesa. Sus cinco hijos, tan altos, grandes y rubios como su padre, se levantaron tras él.

- No soy yo quien la busca.

Hasta que no estuviera frente a Dira no podía comenzar con el Ritual. Una vez que hubiera comenzado, el Dios hablaría por su boca y desobedecerle podría llegar a ser peligroso.

- Mi hija está muy ocupada. Yo decidiré si lo que tienes que decirle es tan importante.

- Es importante.

- ¿No has oído lo que ha dicho mi padre, Sindió? - le espetó uno de los hijos de Odarn. Heda no acusó el insulto, y apenas cambió la expresión de su rostro. Pero en su interior, el corazón le latía a toda velocidad, y su estómago comenzaba a encogerse.

“Sólo son un puñado de fanfarrones. No se atreverán a atacarme”

Heda tragó saliva, y se acercó a la mesa del guerrero. No era la primera vez que pensaba que su familia, ambas familias, la protegían. Y no era la primera vez que se equivocaba. Odarn y sus hijos hicieron ademán de coger sus armas.

- No te vas a llevar a nuestra hermana - dijo otro de los hermanos - No vas a matarla como has hecho con los demás, bruja.

- ¿Matarla? - murmuró Heda, confusa.

Un hombre sentado en una mesa cercana a la de Odarn se levantó y la señaló.

- ¡Dicen que cuando ella pasa por un pueblo, desaparecen niños! ¡Que los mata y se lleva sus almas y se las vende a la Bruja de los Espinos para que lleve a cabo sus hechizos sacrílegos!

- ¿Qué bruja?

- ¡La Dama Orrena, la Bruja de las Diosas!

La taberna estalló en una tormenta de gritos y acusaciones. Algunos hombres iniciaron un par de peleas, y los golpes derribaron sillas y mesas. Durante unos momentos Heda pensó que su vida corría peligro, pero pronto comprendió que los hombres estaban más interesados en aparentar que eran capaces de matar que en hacerlo.

Y entonces Heda notó una presencia familiar junto a ella.

- Tío, te presento a tu futura familia política - murmuró Heda. Radhir se había manifestado junto a ella, pero seguía invisible para los ojos de los demás.

- Dira está en la cocina. Lo está escuchando todo desde el otro lado de la puerta.

Heda se dio un par de pasos en dirección a la cocina, pero Odarn la detuvo, sujetándola con fuerza del brazo.

- No te vas a llevar a mi hija. Solo tiene quince años. Fue la única que sobrevivió este año al ser presentada ante el Dios. Se va a casar mañana. No es tuya para llevártela.

¿La única? ¿Qué estaba pasando? La muerte ocasional de algún joven durante su presentación a los Dioses era normal, pero tantas muertes en tan poco tiempo era bastante extraño. Normalmente se presentaban ante el Dios entre cinco y diez jóvenes cada año. ¿Cuántos habrían



muerto?

- No soy yo quién la quiere, Odarn. - dijo Heda, en voz baja para que sólo pudiera oírla el padre de la muchacha - Llevo intentando explicártelo desde el principio. Es Radhir.

El guerrero la miró a los ojos, pálido como la muerte. Soltó su brazo lentamente, como si temiera que ella fuera a atacarle si hacía algún movimiento brusco. Heda notó la respiración de Radhir en su cuello.

- Me encanta cuando ponen esa cara de terror al oír mi nombre - le susurró el Dios al oído, aunque nadie más podría oírle ni verle.

- ¡Silencio! ¡Basta ya! - gritó Odarn. Su voz retumbó en las paredes de piedra de la taberna. Todo el mundo obedeció, contagiado por el miedo que se reconocía en la voz de Odarn.

Heda vio su oportunidad.

- Dira, sal de la cocina. - dijo en voz alta, ya sin ningún miedo.

La puerta de la cocina se abrió y una joven rubia entró en el comedor. Todos parecían sorprendidos de que Heda supiera que Dira siempre había estado allí. Se acercó tímidamente a Heda, sin dejar de lanzar miradas dubitativas a su padre. El guerrero seguía con la mirada clavada en Heda, y apretaba los labios con tanta fuerza que casi habían perdido todo el color.

Las palabras del Ritual acudieron a la lengua de Heda como un torrente, y antes de que se pudiera dar cuenta, las estaba pronunciando con un tono solemne y, de alguna forma, sagrado. Heda tenía la sensación de que no era ella quien estaba eligiendo hablar, y que no era más que un instrumento en manos de Radhir. Aquella sensación la repugnó en lo más profundo.

- Dira, hija de Odarn de la tribu de las Cuevas, tu Dios Radhir te habla a través de mi voz. Tú y tu familia habéis demostrado ser dignos de el

gran honor que Radhir desea otorgaros, pues tú y no otra serás la madre del hijo de tu Dios. Tu hijo traerá a este mundo parte de la luz de Radhir, el más grande, el Dios de las Cuevas, y tú serás honrada y bendecida por ello. Ante tu familia has sido anunciada con las palabras que se han usado durante siglos, y Radhir se te aparecerá esta misma noche en un sueño para que lleves su semilla.

Su voz dejó de sonar tan repentinamente como había comenzado, como una campana que tañera sin eco, y durante unos segundos todo en la taberna pareció irreal. Heda miró a Dira, y creyó reconocer en su expresión algo de la fascinación que ella había sentido una vez por su tío. El rostro de Odarn, por el contrario, era una máscara de abatimiento y desesperación, el rostro de un hombre que sabía que no podía cambiar su destino por más que aquello le destrozara el corazón.

– ¡No! ¡Mi hermana está prometida! ¡Radhir no puede reclamarla para él después de habernos abandonado durante tantos años!

Uno de los hermanos de Dira se abalanzó sobre Heda, con el rostro rojo y desencajado por la rabia. Su padre intentó detenerle, murmurando algo que Heda no llegó a entender, pero el joven no atendía a razones.

Con un movimiento sorprendentemente rápido para su tamaño, el joven intentó atacar a Heda. Ella se cubrió el rostro con el brazo esperando un golpe que nunca llegó. En su lugar, hubo un estallido de luz que lanzó al guerrero varios metros hacia atrás, como si hubiera golpeado una pared colocada frente a ella.

– ¿Ves sobrina? Tú cuidas de mí, y yo cuido de ti – volvió a susurrar Radhir en su oído – Ahora debo marcharme, he de acicalarme para esta noche.

Heda notó como la presencia de su tío la abandonaba. Los hermanos de Dira estaban ayudando a levantarse del al que había intentado atacar a Heda, que parecía algo desorientado. La piel de sus brazos y parte de su rostro estaba enrojecida, como si hubiera pasado demasiado tiempo al sol.

– Perdonadle, señora – imploró Odarn, arrodillándose ante Heda – No le castigáis por su estupidez, perdonad a mi hijo.

– No soy yo quien tiene que decidirlo: si Radhir desea castigarle o perdonarle, no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo. – Heda alzó el tono de voz, para que todos los que estaban en aquel momento en la taberna le oyeran – ¡Todos vosotros habéis jurado lealtad a Radhir! Él os protege en la batalla, hace que vuestros hijos sean fuertes, que con tan solo pronunciar el nombre de la tribu de las Cuevas los hombres más valientes sientan el miedo en su corazón. ¿Y así se lo agradecéis? ¿Negándole lo que por derecho es suyo? Radhir puede disponer de todos vosotros, y así lo hará si lo desea. Si sois tan valientes como para enfrentaros a su mensajero, cortad vuestro brazo y negad al Dios que os da aquello que más valoráis: vuestra familia, vuestra tribu, vuestra identidad. Cualquier otra cosa no es más que los lloriqueos de un niño malcriado.

Heda ni siquiera se tomó unos segundos para ver qué efecto habían causado sus palabras, y salió de la taberna dando un portazo. Había cumplido su misión, y no tenía nada más que ver con aquella gente.

## CAPÍTULO 4 – REUNIÓN FAMILIAR

Mientras se alejaba de la taberna a través de los pasillos en penumbra de las cuevas, Heda dudaba sobre cual iba a ser su destino. Juguetó con la idea de volver al Templo con la excusa de informar a Jarren de que había cumplido con la petición de Radhir, y quedarse a dormir allí, lo que le permitiría retrasar la visita a su tío Himad al día siguiente, pero no podía negarse a sí misma que tenía ganas de volver a ver a la única familia que no tenía como pasatiempo favorito el tramar planes para asesinarla.

La decisión tomada, Heda dirigió sus pasos hacia los túneles que ascendían por el interior de la montaña hasta el punto más alto: el Palacio de la Montaña, donde vivía la familia del Rey. No era un verdadero palacio, pues estaba excavado en la roca, pero cumplía las mismas funciones que cualquier palacio del exterior.

Los guardias se cuadraron ante ella, lo que le causó un cosquilleo de incomodidad: nunca le había gustado recibir aquellas atenciones, ya que la colocaban en una situación en la que ella consideraba que no pertenecía. Una vez en el interior, apenas tuvo que esperar unos instantes para entrar en la sala de audiencias, donde su tío recibía a sus invitados.

Himad se levantó al verla entrar y sus ojos azules se iluminaron con una sonrisa. Heda sintió el impulso de correr hacia él para que la levantara en el aire con sus fuertes brazos como si fuera capaz de volar, como cuando era una niña, pero se contuvo. Se acercó a él con una sonrisa educada, y cuando llegó frente a él le hizo una pequeña reverencia.

– Me alegra verte de nuevo, tío.

– Y a mi, Heda, y a mi.

Tío y sobrina se fundieron en un abrazo y Heda creyó que no iba a ser capaz de contener las lágrimas, pero su tío se separó de ella a tiempo.- Cuéntame, ¿cómo van tus viajes?

- Bien. Hace unas semanas pasé por el poblado de la Dama Orrena y me dio un mensaje para tu esposa.

- ¿Te quedarás a cenar? - preguntó su tío - Sé que no te puedo pedir mucho, pero tu tía me matará si no te convengo para que al menos pases la noche en casa.

- Por supuesto, tío.

- Bien. Entonces te dejaré descansar antes de la cena.

Aunque la despedida fue un poco precipitada, ya que a su tío aún le quedaban varias horas de audiencias. , Heda comprendió que su tío era un hombre ocupado y no podía ofrecerle demasiados favoritismos a alguien que, si bien era de su familia, todo el mundo sabía que había sido proscrita por los Dioses.

Heda decidió que era el momento de ir a visitar a su tía Nura. Nura había sido una madre para ella y Heda le agradeció siempre que la tratara exactamente igual que a cualquiera de sus hijos. Aunque debía cumplir las obligaciones de una Reina, Nura siempre se negó a que sus hijos fueran criados por nodrizas y niñeras y se ocupó ella misma de muchos aspectos de su educación.

Incluso cuando fue entregada al templo y dejó de vivir en el palacio, Heda acudía a su tía cuando creía que nadie más iba a poder comprender lo que le pasaba y aunque Nura no siempre tenía la solución al problema, a menudo el simple hecho de hablar con ella y sentirse escuchada borraba las preocupaciones de su mente.

Cuando llegó frente a la puerta de los aposentos de su tía, se detuvo. Tras la gruesa puerta de madera se podían oír gritos. Una de las voces era sin duda la de su tía Nura, pero Heda no consiguió identificar la otra. Por lo poco que pudo entender a través de la puerta, se trataba de

una discusión bastante airada.

Las voces se acercaron a la puerta sin dejar de gritar. Heda se alejó unos pasos: no quería que se notara que había estado intentando escuchar. Hubo un instante de silencio antes de que la puerta se abriera de golpe, revelando a Nura y un joven que Heda tardó en reconocer como su primo menor, Nahran.

Ambos parecieron un poco sorprendidos: no debían esperar encontrarse con nadie en el pasillo. Pero pronto la sorpresa de sus rostros dio paso al reconocimiento, y se abalanzaron sobre ella para abrazarla. Nada parecía indicar que se habían estado peleando hacía apenas unos instantes.

- ¡No me abrases así, tía! ¡No he tenido tiempo de asearme y voy a llenarte el vestido de polvo!

- ¡No digas tonterías! - Su tía la abrazó con más fuerza si era posible, y de inmediato se separó unos centímetros - ¿Qué llevas en el pelo? ¿Es algún tipo de peinado exótico que se lleva en las grandes ciudades? Nunca pensé que fueras el tipo de niña que se deja llevar por las costumbres extranjeras.

- Son trenzas tía. Son cómodas para viajar, así no tengo que preocuparme tanto por el pelo.

- ¡Con el pelo tan bonito que tienes y lo descuidado que lo llevas!

Finalmente Heda consiguió que su familia la soltara.

- He venido a traerte un mensaje de tu hermana - dijo Heda, sacando el sobre lacado de su bolsa y entregándoselo a su tía, que se lo guardó en el bolsillo de su amplia falda casi sin mirarlo.

- ¿Cómo está Rena?

- La Dama Orrena está bien, tía, te envía su amor a la vez que su

mensaje – dijo Heda, incapaz de llamar a la noble por el nombre que le habían dado sus padres. Rena, la hermana de Nura, había decidido cambiarse el nombre a Orrena al casarse con el Señor de la tribu de Thorne. Muchos habían visto en este movimiento un desprecio a los Dioses, ya que un nombre tan largo enviaba el mensaje de que su portador se creía mejor que los Cincuenta. Pero para Orrena, que ya había sido considerada poco religiosa en las Cuevas, aquello no resultó un problema.

– ¿Cuánto te quedas? – preguntó Nura, con las mejillas enrojecidas. – Voy a mandar que te preparen la habitación.

– Sólo me quedaré esta noche.

– No, eso no puede ser. Hace meses que no vienes a visitarnos... ¿Qué te parece una semana?

– Madre – dijo Nahran con una sonrisa – ¿aún sigues intentando convencer a Heda de que haga algo que no desea? Sabes que es inútil.

Nura aceptó la realidad con resignación.

– De acuerdo. Pero me vas a permitir que le pida al cocinero que prepare un banquete. Nahran, ve a llamar a tus hermanos, hoy cenaremos todos juntos. Y tú, querida, acompáñame. Te prepararemos el baño y esta noche dormirás en tus aposentos.

Heda llegó la primera al comedor del palacio. La mesa estaba puesta y Heda se tomó unos segundos para recorrer la estancia pasando la mano por las paredes, los muebles, los tapices que adornaban y daban calidez a lo que no dejaba de ser una caverna. El sonido de unos pasos la sorprendió y de forma inconsciente escondió las manos a la espalda, como si fuera una niña que había cometido una travesura.

Una mujer, de casi la misma edad que Heda, estaba de pie en la puerta

de la sala. Llevaba un bebé de pocos en brazos y su rostro mostraba una amplia sonrisa.

- Lisha - la saludó Heda, acercándose a ella. - ¿Ya ha nacido tu hijo? ¿Tanto tiempo ha pasado? Oí que estabas embarazada...

Ambas mujeres se abrazaron, y Heda pudo notar el suave olor a leche que desprendía el bebé.

- Cuanto tiempo sin verte, prima. ¡La última vez que viniste ni siquiera estaba casada! - dijo Lisha, sin perder en ningún momento la sonrisa. - Esta es mi hija, Nura. Pero Dharr, mi marido, la llama Nur para no confundirla con mi madre y porque afirma que es un nombre mucho más apropiado para una sirvienta de Radhir.

La pequeña dormía plácidamente en los brazos de su madre, y Heda acarició su rostro suavidad para no despertarla. Le sonaba vagamente el nombre del marido de su prima, pero no conseguía ubicarle. Siempre había sido mejor para recordar caras que nombres, al fin y al cabo.

- Es preciosa. Se parece mucho a ti.

- Oh, pero tiene los ojos de su padre, ya lo verás cuando le conozcas mañana. Mamá dice que esta niña es igual que tú a su edad: no hay nada que la moleste, y siempre parece feliz. Y entonces no pierde oportunidad de recordar lo terrible que era yo, siempre llorando y retorciéndome.

Lisha había nacido solo unos meses después que Heda y su padre la había llamado así en honor a Isha, su hermana, la madre de Heda. Las dos niñas habían estado muy unidas, pero sus vidas habían tomado caminos muy distintos.

El resto de la familia escogió ese momento para llegar: Nahran entró primero, seguido de sus padres. Tras ellos caminaba el primogénito del Rey, Mehran.



Así como Lisha y Nahran eran la viva imagen de su padre, de rasgos afilados y constitución esbelta, el rostro de Mehran era la versión masculina del de su madre: ambos compartían la misma mirada dulce y la misma boca pequeña, pero donde el rostro de la madre era redondo y maternal, el del hijo era más marcado, de mandíbula poderosa y nariz ancha.

Tras los saludos pertinentes, se sentaron a la mesa y los sirvientes trajeron la cena.

Heda se sorprendió de lo rápido que podía uno olvidarse de a qué sabía la comida hecha en casa, y lo igualmente rápido que volvía a acostumbrarse el paladar a ella. Hacía dos horas no habría podido recordar el sabor exacto de los pastelillos de carne que preparaba su tía con sus propias manos, pero en cuanto mordió uno, una sensación de familiaridad la inundó: así es como deberían saber todos los pastelillos de carne del mundo.

Además de los pastelillos, la mesa estaba repleta de comida: una enorme fuente de ciruelas pasas y orejones, varios guisos de setas, panes aromatizados con distintas hierbas, un queso cremoso de leche de oveja y grandes tajadas de cordero frío, asado tan lentamente que la carne se deshacía en la boca.

Heda esperaba que su tía comentara el contenido de la carta de la Dama Orrena. Suponía que, ya que ambas tribus habían perdido súbditos jóvenes durante su presentación a los Dioses, la carta de la Dama Orrena haría referencia a ese hecho. Pero ni su tía Nura ni su tío Himad, a quien ella se lo contaba todo, hacían más que escuchar como todos los demás le pedían a Heda que contase historias de sus viajes o asentía con una sonrisa cuando la escuchaban hablar de un lugar que también habían visitado o de un conocido en común.

Cuando los sirvientes trajeron los postres, unas tortas de miel con frutos secos, Heda decidió dar el primer paso e introducir el tema en la conversación

- Tío, he oído algunos rumores preocupantes. Algo sobre muertes en el

Día del Dios de este año...

- Qué momento más terrible, querida. Nadie se explica como ocurrió. - dijo Nura, bajando la voz, como si hablar del tema le doliera.

- Se presentaron cuatro jóvenes este año - explicó Himad, con voz tranquila - tres varones y una muchacha. El anciano Oráculo llevó a cabo la ceremonia de la manera tradicional, sin errores. La ceremonia más perfecta que han visto mis ojos en años. Los tres jóvenes murieron al cabo de una semana de la Enfermedad.

- Tal vez el Oráculo sabía que esa iba a ser su última ceremonia y por eso se esforzó para que todo fuera perfecto - murmuró Mehran.

- ¿Seguro que fue la Enfermedad? - volvió a preguntar Heda - ¿No tenían síntomas extraños, o la desarrollaron demasiado deprisa?

- No, Heda, fue la Enfermedad. - afirmó su tío - El Oráculo murió poco después que los tres jóvenes, de muerte natural. Era muy anciano.

- Radhir rechazó a esos jóvenes, y aún no sabemos por qué dejó viva a Dira. - añadió Mehran.

Heda tomó aire y respondió a la pregunta que se formulaba en los ojos de su primo.

- Hoy hablé con Radhir: va a visitar esta noche a Dira. Esa puede ser la razón por la que ella sobrevivió. Pero el por qué rechazó a los otros tres, no me lo dijo. La Dama Orrena también perdió a uno de sus jóvenes este año, uno de los más prometedores.

Sus tíos escucharon atentos y se intercambiaron una mirada rápida al oír aquello, pero no añadieron nada más.

- Hay otra cosa - continuó Heda - Lamento que la conversación vaya por estos caminos durante la cena, pero necesito respuestas. Cuando fui a anunciarle a Dira que había sido escogida por Radhir, me acusaron de

secuestrar niños para la Dama Orrena. La llamaron Bruja de las Diosas.

Nura y Lisha se llevaron la mano a la boca. La mirada de su tío se volvió dura como la piedra que les rodeaba. No era para menos: acusar a alguien de seguir el culto prohibido de las Diosas era peligroso. Adorar a las Diosas se castigaba con la muerte y el destierro de familiares y amigos.

- Se oyen muchas tonterías - dijo su tío, hablando lentamente pero dejando entrever dureza en sus palabras. - La Dama Orrena es una mujer poderosa, y no hay nada que le guste más a la gente ignorante que inventar mentiras sobre los que están por encima de ellos. El rumor ha llegado hasta mí, pero te puedo asegurar que no es cierto.

Después de aquello la cena transcurrió con tranquilidad: Heda no volvió a sacar temas que pudieran molestar a su familia, y se vio envuelta en una charla sobre niños, jóvenes casaderas y pequeñeces de la vida cotidiana que Heda apreció más de lo que habría imaginado.

Una vez se hubieron retirado los platos y sus tíos ya comenzaban a bostezar, Heda se despidió de toda su familia, que la intentaron retener mediante besos y abrazos y promesas de no volver a dejar pasar tanto tiempo para su próxima visita. Cada vez que Heda volvía a las cuevas pensaba que aquella era la última vez, pero su familia siempre le hacía cambiar de opinión.

Aquella noche, por primera vez en un mes, Heda durmió profundamente, como una niña, sin las pesadillas que la habían perseguido desde que salió del pueblo de la Dama Orrena casi un mes atrás.

## CAPÍTULO 5 – CARGAS

Heda se despertó temprano, algo a lo que se había acostumbrado durante sus viajes, ya que a consecuencia de haber vivido dieciséis años en la oscuridad del Palacio de la Montaña, los rayos del sol del amanecer siempre interrumpían su sueño por profundo que fuera. Tras años siguiendo aquella rutina, la vuelta a la oscuridad de las cuevas no la había modificado.

Tras asearse y vestirse con las ropas limpias que algún sirviente había dejado durante la noche en sus aposentos, que eran de mucha mejor calidad que las que Heda solía vestir, se dirigió a las cocinas para sobornar a la cocinera con noticias del exterior a cambio de algo para desayunar. No es que en las Cuevas estuvieran aislados del resto del mundo, pero los mensajeros que iban y venían llevando las noticias del exterior al pueblo de las Cuevas no solían preocuparse por detalles como modas o escándalos, algo a lo que la cocinera de palacio era muy aficionada.

Con un panecillo caliente untado en miel desapareciendo rápidamente entre bocado y bocado y un puñado de uvas en el bolsillo para más tarde, Heda se dirigió al Valle.

En el exterior creían que los seguidores de Radhir eran criaturas apenas humanas que vivían en plena oscuridad, sedientas de sangre, con poderes especiales que les permitían ver a la luz de la luna como a la luz del sol, monstruos pálidos y guerreros sigilosos en la noche. Los habitantes de las Cuevas no hacían nada por limpiar su imagen, ya que a menudo el terror de enfrentarse a una tribu guerrera capaz de cortarte el cuello en la oscuridad sin que tuvieras tiempo de percartarte de su presencia conseguía enfriar los ánimos de aquellos a quienes se les pasaba por la cabeza intentar atacar la Montaña.

La realidad era que sólo el Palacio de la Montaña, el Templo de Radhir y

otros lugares como las armerías, los barracones de la Guardia, las minas y la mayoría de las tabernas estaban en el interior de las Cuevas. El resto del asentamiento de los de Radhir estaba en el Valle.

Al Valle sólo se podía acceder a través de los túneles laberínticos que formaban las Cuevas, cruzando las entrañas de la Montaña de un lado a otro. En realidad se suponía que era posible llegar cruzando la Montaña por el exterior, aunque nadie lo había conseguido jamás, ya que la escarpada Montaña ofrecía una protección excelente contra incursiones. Heda siempre había tenido curiosidad por saber cuantos esqueletos de aguerridos exploradores adornaban la cumbre de la Montaña y sus picos colindantes y cuantos de ellos habían muerto a merced de los elementos y no bajo las espadas de las patrullas que controlaban el acceso de extranjeros al Valle.

El camino del Palacio al Valle no era corto, pero a Heda se le pasó en un suspiro, sus pies llevándola casi solos por un camino que había recorrido infinidad de veces en el pasado. El Rey debía pasar gran parte de su tiempo en el Palacio, pero el resto de la familia Real no tenía esa obliación, y de niños Heda y sus primos pasaban en el Valle todo el tiempo que les era posible, corriendo y jugando bajo la luz del sol junto al resto de los niños de las Cuevas. No había distinciones por rango en las peleas de barro o las carreras a la pata coja y compartir juegos con el resto de chicos del asentamiento había hecho que Heda creyera ser una más. Normal, como el resto.

Cuando llegó al Valle, los guardias la saludaron sin inmutarse. Al parecer las noticias de su presencia en el Palacio no habían tardado en llegar a todos los rincones de las Cuevas. Heda les devolvió el saludo. Las casas de los habitantes de las Cuevas se apiñaban al pie de la montaña, lo más cerca de las entradas a la Montaña que era posible sin dejar de resultar cómodo. En caso de ataque, los habitantes del Valle podrían retirarse al interior de las Cuevas para protegerse. Los campos de labranza y de pastoreo estaban más alejados, al otro lado del estrecho y alargado valle. Entre unos y otros estaban los talleres y los campos de entrenamiento, donde jóvenes guerreros se esforzaban por demostrar a sus maestros que eran dignos de portar el arma elegida.

Heda no llevaba dirección fija. Hacía tiempo que no visitaba su hogar y deseaba ver si algo había cambiado, pasear por las estrechas calles que formaban los talleres y las tiendas de artesanía o en las que se vendían preciados productos del exterior. Pero al pasar junto al campo de entrenamiento de los arqueros, le llamó la atención la presencia de Nahran, el menor de sus primos.

Nahran tenía casi cinco años menos que Heda. Había sido un niño cuando ella se marchó de las Cuevas y nunca había tenido con él la misma relación que con Lisha o Mehran. Pero Nahran ya no era un niño. Era alto, más alto que su hermano mayor Mehran, delgado y esbelto. Llevaba el cabello recogido en lugar de suelto, como era costumbre entre los miembros de la tribu. Ni rastro de barba o bigote ocultaban sus rasgos afilados, algo que tampoco era demasiado común. Parecía que Nahran había heredado las costumbres del pueblo de su madre en lugar de las de las Cuevas.

Al tensar el arco, Heda pudo comprobar que aunque Nahran era delgado, tenía músculos más que suficientes para enfrentarse a cualquiera de los guerreros que le rodeaban, mucho más fornidos y de aspecto más peligroso. Heda estaba segura de que Nahran les vencía más a menudo de lo que su aspecto prometía y lo que los orgullos del resto estaban dispuestos a aceptar, ya que le miraban con cierta desconfianza, y algunos incluso bromeaban sobre su aspecto.

Nahran disparó, y la flecha se clavó en el centro de la diana. Heda se fijó en que en el campo había otras cuatro dianas, todas con una flecha de plumas verdes clavada en el centro. ¿Cuándo se había convertido su primo menor en un experto arquero?

Nahran vio a Heda observándole y la saludó con una sonrisa, sus dedos tocando levemente la manga que cubría su Tatuaje. Ella le devolvió el saludo y dirigió sus pasos hacia él, para abrazarle.

– Pensaba que estábais todos durmiendo y que yo iba a ser la única en disfrutar de esta fresca mañana en el Valle. – dijo Heda. La familia Real no necesitaba madrugar y no solían hacerlo. Mehran y ella habían sostenido durante años una competición para ver quién conseguía

dormir hasta más tarde sin causar la ira de Nura.

Nahran se encogió de hombros y con un gesto le indicó a Heda que le siguiera para recoger sus flechas.

– Me he acostumbrado a madrugar. Menos mirones – dijo el joven, señalando con un gesto de la cabeza al grupito de guerreros que cuchicheaban entre ellos. Un chico algo menor que Nahran ocupó su puesto frente a la primera diana y Heda pudo notar que imitaba la postura y los movimientos de su primo, algo que le causó la desaprobación de sus mayores.

– Aún tienes mucho camino que recorrer para llegar al nivel de mirones que atrae tu querida prima, aquí presente – dijo Heda, lo que arrancó una sonrisa a Nahran.

– Jamás se me ocurriría intentar sustituirte, prima. Pero hay cosas que se llevan haciendo tantos años de una manera que cuando encuentras otra mejor es casi imposible hacer que la gente cambie de idea.

– Alguna gente – dijo Heda, mirando de nuevo al grupo de guerreros veteranos que observaban con desconfianza los intentos del joven de disparar como Nahran, que de momento parecían dar buenos frutos.

Nahran suspiró y asintió con la cabeza.

– ¿De qué discutías ayer con tu madre? – preguntó Heda.

Nahran la miró con expresión inquisitiva.

– Ayer oí gritos en sus aposentos... – añadió Heda. Nahran hizo un gesto con la mano como quitándole importancia.

– Nada especial. Lo de siempre. Yo quiero viajar durante un tiempo, conocer el exterior, y madre opina que no es necesario. En realidad toda la culpa es tuya. Creo que piensa que voy a convertirme en un vagabundo como tú, cuando lo único que quiero es adquirir

conocimientos sobre las naciones vecinas para ayudar a Mehran cuando sea Rey.

- Eh, no te burles de mí. Soy la vagabunda mejor vestida del mundo - respondió Heda, señalando sus lujosas ropas. Al menos eran ropas de viaje, elegantes y bien confeccionadas pero prácticas a la vez. Su tía había dejado de intentar vestirla como la princesa que debía haber sido.

Pero Heda entendía a Nahran. A ella también se le habían quedado pequeñas las Cuevas, y aunque su marcha había tenido otros detonantes, jamás se había arrepentido de dejar la seguridad de su familia.

- Serás un buen Capitán de la Guardia - le dijo Heda a su primo. - Y la tía Nura se dará cuenta de que ya no eres un niño y te dejará marchar, con la condición de que no te alejes demasiado y vuelvas a casa a tiempo para tomar un vaso de leche caliente antes de ir a dormir.

- Ahora eres tú quien se burla de mí, prima.

- Solo porque soy mayor que tú.

Su conversación se vio interrumpida por la llegada de un grupo de hombres del otro lado del Valle. Los encabezaba un hombre rubio de barba cuidadosamente recortada, mandíbula cuadrada y expresión sobria. Sus ropajes carecían de los adornos que otros guerreros solían llevar y llevaba el cabello completamente suelto, sin cintas que lo sujetaran. Llevaba la manga del brazo del Tatuaje subida hasta el codo, para mostrar el símbolo de Radhir a todo el mundo, todo el tiempo. Heda rozó con la punta de los dedos el brazal que ocultaba su falta de Tatuaje.

Heda le conocía de vista, aunque jamás había frecuentado su compañía. Se trataba de Dharr, el marido de su prima.

Dharr se acercó a Heda y Nahran y les saludó usando el modo arcaico, que apenas ya nadie usaba: dos dedos en el Tatuaje, el puño derecho en el pecho, sobre el corazón, dos dedos de nuevo en la frente para luego



apuntar al cielo .

- Hermano. Prima. Que Radhir os de luz en la oscuridad - dijo Dharr, y en la segunda palabra Heda creyó notar cierto tono de superioridad, de burla. Nahran le saludó con un gesto de la cabeza. Heda no respondió. ¿Cómo se atrevía Dharr a llamarles con tanta familiaridad? El que la familia Real permitiera que él y Lisha siguieran viviendo en Palacio en vez de en una vivienda construida por la familia de Dharr como era costumbre no le convertía a él en miembro de la realeza.

Pero en el fondo Heda sabía que no era eso lo que le molestaba. Lisha estaba enamorada de aquel hombre y él no parecía haber hecho nada para dañarla. Lo que realmente la había puesto nerviosa era lo terriblemente parecido que era el rostro de Dharr al de Lander. Lander, Hijo de Radhir, primo de Dharr por parte de madre, primo de Heda por parte de padre. Hacía meses que no pensaba en Lander, pero al ver a Dharr no pudo evitar reproducir fragmentos del pasado en su cabeza.

Al ver que ni Heda ni Nahran respondían, Dharr no hizo ningún ademán de incomodidad. Su sonrisa, desprovista de cualquier tipo de sentimiento, siguió clavada en su cara como una máscara.

- Hermano, mis hombres y yo hemos patrullado el Valle y todo sigue tranquilo, gracias a Radhir. No hay extranjeros escondidos en el bosquecillo y nadie está merodeando por las montañas.

Como siempre, pensó Heda. Nunca nadie había atacado el Valle. Se habían hecho intentos de conquistar la Montaña para hacerse con el control de las minas de oro, plata y piedras preciosas que había en su interior, de donde provenía casi toda la riqueza de las Cuevas, pero la Montaña jamás había caído, y las Cuevas seguían siendo territorio jamás conquistado.

Más silencio. Heda comenzaba a sentirse incómoda.

- Te felicito por el nacimiento de tu hija Nura, Dharr - dijo Heda finalmente, ya que negarle la palabra al guerrero podría ser interpretado como una falta de educación grave - es una niña muy hermosa.

- La bendición de Radhir ha caído sobre nosotros - asintió Dharr, y Heda pudo ver al fin un brillo en sus ojos, tal vez de orgullo - Lish y Nur me hacen feliz cada día que pasa, gracias a Radhir.

- Eres un hombre afortunado. - concedió Heda. De nuevo el silencio llenó el espacio entre los Heda y los dos hombres.

La conversación no daba para mucho más, así que Dharr se despidió afirmando que debía informar al Rey de sus hallazgos, o de la falta de ellos. Heda esperó que el hombre se alejara un poco para dirigirle una mirada inquisitiva a Nahran.

- Sí, es siempre así. - respondió Nahran a la pregunta que Heda no había formulado.

- Por la luz de Radhir - dijo Heda, imitando burlescamente el tono de Dharr - ¿Lish? ¿Cuándo ha perdido tu hermana parte de su nombre?

- Cuando se casó con ese cabeza hueca. Dharr sostiene que tener un nombre de dos sílabas es querer equipararse a los Dioses. Para un seguidor fiel de los Dioses, una sílaba es suficiente.

- Mucha humildad en las palabras de un hombre cuyo nombre está formado íntegramente por letras del nombre de Radhir - observó Heda. Nahran se volvió a encoger de hombros. - De cualquier manera, si Lisha es feliz no voy a ser yo quien me queje. Me ha gustado verte, primo, pero creo que voy a visitar al Rey para informarle de que planeo marcharme lo antes posible.

- Te echaremos de menos. Espero poder encontrarte en el camino pronto, si mi madre lo permite.

Heda volvió a sus aposentos y preparó su bolsa de viaje. Sus ropas viejas estaban limpias y dobladas en el interior de la misma, y en el bolsillo en el que solía guardar el poco dinero que tenía tintineaban un

buen número de monedas, cortesía de su tía.

Tras despedirse de Nura y Lisha, que en presencia de su esposo la besó y abrazó de forma menos efusiva que la noche anterior, Heda se dirigió a la sala de audiencias de su tío. En esa ocasión Heda tuvo que esperar unos minutos a ser recibida por su tío. Cuando finalmente entró en la sala de audiencias, se sorprendió al ver al joven sacerdote en presencia de su tío.

– Heda, creo que ya conoces al joven Jarren. Me ha estado contando de tu visita de anoche.

– Tío, yo solo venía a despedirme... – comenzó a decir Heda. Su tío la interrumpió.

– Precisamente de eso quería hablarte. Jarren ha acudido a mí, con buen criterio, para confesarme que cree no estar lo suficientemente preparado para llevar a cabo las tareas de un Oráculo. Y yo estoy de acuerdo con su apreciación. Ya hemos enviado un correo para que vaya en busca de uno de los Sacerdotes Errantes de Radhir más cercanos, que ocupará el puesto de Jarren mientras este aprende lo necesario para ser el Oráculo llegado el momento.

– ¿Y quién va a enseñarle? – Preguntó Heda. No lograba comprender qué tenía que ver aquello con ella, pero no quería ignorar a su tío.

– El Sacerdote del Gran Templo de Elania es el mejor maestro en el que puedo pensar. En un par de años Jarren aprenderá lo necesario para ocupar su puesto como sucesor del Oráculo. Y si no me equivoco, sobrina, tú sueles ir hacia Elania en esta época del año...

– Lo siento, tío, pero también tengo la costumbre de viajar sola – dijo Heda, con voz seca. Así que de eso se trataba. Una encerrona. Ya que no podían convencerla de que se quedara con ellos, le enviaban alguien a espiarla.

– Lo sé, dama Heda – dijo Jarren, su voz clara y musical resonando levemente en las paredes de la sala de audiencias – pero yo necesito un

maestro. No sirvo para nada aquí si no puedo llevar a cabo la mitad de las ceremonias y rituales que conlleva mi cargo, y si viajo con vos hasta Elania podréis enseñarme todo lo que aprendisteis durante vuestro tiempo como sucesora del Oráculo.

- Sólo serán un par de semanas - añadió su tío. - En cuanto Jarren llegue sano y salvo a Elania serás libre de ir donde desees.

- No sabía que ahora eras tú quien me otorgaba la libertad para ir y venir, tío.

- No te enfades, Heda. No te pido muchos favores. Es por el bien de las Cuevas.

Heda miró a Jarren y se dio cuenta de que el joven sacerdote llevaba una bolsa de viaje colgada de los hombros. Al parecer la decisión ya había sido tomada.

- De acuerdo, pero vas a tener que cumplir mis normas. Primera, mira por donde caminas. Segunda, fuera de esta montaña yo soy Heda, no una princesa ni la hija de un Dios ni nada parecido. No me vayas tratando como a la realeza, o nos desvalijarán más rápido de lo que tardas en parpadear. Y tercera, si yo te digo que te calles, te callas.

Jarren asintió con la cabeza con tanto entusiasmo que su bolsa de viaje se le resbaló del hombro y cayó al suelo. Heda volvió a suspirar, furiosa con su tío por haberla convertido en la niñera de un sacerdote inútil.

- Vámonos.

## INTERLUDIO – CREACIÓN

Al principio solo había oscuridad.

Ocurrió que el Uno abrió los ojos y tomó conciencia de si mismo. Pasó mucho tiempo pensando y reflexionando y cuando todo lo que ha existido, existe y existirá tomó forma en su cabeza, decidió que se sentía solo.

El Uno se mordió la lengua con fuerza y del corte manaron tres gotas de sangre de las que nacieron las tres Diosas: Akahi la Sabia, Iroda la Blanca, y Shelere la Bella. Las Diosas le hicieron compañía al Uno y se convirtieron en sus esposas.

Las Diosas tuvieron cincuenta hijos del Uno, todos varones. Mientras tanto el Uno modeló el mundo con las placentas de sus hijos, subyugando la tierra a servir a los Dioses por siempre.

Pero las tres Diosas no soportaban que el Uno fuera más poderoso que ellas y conspiraron para robarle su poder. Deseaban ser las únicas en gobernar el mundo y planeaban controlar a sus hijos tras la muerte del Uno. El menor de sus hijos, Awer, descubrió su plan y se lo contó al Uno, que con la ayuda de todos sus hijos se enfrentó a las Diosas y las venció.

Pero las Diosas eran poderosas, ya que eran hijas de la sangre del Uno, por lo que aún derrotadas mantuvieron el poder necesario para maldecir a sus hijos: jamás, en toda su vida, serían capaces de engendrar una hija. No habría más Diosas. Pasarían siglos y siglos, pues los Dioses viven una vida mucho más larga que los mortales, pero con el tiempo también morirían. Su estirpe desaparecería y con ella el mundo se desmoronaría. El Uno volvería a quedarse solo.

El Uno se enfureció y mató a las tres Diosas. Encerró sus almas malditas y corruptas en el infierno, donde no podían alcanzarle con su maldad.

Con sus cuerpos descuartizados creó los árboles y las montañas y los ríos y los mares, y con sus huesos creó a cincuenta parejas de seres humanos y les dio vida con su aliento.

Al ver que los seres que había creado no sabían como sobrevivir, puso a cada uno de sus cincuenta hijos al cargo de cada uno de las cincuenta parejas. Los Dioses les marcarían como suyos y los mortales les rendirían culto. Viendo que ya no había nada más que hacer en el mundo, el Uno se retiró a descansar

Como regalo para sus hijos, el Uno había creado a los humanos compatibles con los Dioses, así que los Dioses se unieron a las mujeres mortales y estas les dieron Hijos, no tan poderosos como sus padres pero sí mucho más que sus madres. Los Hijos, guiados por sus padres, le dieron forma al mundo. Crearon diferentes naciones, se distribuyeron por la tierra que había creado el Uno, crecieron, guerrearon y comerciaron.

Pasaron los siglos y los Dioses decidieron crear un gran Templo en el que se les pudiera rendir culto a todos ellos, ya que aunque cada uno deseaba ser adorado de una manera distinta, creían que era necesario dejar constancia de que todos ellos formaban parte de una misma familia.

Y así se creó el Gran Templo en la ciudad de Elania, donde cada ser humano podía seguir al Dios que deseara y los Sacerdotes de todos los Dioses atendían a los seguidores que peregrinaban hasta el Templo buscando la bendición de los Cincuenta Hijos.

Pero la maldición de las Diosas siguió en pie, aunque ellas habían sido enviadas al olvido. Ninguna de las mujeres escogidas por los Dioses dio a luz a una Hija. Los descendientes de los Hijos no tenían ni un ápice del poder divino de sus padres.

Los Hijos vivían rodeados de gloria y sangre, a veces enfrentándose en

nombre de sus padres, a veces luchando unidos contra un frente común, pero siempre bajo la atenta mirada de los Dioses. Sus nombres eran sinónimos de héroes y grandes guerreros, de gestas y aventuras, de magia y maravilla.

¿Pues qué podía haber mejor que ser el Hijo de un Dios?

## CAPÍTULO 6 – LA IRA DE OMAT

Heda no estaba acostumbrada a viajar acompañada. Los silencios incómodos llenaron los primeros días del viaje hacia Elania. Durante el día caminaban y durante la noche acampaban lejos de las ciudades y poblados, como Heda solía hacer en todos sus viajes. Las provisiones que les habían dado en las Cuevas les permitían viajar alejados de los caminos principales y si Jarren se sentía incómodo o inseguro por aquella forma de viajar, no expresó su temor.

Pero se acercaba el final del otoño y pronto las noches serían demasiado frías para poder dormir en el exterior.

– Siempre he soñado con conocer el Gran Templo de Elania – dijo una noche Jarren mientras Heda controlaba que la liebre que estaba asando en la pequeña hoguera que les proporcionaba luz y calor no se quemara demasiado – El Oráculo siempre hablaba de él como la mayor de las maravillas que había visto en su vida y me gustaría comprobar con mis propios ojos que todo lo que me contaba es cierto.

– ¿Acaso no crees incondicionalmente en lo que te contaba tu maestro, Jarren? – dijo Heda con una sonrisa burlona – Jamás me habría imaginado que estaba viajando con un hereje.

– ¿Qué? ¡No, claro que lo creo! Pero solo querría...

Heda se echó a reír ante el nerviosismo de Jarren y apartó la liebre del fuego.

– Sólo bromeaba. A veces olvido que para el resto del mundo los Dioses son... Dioses. Para mí son esos familiares molestos a los que no ves más que cuando es absolutamente necesario y obligatorio.



Jarren tragó saliva.

- Esa es una forma de pensar... interesante.

- Cualquier otra persona que dijera eso sería quemada por herejía antes de que saliera el sol. ¿Quieres que te enseñe cosas sobre los Dioses? Mis cuarenta y nueve tíos son un puñado de criaturas tan pagadas de si mismas que no les importa nada lo que hagamos o dejemos de hacer aquí abajo porque están demasiado ocupados con su propia vanidad. Mis primos y hermanos aprovechan su poder para imponer su voluntad allá donde van, sin preocuparse por leyes o normas. Y a todo el mundo le parece que es lo correcto y se dejan pisotear por ellos mientras les dan las gracias.

Jarren se encogió y se cubrió la cabeza con los brazos, como si temiera que el rayo de algún Dios furioso iba a caer sobre ellos por haber pronunciado aquellas palabras. Pero no ocurrió nada.

- A mi familia no le importa lo que yo diga sobre ellos. Saben que nadie va a creerme, ya se han encargado ellos de que sea así.

Jarren pareció a punto de responder, pero no dijo nada. El resto de la noche lo pasaron en silencio.

Un par de días después llegó el momento que Heda tanto había temido. Nubes negras cubrieron el cielo y a lo lejos los relámpagos iluminaban el cielo, anunciando tormenta.

- A medio día de camino hay un pequeño pueblo donde podremos refugiarnos. - Dijo Heda. Tras una pausa, añadió - Son seguidores de Omat.

Jarren la miró algo preocupado.

- Ya he estado otras veces en pueblos de Omat - le dijo Heda, intentando sonar tranquilizadora. - Nunca me han descubierto.

- Omat siempre me ha parecido un Dios demasiado severo - dijo Jarren, aún con cierto tono de preocupación.

- Severo es ser generoso. Omat es un tirano y sus seguidores suelen ser fanáticos peligrosos. Con suerte tu presencia les tranquilizará y no harán demasiadas preguntas.

La tormenta estalló sobre ellos cuando aún les quedaba algo de camino por recorrer para llegar al pueblo. Sus capas empapadas y el barro que atrapaba sus botas en el suelo les obligaban a avanzar mas despacio, por lo que cuando llegaron al pueblo ya era noche cerrada.

Las calles del poblado estaban desiertas, pero Heda se dio cuenta de que les observaban a través de las cortinas que cubrían las ventanas estrechas de las austeras casas de madera. Los destellos de luz aquí y allá, breves pero reveladores, confirmaban una mirada furtiva de los aldeanos que se escondían de la tormenta en el cálido interior de sus hogares.

- ¡Vayamos a la posada! - gritó Heda, para hacerse oír por encima del estruendo de la lluvia. Jarren asintió. Heda no había estado nunca en ese pueblo, pero sí en suficientes lugares parecidos como para orientarse con facilidad y reconocer de inmediato el edificio de la posada: una estructura reformada no hacía mucho, con casi todas las ventanas de la planta inferior iluminadas. Heda la señaló y Jarren la siguió.

Heda abrió la puerta de la posada y el calor y las conversaciones del interior del lugar la rodearon de inmediato. Jarren y Heda entraron en la posada y cerraron la puerta tras ellos con rapidez, para evitar que entrara más agua de la estrictamente necesaria.

Todas las miradas de los parroquianos se posaron en ellos, que se quedaron inmóviles en la puerta, chorreando agua. Heda se bajó la capucha para dejar ver su rostro y le indicó a Jarren con un gesto que hiciera lo mismo. Tras mostrar sus rostros, Heda y Jarren ofrecieron a los lugareños el saludo sagrado.

Las miradas suspicaces de los lugareños se calmaron al ver los ropajes

de Jarren, que le marcaban claramente como un sacerdote. Algunos de ellos volvieron a sus bebidas o juegos de cartas, mientras otros seguían observando a los viajeros, pero ya con más curiosidad que sospecha.

El posadero se acercó a ellos y se dirigió a Jarren con falsa amabilidad. Sus mangas estaban subidas hasta los codos, dejando ver su Tatuaje, un círculo atravesado por una T mayúscula. Todos los parroquianos llevaban las mangas de sus camisas recogidas de la misma manera. Jarren se levantó la manga para enseñar su propio Tatuaje.

– Terrible noche para viajar. ¿Me permiten sus capas? El chico las pondrá junto al fuego para que se sequen.

Jarren miró a Heda y ella asintió levemente, cediéndole la voz cantante.

– Terrible noche, sin duda. Pero el deber de cumplir los designios de los Dioses no entiende de tormentas.

Un niño de unos doce años se acercó y tanto Heda como Jarren le dieron sus capas. El niño intentó coger el macuto de Heda para llevarlo junto al resto de la ropa húmeda, pero ella no lo soltó. El muchacho le dio un par de tirones y al ver que Heda no cedía, se dio por vencido.

– Tenemos sopa caliente y algo de vino de la región, para reconfortar el cuerpo tras la lluvia. – dijo el posadero mientras les guiaba hacia una mesa vacía, algo alejada del resto. Jarren se dejaba guiar y Heda iba tras él, intentando no llamar la atención. De momento su teoría se mantenía firme: el posadero estaba demasiado preocupado en intentar engatusar a Jarren como para prestarle demasiado interés a la extraña mujer que el acompañaba.

Heda se sonrió. Los sacerdotes de Omat solían comprar el perdón de sus fieles con dinero y riquezas y el posadero debía estar acostumbrado a ese servilismo fingido para obtener alguna moneda de más. Con Jarren no funcionarían esas tácticas: aunque los sacerdotes de Radhir fueran ricos, que no lo eran, el joven sacerdote apenas había cogido más que lo justo y necesario para el viaje.

Tras un plato de sopa caliente mucho mejor de lo que Heda esperaba encontrar en un establecimiento como ese y un vaso de vino demasiado aguado para merecer ese nombre, Heda y Jarren rechazaron amablemente los ofrecimientos de dulces y aguardientes del posadero. Jarren pidió dos habitaciones, una para él y otra para su guardaespaldas, a poder ser contiguas. Ante la palabra guardaespaldas algunas cabezas se levantaron y volvieron a fijarse en Heda, pero ella fingió no darse cuenta. Con su aspecto, guardaespaldas era lo más fácil de hacer creer a los habitantes del pueblo, ya que era imposible que la tomaran por una mujer de fe.

En el exterior la tormenta seguía rugiendo con fuerza y aunque algunos de los parroquianos se habían arriesgado a salir para volver a sus casas, la mayoría seguían en la posada. Heda no sabía si eran huéspedes o vecinos del pueblo que iban a pasar la noche allí por temor a enfrentarse a la tormenta. Tal vez vivían en granjas algo alejadas del núcleo central y temían que si salían al exterior durante la tormenta, Omat castigara sus pecados fulminándoles con un rayo.

Las habitaciones de la posada eran sencillas pero estaban limpias. Heda se acostó sin molestarse en desvestirse, ya que sus ropas se habían secado durante la cena, y se quedó dormida casi de inmediato.

Un terrible estruendo la despertó algún tiempo después. Heda se sentó en la cama, sobresaltada, intentando descubrir el origen del ruido, cuando sus sentidos captaron algo más. Calor, más de lo normal. Y el inconfundible olor del humo.

Heda se puso las botas y cogió el macuto. Cuando salió al pasillo, vio que Jarren también estaba allí, con el cabello revuelto y los ojos aún nublados de sueño.

– ¿Qué ocurre? – dijo Jarren, con la voz pastosa. Heda no tuvo tiempo de responder, ya que en aquel momento comenzaron los gritos, provenientes del piso inferior. Heda y Jarren corrieron hacia el salón principal de la posada, bajando las escaleras a toda velocidad.

Las llamas habían devorado ya una de las esquinas de la posada y

avanzaban a toda velocidad arrasando con la madera embadurnada con alcohol de muchos años de bebidas derramadas que formaba el suelo del lugar. El posadero y su familia observaban aterrorizados la escena, sin atreverse a acercarse al fuego.

El fuego, la ira de Omat. Los seguidores de Omat tomaban los incendios como el castigo de su Dios.

Heda lanzó una rápida mirada al exterior. La lluvia había amainado levemente, pero aún caía. El fuego no se propagaría por el exterior de la posada, pero el interior no iba a escapar de las llamas. El resto de los huéspedes de la posada bajaron en tropel por las escaleras, tanto o más asustados por el fuego que el posadero.

- ¡La ira de Omat! - exclamó uno de ellos, y otros lo repitieron, con todos que iban del terror a la resignación.

- Rápido, Jarren, coge nuestras capas. - dijo Heda. Jarren la obedeció al momento. La capa de Jarren estaba casi seca, pero la de Heda seguía tan empapada como la noche anterior - ¡Empapa tu capa en un charco del exterior y vuelve a ayudarme!

Sin pararse a mirar si Jarren la obedecía, Heda le entregó la capa y usando la suya como escudo se dirigió a las llamas. Una vez estuvo cerca, empezó a apagarlas con la prenda de ropa empapada, golpeando una y otra vez las esquivas lenguas de fuego. A los pocos segundos se le unió Jarren.

El movimiento de golpear las llamas con la capa pesada hizo que, tras unos minutos, los brazos de Heda ardieran de dolor por el esfuerzo. Pero poco a poco las llamas retrocedían. Cuando las capas se secaban demasiado y empezaban a humear por el calor, volvían a mojarlas con agua de lluvia y seguían adelante.

Ninguno de los habitantes del poblado, ni el posadero ni sus huéspedes, les ayudaron. Sólo les miraban aterrorizados.

Finalmente, el fuego se extinguió. Heda dejó caer la capa humeante y

agujereada por el fuego al suelo, mientras intentaba recuperar la respiración. Jarren, mareado por el esfuerzo y el humo, se dejó caer al suelo. Heda se inclinó hacia él para ayudarlo.

Fueron las exclamaciones de horror las que le hicieron darse cuenta de que durante sus esfuerzos por apagar el fuego, el brazal que tapaba su antebrazo izquierdo se había desatado y había caído al suelo, exponiendo su piel sin marcas.

- ¡Sindiós! - gritó uno de los huéspedes y de nuevo el resto se le unieron, como un coro sin voluntad - ¡Sindiós! ¡Hereje!

Si los lugareños le habían tenido miedo al fuego, no ocurrió lo mismo con Heda. Casi sin darse cuenta se vio rodeada por una multitud de aldeanos furiosos, espoleados por el terror y el odio.

- ¡El incendio ha sido su culpa! - gritó el posadero - ¡Omat nos ha castigado por cobijar a una Sindiós!

- ¡Os equivocáis! - gritó Jarren, pero su voz débil no consiguió sobreponerse a los gritos y amenazas del resto, por lo que nadie le escuchó - ¡Ella sólo ha intentado ayudaros!

Heda intentó defenderse, pero la lucha contra el fuego la había dejado agotada. Deseó tener la fuerza sobrehumana que poseían algunos de sus Primos, o la resistencia superior a la de cualquier humano, pero en ese sentido era no ella mejor que cualquier otro mortal. Un grupo de granjeros la sujetaron mientras otros la golpeaban y la zarandeaban.

- ¡Muerte a la Hereje! ¡Por Omat! ¡Llamad a la Ajusticiadora!

Entre empujones y tirones la sacaron al exterior. La lluvia había cesado. Se encendieron algunas antorchas y la gente salió de las casas cercanas a la posada, alertada por el ruido. Heda pudo ver como Jarren había recogido su macuto y corría tras la turba.

Al llegar a la plaza del pueblo Heda vio que gran parte de los habitantes

del lugar habían acudido a los gritos de ¡Sindiós! Y ¡Hereje!. Las antorchas que portaban iluminaban el pequeño espacio como si fuera de día. En el centro de la plaza había una mujer imponente, alta y de brazos fuertes, vestida completamente de rojo. En sus manos brillaba una enorme espada afilada.

Heda fue empujada frente a la Ajusticiadora, y perdió el equilibrio, cayendo al suelo de rodillas. Intentó levantarse, pero el barro del suelo lo había vuelto resbaladizo y no pudo conseguirlo. La Ajusticiadora levantó la espada.

– Sindiós, el castigo por herejía según la Ley de Omat es la muerte. – Heda intentó incorporarse pero la Ajusticiadora la volvió a empujar hacia abajo. Ella levantó la vista y miró fijamente la espada que sostenía la Ajusticiadora entre sus manos. Bajo la luz de las antorchas, tenía un brillo blanco, casi fantasmal. Heda se echó a reír, con una risa cargada de desesperación. La Ajusticiadora alzó la voz para que las palabras rituales se escucharan sobre la risa histérica de Heda – Omat, guía mi espada sagrada para hacer desaparecer el mal del mundo. Golpea a esta Hereje y destruye su alma para siempre.

Sin una palabra más, la Ajusticiadora bajó la espada con un poderoso golpe dirigido directamente al cuello de Heda.

## CAPÍTULO 7 – CAÍDA

La espada cayó sobre el cuello de Heda con todo el peso del mundo mientras los aldeanos lanzaban gritos de muerte y justicia. Jarren intentó acercarse a ella, gritando para que la liberaran, pero los aldeanos que le rodeaban le sujetaron con fuerza para impedir que acudiera en auxilio de la mujer que iban a ejecutar.

Y entonces el mundo explotó en un estallido de luz.

Los asistentes a la ejecución gritaron: alaridos de dolor, de sorpresa, de terror, al verse rodeados por una brillante luz blanca que resonó en sus oídos como cien campanas rompiéndose en pedazos. Jarren cayó al suelo, libre de las manos de sus captores, y se cubrió la cabeza con los brazos. Los ojos le lagrimeaban de dolor y el corazón le palpitaba a toda velocidad. A su alrededor los seguidores de Omat lloraban y gemían implorando el perdón de su Dios.

Jarren notó como alguien tiraba de su cuerpo y le ayudaba a incorporarse. La voz de Heda llegó a sus oídos lejana, como en un sueño.

– Rápido, antes de que se recuperen. Vamos.

Él intentó asentir, pero no estaba seguro de haberlo hecho. Con pasos temblorosos y tropezando de vez en cuando pese al punto de apoyo que le ofrecía Heda, abandonaron el pueblo.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente del conjunto de casas, Heda se detuvo unos instantes para comprobar que el sacerdote no había resultado herido. Él la miró, su visión todavía algo borrosa, como si no se creyera lo que estaba viendo. Heda seguía viva, su cabeza estaba aún sobre sus hombros. Ella recuperó su macuto de viaje, que Jarren aún



aferraba entre sus manos, y se lo colgó de los hombros.

– ¿Cómo...? – Preguntó él, su lengua pastosa y algo dolorida, el sabor de la sangre en su boca. Seguramente se había mordido la lengua en el estallido de luz.

– No hay tiempo ahora. La Ajusticiadora se recuperará y es posible que nos persiga. ¿Puedes correr?

Jarren asintió y Heda echó a correr a través del bosque. Él la siguió. Las nubes ya no ocultaban el cielo nocturno y el brillo de las estrellas y la luna les ayudaba a encontrar el camino, aunque no a detectar las raíces y piedras que les hacían trastabillar en más de una ocasión.

Pronto comenzaron a oír voces en la lejanía. Heda soltó una maldición y se detuvo, intentando descubrir un camino que les alejara de sus perseguidores.

– Por aquí – le dijo a Jarren, señalando una pendiente que se alzaba a su derecha y les alejaba del terreno llano que ocupaba el bosque. Jarren y Heda comenzaron la subida con dificultad, ya que a la inclinación del terreno se añadía la dificultad de subirlo casi sin luz. Una vez llegaron arriba, pudieron ver a lo lejos las luces titilantes de las antorchas de los seguidores de Omat. Heda le hizo una señal a Jarren para que se mantuvieran en silencio y emprendieron de nuevo la marcha.

– ¡Se han marchado por allí arriba! – sonó de pronto la voz de la Ajusticiadora, fuerte y clara entre el clamor del resto. Jarren dejó escapar un sonido de desesperación y miró a Heda aterrorizado.

– Omat les está guiando – susurró Heda, tironeando de su brazo para que reemprendieran la marcha – No puede matarme personalmente, pero va a hacer todo lo posible para que sus seguidores lo hagan por él. No vamos a tener ventaja.

Corrieron casi sin aliento, agotados todavía por su lucha contra el fuego. Las voces de sus perseguidores y las luces de sus antorchas se acercaban cada vez más, ganándoles terreno. No importaba lo irregular

que fuera su marcha, los cambios de dirección aleatorios, los seguidores de Omat siempre recuperaban el rastro.

El bosque iba desapareciendo, y pronto la luz del amanecer empezó a filtrarse entre los cada vez más escasos árboles. Pronto se encontrarían en campo abierto y no tendrían nada que les escondiera de sus perseguidores. Pero cuando salieron de la protección del bosque descubrieron que aquello no iba a ser un problema. Una enorme grieta partía el terreno en dos, cortándoles el paso.

Heda corrió hacia el precipicio y se asomó para buscar un camino de bajada.

– Hay un río. Es muy caudaloso, pero la caída es importante. – miró a los lados, estudiando el terreno. – Si corremos a lo largo de la grieta nos alcanzarán tarde o temprano.

– ¿No puedes volver a invocar a la luz para que nos salve? – preguntó Jarren. Ella negó con la cabeza.

– No es algo que haya invocado yo. Ha sido la espada. Pero hay otras formas de matarnos más dolorosas y efectivas que no requieren de espadas Sagradas.

Los perseguidores, con la mujer de rojo al frente, dejaron atrás los últimos árboles. Al verles detenidos junto a la grieta, la Ajusticiadora sonrió con la mirada llena de locura.

– ¡Omat nos ha guiado hasta los Herejes y les ha cortado el camino a ellos! ¡Que su sangre mane y la tierra se empape de ella!

Heda tomó a Jarren de la mano y le miró a los ojos.

– No hay otro camino. ¡Salta!

Heda no esperó a que Jarren saltara y se lanzó al vacío aún sujetando al sacerdote, que fue tras ella. Cayeron lo que pareció una eternidad,

gritando, para finalmente sumergirse en las frías aguas del río embravecido.

Cuando salieron a la superficie, todavía cogidos de la mano, ya estaban a bastante distancia del punto del que habían saltado. La Ajusticiadora, una figura vestida de rojo que se definía por segundos a medida que los rayos del sol la iluminaban, gesticulaba y gritaba algo que no lograron oír, ya que la corriente les alejaba cada vez más de ella.

- ¡No luches contra la corriente! ¡Déjate llevar! - dijo Heda, intentando mantener la cabeza por encima del agua y obligando a Jarren, que parecía estar sufriendo un ataque de pánico, a hacer lo mismo. Jarren tardó en reaccionar y Heda temió que sus forcejeos les hicieran hundirse y perderse en las frías aguas del río, pero finalmente Jarren recuperó el control y de forma algo torpe imitó a Heda.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando la velocidad de la corriente disminuyó al llegar a un terreno menos escarpado. Heda y Jarren consiguieron sujetarse de una rama que pendía sobre la orilla y salieron del río, empapados y magullados, agotados hasta la extenuación.

- Debemos seguir adelante. - dijo Heda, observando su entorno. - Creo que sé donde estamos. Si seguimos hacia el norte encontraremos el camino hacia Elania y podemos unirnos a alguna caravana de peregrinos. Con un poco de suerte el sol secará nuestras ropas. Al anochecer llegaremos a una zona de cuevas donde podremos descansar y hacer una hoguera para terminar de secar lo que sea necesario.

Jarren miró al cielo: aunque el invierno se acercaba aquella mañana era especialmente calurosa, sin una sola nube en el cielo. Se estremeció de frío, pero siguió caminando.

- ¿Crees que nos seguirán? - preguntó Jarren, con los dientes castañeteando de frío.

- Estoy convencida de que ese Ajusticiador no nos dejará escapar tan fácilmente. Pero el río nos ha dado una buena ventaja, y para llegar a donde estamos él debería viajar más de dos días a través de las

montañas.

– Pero si Omat puede vernos e informar a la Ajusticiadora de nuestra posición...

– Mis tíos son criaturas que se enfadan con rapidez, pero por suerte pierden el interés con la misma rapidez. Mientras estuvimos en uno de sus pueblos éramos una molestia para él, una mosca que aplastar. Pero nos hemos alejado bastante... la Ajusticiadora querrá venganza, pero dudo que Omat se moleste en ayudarle a menos que volvamos a violar alguna de sus leyes en su territorio.

Mientras caminaban alejándose del río, Jarren se fijó en el enorme cardenal alargado y amoratado que tenía Heda en el cuello, justo donde la espada debería haberlo partido en dos.

– Tu cuello... la espada... – balbuceó Jarren, intentando encontrar una explicación a lo ocurrido – Nuestro escape ha tenido que ser obra de los Dioses. Radhir...

– Radhir no movería un dedo por mí si no fuera en su beneficio, y actualmente no estoy cumpliendo ninguna misión encargada por él.

“Que yo sepa” pensó Heda.

– ¿Entonces?

– La espada de la Ajusticiadora es un arma Sagrada. Todas las armas de los Ajusticiadores lo son.

– Lo único que puede matar a un Hijo de Dios – dijo Jarren.

– La única arma que puede matar a un Hijo de Dios. Podemos morir de muchas otras maneras, pero mis primos sólo pueden ser heridos por el filo de un arma Sagrada. Las espadas normales no les causan ningún tipo de daño.

- ¿Entonces? ¿Por qué el arma no te cortó el cuello?

- Porque, por algún motivo - dijo Heda - Yo soy inmune a las armas Sagradas. El arma Sagrada de la Ajusticiadora no tuvo poder para acabar conmigo y el solo hecho de intentarlo causó la explosión que nos ayudó a escapar.

Jarren se tomó unos momentos para digerir la información. Su rostro se iluminó.

- ¡Pero eso es fantástico! Te convierte prácticamente en un ser inmortal  
- en su voz se notaba un tono de adoración que hizo que a Heda se le erizara el vello de la nuca.

- En realidad no. Las armas Sagradas no me pueden herir, pero las normales sí. Al revés que a mis primos, las armas creadas por los hombres pueden atravesarme sin ningún problema. Y aún puedo morir quemada, asfixiada, ahogada o envenenada.

Al oír la última palabra Jarren hizo un gesto contra el mal.

Siguieron el camino en silencio, deteniéndose solo al atardecer para que Heda pudiera cazar algún pequeño animal para la cena y recoger leña para el fuego. Al anochecer, como ella había prometido, encontraron una cueva en la que refugiarse.

En esta ocasión fue Heda la que inició la conversación, intentando sacar a Jarren de un silencio impropio en él: el sacerdote llevaba horas sin hablar, y tras haberse quitado su pesada túnica estaba sentado frente al fuego, con la mirada fija en las llamas, su cuerpo delgado cubierto solo por unos finos pantalones de algodón moviéndose espasmódicamente debido a los escalofríos que le recorrían de tanto en cuanto.

- ¿Por qué no te conozco? - preguntó Heda mientras colgaba sus ropas y hacía inventario del contenido de su macuto de viaje, el de Jarren se

había quedado en la posada, de los salientes de roca que había en el interior de la cueva. – Conozco a toda la tribu, pero no estoy segura de quién eres tú. Y tú tampoco pareces saber demasiado de mi, por lo que o me equivoco mucho o no has vivido siempre en las Cuevas.

– No te equivocas – respondió Jarren – Mi padre es Joran, un herrero. Se marchó de las Cuevas para trabajar para uno de los Señores aliados de la tribu, en la ciudad sureña de Obar, seguidores de Matus. Al parecer en Obar necesitaban herreros, y mi madre había desarrollado una enfermedad que sólo mejoraba con aire marino y exposición al sol, algo difícil de conseguir en las Cuevas. Yo nací allí, un año después de que mi familia se instalara. Mi padre intentó enseñarme las costumbres de nuestra tribu, e incluso se tomó la molestia de buscar un templo de Radhir donde presentarme cuando llegó mi momento. Pero nunca conseguí ser tan buen guerrero como mi hermano mayor, ni me interesaba el oficio de mi padre. Era heraldo de varios nobles de la ciudad: les entregaba y leía mensajes que les enviaban otros nobles. La mayoría de ellos no sabían leer ni escribir, así que en realidad eran sus secretarios los que escribían los mensajes, y tener un heraldo que los leyera era, además de una necesidad, un símbolo de poder y prestigio. Pero para mi padre yo era una desgracia. Hace cinco años, el Señor que había empleado a mi padre consiguió un nuevo herrero y mi familia decidió volver a las Cuevas. Y cuando llegamos, la cosa empeoró.

– Hay un refrán de nuestra tribu que dice “Quien nace bajo la luz del sol nunca será feliz en una cueva”. – dijo Heda.

– En mi caso ha sido cierto. Durante el primer año intenté con todas mis fuerzas aprender el oficio que mi padre llevaba intentando enseñarme toda mi vida. Pero no todos podemos valer para lo que hacen nuestros padres. Tampoco podía ser un guerrero como mi hermano. Y en las Cuevas no hay mucho que un hombre adulto que solo sabe cantar y recitar pueda hacer. Cuando el Oráculo le pidió a mi padre que me permitiera ser su aprendiz, pensé que las cosas se arreglarían.

– ¿Y no fue así?

– En parte sí. Me sentía útil, y mi padre ya no parecía pensar que mi vida

era un desperdicio. Pero ser el aprendiz del Oráculo no era tan sencillo como había pensado. En parte porque la gente de la tribu no tenían demasiada confianza en mí, ya que apenas me conocían, y en parte porque el Oráculo no paraba de quejarse de que yo era demasiado mayor para aprender cuando cometía algún error. No tuve demasiados problemas en aprender los textos del Libro de los Dioses, y el Oráculo parecía bastante complacido con mi manera de recitarlos, pero con aquello que estaba fuera de los libros tenía más problemas. Me esforzaba, pero de alguna manera no lograba alcanzar a comprender lo que mi maestro quería que entendiera. Tal vez en un par de años más habría conseguido superar ese problema, pero el Oráculo murió y no había nadie que me pudiera guiar por esa parte del camino.

- En Elania encontrarás lo que buscas - dijo Heda, sentándose junto a Jarren. Él dio un respingo al notar que sus brazos desnudos se tocaban, y se alejó un poco de Heda. Ella fingió que aquella reacción no le había molestado. Al parecer, pese a que los seguidores de Radhir no tenían tabúes respecto a la desnudez ni el contacto humano, Jarren había sufrido más influencia de Matus de la que había querido admitir en su relato - El viejo Oráculo podía ser un hueso duro de roer, yo también tuve que vivir con sus exigencias y quejas continuas. Pero en Elania hay un ambiente de mayor tolerancia, más relajado. Quién sabe, tal vez el Sacerdote de Radhir del Templo te acepte como su sucesor. Elania es una gran ciudad, y no tendrías que vivir en la oscuridad de las Cuevas.

Jarren pareció animarse ante aquella perspectiva.

- Vamos a necesitar caballos - Dijo Heda cuando hubieron terminado de comer y estaban escogiendo las más secas de entre sus ropas y mantas de viaje para usarlas como abrigo para la noche - El camino que lleva a Elania no es peligroso, pero algunos pueblos están bastante alejados y no podemos permitirnos el lujo de acampar en el bosque y que vuelva a sorprendernos una tormenta ahora que se acerca el invierno, o peor, que la Ajusticiadora nos encuentre. Normalmente la Dama Orrena me presta alguno de sus animales para mis viajes, pero tendríamos que desviarnos demasiado del camino que debemos seguir.

- ¿Caballos? - murmuró Jarren, algo preocupado.

- ¿Sabes montar a caballo, verdad? - dijo Heda, imaginándose la respuesta. - En las Cuevas no se monta, pero tú has vivido casi toda tu vida en una ciudad del exterior.

- A mi padre no le gustan los caballos. De pequeño me contaba historias sobre las cosas terribles que un caballo le puede hacer a un hombre, como arrollarle o lanzarle por los aires, o cocearle... Les he tenido miedo desde siempre.

- Eres un hombre extraño, Jarren. Muchos incluso dudarían de que realmente seas un hombre.

- Caballos.

- No te va a pasar nada. Yo aprendí a montar bastante rápido, no me costó más que un par de huesos rotos.

- Caballos. No, es... está bien, es necesario. Caballos.



## CAPÍTULO 8 – DIRA

Dira abrió los ojos en la oscuridad de el pequeño cuarto de la Taberna de su padre en el que había dormido toda su vida y se sorprendió al pensar que en menos de un mes no volvería a dormir en aquella cama dura y extrañamente acogedora nunca más.

La joven se levantó y comenzó a vestirse y asearse sin necesidad de encender ninguna luz. Durante años había odiado que su familia viviera en el interior de las Cuevas y no en el Valle, como todas sus amigas. Le faltaba el sol, la luz del día, el brillo tenue de las estrellas y la luna por la noche. Su mundo era oscuridad y luz de antorchas. Su piel y su cabello siempre olían a humo, su ropa siempre tenía un tacto húmedo. Y ahora se estremecía al pensar que iba a vivir en el mundo exterior. ¿serían las paredes del Refugio de las Madres lo suficientemente gruesas para poder fingir que seguía en las Cuevas, en su hogar, cuando llegara la noche y se apagaran las luces de las velas?

En el manantial subterráneo del que se abastecían todos los habitantes del interior de las Cuevas, Dira se encontró con un par de sirvientes del Palacio. Un hombre y una mujer, que habían estado intercambiando besos y caricias antes de que ella llegara y que la observaron en silencio mientras ella llenaba los cubos de agua que había traído. Los cuchicheos empezaron antes siquiera de que ella estuviera lo suficientemente lejos para no oírlos.

No alcanzó a escuchar lo que decían, pero Dira sabía sin lugar a dudas lo que la pareja estaba diciendo sobre ella. Radhir la visitó, se acostó con ella. Ahora está embarazada. Su familia está hecha pedazos, su antiguo prometido no quiere ni que se pronuncie su nombre en su presencia, su padre bebe cada noche hasta caer inconsciente.

Años atrás, ser la madre de uno de los Hijos de Radhir hubiera sido un honor. Pero Dira no se sentía honrada. Su madre había puesto muchas

esperanzas en ella y la joven había demostrado ser todo lo que su familia deseaba y más, digna de su nombre. Con sólo catorce años había recibido el Tatuaje. Todos afirmaban que su voz era la más hermosa que se había oído en las Cuevas en más de un siglo, que su interpretación de las antiguas canciones conseguían hacer llorar hasta a las estatuas de piedra del Palacio. Su madre había conseguido comprometerla con el hijo de uno de los guerreros más valorados por su pueblo, la mano derecha del propio Rey. Si todo hubiera ocurrido como debería ahora estaría viviendo en una mansión en el exterior, con un nuevo esposo que la adoraría y la vestiría con las más finas sedas importadas del exterior.

Pero su maravillosa habilidad, la que le había abierto las puertas a una nueva y maravillosa vida, había sido lo que había llamado la atención de su Dios, que la había reclamado para él. Los Dioses son egoístas, pensó Dira, toman lo que desean sin importarles lo que opinen sus súbditos.

Dira llegó a la posada y dejó el agua en la cocina, para que su madre hiciera la sopa del día. Con un movimiento inconsciente se llevó la mano al vientre. Era imposible que aún notara nada, sólo hacía una semana que Radhir la había visitado. Pero estaba embarazada, de aquello no había duda. La semilla de un Dios siempre daba fruto.

Al salir de la cocina, Dira se encontró con su madre, que se sorprendió al verla.

- ¿Qué haces aquí?

- He ido a por agua.

- ¡Niña estúpida! - dijo su madre, con el tono duro que usaba siempre para reprenderla. De pronto se detuvo, se tocó el Tatuaje con la mano derecha y la levantó al cielo para pedir perdón, y continuó con un tono más dulce, completamente impropio en ella - ¿No te das cuenta de que eso es demasiado peso?

Dira sonrió con una sonrisa triste.

– Radhir protege a sus Hijos, madre. Déjame ayudarte, como he hecho siempre. Puedo cortar las verduras, o barrer la posada...

Su madre la empujó hacia la puerta, como si quisiera deshacerse de ella, como si la criatura que crecía en su vientre la hubiera convertido en una persona distinta a su querida hija, con la que bromeaba en la cocina mientras cocinaban y a la que trenzaba el cabello rubio para que no se le metiera en los ojos mientras trabajaba.

– Márchate, no debes trabajar. Prepara tus pertenencias para el viaje, despídete de tus amigos, no pierdas el tiempo aquí.

Dira sintió ganas de echarse a llorar pero consiguió contenerse. Su madre ya se había hecho a la idea de que había perdido a su hija, y seguir viéndola cada día le debía estar destrozando el corazón. En una semana llegarían los Hijos de Radhir para escoltarla al Refugio y nunca más volvería a ver a su familia. Ellos ya habían aceptado aquella idea, pero Dira todavía no.

Tampoco podía ir a despedirse de sus amigos, como le había ordenado su madre. Se había corrido la voz de su situación tan rápido que a la mañana siguiente de la visita de Radhir sus amigas ya le habían dado la espalda. Todos temían que su hijo, o quizás su hija, fueran tan Herejes como la sobrina del Rey. Un Hereje daba mala suerte, y a la hija de Isha solo se la respetaba por ser sobrina de Himad.

Sólo una de sus compañeras de juegos, Hura, había tenido la valentía de acercarse a ella cuando Dira se había refugiado de las miradas hostiles y los silencios hirientes que había recibido al salir al Valle. Hura se había sentado junto a Dira e ignorando sus lágrimas le había preguntado si se encontraba bien, si Radhir era tan magnífico como todos afirmaban.

Ella había enrojecido. Hacía ya algunos años que no era una niña, y había estado a punto de casarse. Además en una casa con cinco hermanos no solía haber demasiados tabúes sobre aquel tema, pero por alguna manera le resultaba violento hablar de ello con alguien que no iba a ser capaz de entenderlo.

- La luz de Radhir brilla más que la de cien soles juntos y su calor te hace sentir segura, protegida - le dijo la joven a su amiga, que la observaba pendiente de cada palabra. - Fue como un sueño, no consigo recordar detalles concretos...

Hura, al ver que Dira no iba a darle más información, abrazó a su amiga con un gesto un tanto incómodo y se marchó. Dira se arrepintió al instante de haberle mentado, ya que recordaba perfectamente cada segundo de la visita de Radhir, la forma y el tacto de sus músculos, la suavidad de su cabello rubio, el tono exacto de sus ojos, el mismo que el de las flores azules que salpicaban el Valle. Radhir había sido atento y cuidadoso, pero ella se sentía vacía.

Vacía, porque no era más que un recipiente en el que se desarrollaría el Hijo del Dios, porque no iba a tener a su hijo entre sus brazos más que unas pocas semanas, porque luego le sería arrebatado por sus Hermanos y jamás volvería a verle ni a él, ni a su padre, porque una vez cumplida su misión su vientre se secaría y ella se quedaría encerrada de por vida entre los muros del Refugio.

Sus pasos la llevaron al Templo, pero recordó demasiado tarde que el nuevo Sacerdote, el heredero del Oráculo, se había marchado. El templo seguía vacío, aunque un Sacerdote Itinerante debía estar a punto de llegar para asumir el cargo de Oráculo. Dira observó las tallas que contaban la historia de su pueblo en las paredes del Templo, las batallas ganadas gracias a Radhir, los Reyes que habían llevado a la tribu de las Cuevas a la excelencia, los nombres de los hijos Divinos que Radhir les había dado a sus súbditos.

Tal vez un día el nombre de su hijo estaría en aquella lista.

Aquello sería lo único de él que permanecería en las Cuevas. Los Hijos de los Dioses no vivían con sus familias mortales. Su hogar era la Fortaleza. Su hijo no tendría una infancia normal, desde que tuviera fuerza para sujetar un arma se le enseñaría a luchar y a matar. Con suerte sería un Héroe, como los que protagonizaban las canciones que Dira conocía a la perfección. Pero no todos los Hijos de los Dioses caminaban bajo la Luz de sus padres, aunque jamás se enfrentaran a

ellos. Algunos eran sus Sombras, criaturas aterradoras que causaban dolor y destrucción en nombre de los Dioses.

Dira se sentó en uno de los bancos de madera que había en el centro de la sala y cerró los ojos, tal vez para rezar, tal vez para desear que el tiempo pasara rápido y pudiera marcharse de las Cuevas y dejar atrás todo el dolor que sentía, cuando de pronto unos pasos firmes y decididos sobre la piedra la sobresaltaron.

Abrió los ojos y se puso en pie, nerviosa. Se sentía incómoda, como si estuviera en un lugar que no le correspondía, aunque el Templo siempre había estado abierto para todos los seguidores de Radhir.

Al ver al Príncipe Nahran, tan sorprendido como ella misma por encontrar a alguien en el Templo, Dira hizo una torpe reverencia.

- No, no hagas eso. - dijo Nahran, más avergonzado que la propia Dira  
- no es necesario.

- Ya me marchaba - dijo ella, haciendo el ademán de salir del Templo, pero él volvió a negar con la cabeza.

- Quédate, no quiero molestar. Sólo venía a recuperar un libro que le presté a Jarren... al Sacerdote.

Ella obedeció, algo intimidada por la presencia del joven Príncipe. Nahran no era demasiado hablador, a diferencia de su hermano mayor, y aquella era la conversación más larga que Dira le había oído mantener con nadie. Todo el mundo afirmaba que Nahran era frío y reservado, pero Dira no encontraba en el joven ninguna barrera o reserva.

Al pasar junto a ella, Nahran la miró con curiosidad.

- Eres Dira, ¿no es cierto? ¿La hija de Odarn?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

- Aún tengo grabada en la memoria la canción que cantaste hace dos años en el Día del Dios. La balada de Yasa. Jamás había oído que nadie la interpretara como tú.

- Gracias, mi señor. - respondió ella, sorprendida de que el Príncipe recordara algo tan banal como una balada menor, que no contaba historias de batallas ni de héroes. Él se despidió con un gesto de la cabeza y se dirigió a las estancias de los Sacerdotes, pero Dira se envalentonó - ¿Puedo haceros una pregunta?

Nahran se detuvo y la miró con expresión curiosa.

- ¿Mantenéis contacto con vuestra tía, la madre de la dama Heda?

Él negó suavemente con la cabeza.

- No. La hermana de mi padre murió al dar a luz a mi prima.

Dira sintió como un escalofrío la recorría de arriba a abajo.

- Yo pensaba que los Dioses protegían a las madres de sus Hijos... - murmuró, algo preocupada.

- Así es. Pero el padre de mi prima Heda ya había muerto cuando llegó el momento de su nacimiento, y por lo tanto él no estuvo presente en el parto para proteger la vida de mi tía. El dar a luz a la Hija de un Dios fue demasiado para ella y murió - al ver la expresión de preocupación de Dira, Nahran se apresuró a añadir - pero tú no tienes que preocuparte por eso, Radhir estará a tu lado cuando llegue el momento para ayudarte. Estoy seguro de que tendrás un hijo sano.

- Todo el mundo me dice lo mismo. Pero sé que en el fondo temen que tenga otra hija, otra... alguien como Heda.

Nahran se acercó a Dira y tomó las manos de la joven entre las suyas.

- El llevar o no el Tatuaje de un Dios no nos hace mejores personas.

Desde lo más profundo de tu corazón te digo que ojalá tu hijo sea parecido a mi prima Heda.

Dira se estremeció al oír aquellas palabras, que sonaban a herejía a sus oídos. Su mirada se desvió involuntariamente al Tatuaje de Nahran, que destacaba de forma clara y limpia sobre la piel de su antebrazo. Si el Príncipe fuera culpable de Herejía o de ir contra su Dios, el Tatuaje habría corrompido y podrido la piel de su brazo, pero todo parecía normal. Pese a la dureza de sus palabras, su corazón seguía siendo fiel a Radhir.

– Nadie me quiere contar nada de lo que me va a pasar. – murmuró ella, con un hilo de voz – nadie sabe nada.

Nahran le respondió con una sonrisa.

– Creo que mi tía le escribió algunas cartas a mi madre durante su estancia en el Refugio. Estoy seguro de que estará encantada de permitirte leerlas. Permíteme que recupere mi libro y te llevaré con ella.

## CAPÍTULO 9 – PEREGRINOS

– Bendito sea el Uno y sus hijos, que nos dan la vida, que nos protegen y nos guían, que nos dan sombra y luz.

La voz de Jarren sonaba alta y clara en la explanada en la que se habían parado a descansar, a la que pronto habían acudido multitud de peregrinos que viajaban a Elania al oír que un Sacerdote estaba otorgando bendiciones en el camino.

Heda lo observaba todo algo apartada, apoyada en un árbol con los brazos cruzados y años de instrucción religiosa bullendo en su memoria. En un momento de necesidad, cualquier Sacerdote podía otorgar bendiciones a los seguidores de cualquier Dios, ya que al fin y al cabo todos los Dioses eran Hijos del Uno y al rendirles culto, indirectamente, los humanos adoraban al propio Uno.

Las voces de los peregrinos congregados en la explanada repetían los versos correspondientes tras cada bendición de Jarren. Bendito sea el Uno, benditos sean sus hijos.

Todos sus hijos menos uno.

Los caballos no habían sido difíciles de conseguir: Himad le había entregado a Heda una gran cantidad de dinero, que ella guardaba en una pequeña bolsa de piel, siempre escondida a buen recaudo por debajo de la ropa, que por suerte había sobrevivido a su viaje por el río.

Escogieron sus monturas por su resistencia, más que por su aspecto o la pureza de su sangre. Heda se aseguró de que al menos uno de los caballos fuera manso: no quería que Jarren sufriera un accidente. Bastante asustado estaba el sacerdote, aunque intentara disimularlo y esconder el hecho de que le aterrizzaba el simple sonido del relinchar



de los animales.

Por suerte para Jarren, Heda era una maestra paciente, y Jarren consiguió dominar su miedo lo suficiente para que ella le indicara qué hacer para no caerse y que el caballo siguiera el camino que él le marcara.

Jarren sonreía de forma cálida y amistosa a cada peregrino que se le acercaba, aceptaba sus peticiones escritas en un pergamino y prometía entregarlas personalmente en el Gran Templo.

Cada uno de los peregrinos iba a Elania, la Ciudad de los Templos, a visitar el Templo de su Dios particular. Sólo los Sacerdotes podían entrar en el Gran Templo, dedicado al Uno y a todos sus Hijos y el que Jarren prometiera entregar sus peticiones en él sólo hacía que aumentar la fe de los peregrinos en que sus deseos iban a ser escuchados por los Dioses.

Bendito sea el Uno, benditos sean sus hijos.

Los caminos que llevaban a Elania eran de paso frecuente y se encontraban en bastante buen estado pese a estar bastante concurridos. Aunque lo normal era que una persona nacida en una comunidad hiciera su vida en ella y se casara con alguien de su misma religión, existían personas que no deseaban seguir viviendo en el mismo lugar en el que habían nacido. No eran Parias, ya que su Tatuaje y la protección de su Dios estaban intactos: simplemente buscaban otro lugar para vivir.

Elania era el destino principal de todas aquellas personas, lo que la convertía en una ciudad con multitud de cultos y costumbres. Elania era pues una ciudad básicamente comercial, llena de artesanos y mercaderes que ofrecían sus servicios y existencias y viajeros o peregrinos que las compraban.

La ciudad estaba gobernada por un Cónclave de Ancianos que eran elegidos entre los habitantes de mayor edad de la ciudad, pero sus decisiones o sus leyes no se aplicaban en el exterior de los muros de Elania. No tomaban parte en las batallas y escaramuzas que tanto

parecían apreciar sus tribus y naciones vecinas y estas la dejaban en paz.

Elania era una ciudad extraña en todos los sentidos, no solo por la falta de un culto unificador, si no por los misterios que ocultaba. En las leyendas y cuentos que se explicaban alrededor del fuego, todas las cosas maravillosas, inexplicables, aterradoras o fantásticas pasaban en Elania. Allí se podían encontrar a los silenciosos Sacerdotes del Uno, una orden de seguidores del Primer Dios que jamás mostraban su rostro y cuyo templo era secreto. Nadie sabía como se podía llegar a ser Sacerdote del Uno, si eran personas normales escogidas por el Dios, o si se trataba de una tribu distinta, pero su número había permanecido estable desde hacía siglos. Si los Sacerdotes del Uno eran hombres o también había mujeres entre ellos, era otro misterio.

El Gran Templo, el motivo del viaje de Jarren y Heda a Elania, era el edificio más formidable que se había construido jamás sobre la faz de la tierra. Su tamaño era descomunal, casi como el de un pueblo entero. Muchos de los Sacerdotes de estos Dioses peregrinaban al Gran Templo, y algunos de ellos se quedaban allí para servir a su Dios.

No era la primera vez que Heda viajaba a Elania, por eso cuando una mañana llegaron al Cruce de los Dioses, un lugar en el que la gran mayoría de los senderos que provenían de las tierras de los diferentes Dioses confluían en un camino que moría a los pies de la puerta principal de Elania, sorprendió al ver una inconmensurable columna de gente que avanzaba con lentitud por el camino principal.

El número de peregrinos que se dirigía a la ciudad se había visto multiplicado de tal forma que parecía casi imposible creer que tanta gente pudiera avanzar por el camino a la vez. Vestían ropas sencillas pero castigadas por los elementos, y apenas llevaban equipaje. Todos llevaban la manga de su brazo izquierdo arremangada, mostrando sus tatuajes e identificándolos como seguidores de uno u otro Dios.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Jarren al notar que Heda se había detenido bruscamente.

- Jamás había visto tantísima gente en el camino - respondió Heda. - No es normal que tantos viajen a Elania.

- Van al Gran Templo, a entregar ofrendas y pedir favores a los Dioses, ¿No es así? - preguntó Jarren.

- Sí, pero la gran mayoría de ofrendas y peticiones se pueden pedir en los Templos de sus propios Dioses, en su hogar. Prácticamente el único motivo para viajar a Elania...

Jarren observó a Heda, esperando a que terminara su frase.

- No me extraña que el Oráculo no te creyera preparado para sucederle - dijo finalmente ella - ¿Acaso aprendiste algo de lo que te enseñó? La gran mayoría de esta gente son familiares de Parias que desean pedir clemencia por sus hijos. Se dice que en el Gran Templo los Dioses son más receptivos a este tipo de peticiones, ya que sus hermanos les escuchan y desean parecer magnánimos ante los demás Dioses.

- ¿Alguna vez un Paria ha conseguido volver a ser aceptado por su Dios?

- Nunca. Van a Elania y pagan muchísimo dinero para que sus Sacerdotes hagan llegar sus peticiones al Gran Templo, pero nunca son escuchadas. Y aún así, lo siguen intentando.

La línea de agotados viajeros parecía no terminar nunca. Jarren comentó con preocupación que muchos de los peregrinos parecían enfermos, o simplemente agotados hasta el límite de sus fuerzas. Todos avanzaban sin descanso, con la vista clavada al frente, como si ya pudieran ver las murallas de Elania ante sus ojos. Muchos de ellos parecían verdaderamente hechizados.

- ¿Cómo van a sobrevivir a un viaje tan largo con el invierno tan cercano, si gastan todo lo que tienen en pedir clemencia por su familia?

- No lo sé.

- ¿No podríamos ayudarles? Dejarles nuestro caballo a los más débiles, o permitir que los ancianos monten un trecho del camino...

- No les podemos salvar a todos, Jarren.

- ¿Crees de verdad que toda esa gente va al Gran Templo a rezar por sus hijos? - comentó Jarren en una de las breves paradas para comer.- Son muchos hijos por los que rezar - concedió Heda, masticando pensativamente el pan que habían comprado en la posada donde habían pasado la noche anterior. - Demasiados.

- Tras el Día del Dios del verano pasado la gente comenzó a decir que los Dioses nos abandonaban. Que les habíamos ofendido de alguna manera y se marcharían de la tierra, dejándonos solos y en la oscuridad. Que había que hacer penitencia. Algunos guerreros acudieron al Oráculo y le pidieron que les permitiera llevar a cabo sacrificios humanos de prisioneros de guerra, como en los tiempos antiguos.

- ¡Qué barbaridad! Radhir rechazó eso hace siglos.

- Esos guerreros decían que era hora de volver a las antiguas tradiciones. Los tiempos cambian. Dicen que hay hambrunas en el sur, y el invierno será duro. Se han multiplicado las cuadrillas de ladrones y asesinos en los bosques. En las Cuevas hace meses que se está almacenando comida por si se han de cerrar las puertas para evitar convertirnos en refugio de campesinos y pueblerinos.

Heda no había notado que los bosques fueran más peligrosos de lo normal, pero ella sabía cuidar de sí misma y los bandoleros no solían acercársele. Lo sorprendente era que un joven que llevaba encerrado en una cueva más de cinco años supiera más de la situación del mundo exterior que ella. ¿Acaso estaba ignorando inconscientemente lo que ocurría a su alrededor? ¿Se estaba volviendo tan esquiva e intocable que apenas le interesaba lo que les ocurriera a los demás seres humanos?

Así era como vivían sus primos, los Hijos de los Dioses, convencidos de que eran superiores a los humanos y mediando en sus problemas solo cuando un gran señor se lo pedía y les pagaba en consecuencia. Antes

los Hijos de los Dioses habían sido héroes otorgados por los Dioses a los mortales para defenderles de las amenazas que se ocultaban en los rincones más oscuros y profundos del mundo. Pero ahora que ya no existían más criaturas malignas o sobrenaturales, ahora que los únicos enemigos de los hombres eran los propios hombres, los Hijos de los Dioses no eran más que un puñado de mercenarios sedientos de poder que imponían su voluntad.

Tras varios días de marcha, Jarren no pudo más.

– No me parece justo que los Templos se enriquezcan cuando la gente no puede ni comer – dijo, tras ver como una familia entera tenía que sacrificar al caballo que tiraba del endeble carromato en el que viajaban ya que el animal estaba tan delgado que no podía avanzar y ellos no tenían dinero para comprar comida para todos.

El Sacerdote se acercó a ellos y les dijo que él mismo se encargaría de entregar sus peticiones en el Gran Templo. No, no hacía falta que le pagaran nada. No, no era necesario que le ofrecieran al más pequeño de sus hijos como aprendiz.

Heda se echó a reír ante la cara horrorizada de Jarren cuando la familia insistió en que se quedara al benjamín de la familia, un niño cargado de mocos que aún no había aprendido a hacer sus necesidades solo.

– Guardad vuestras monedas, pues los Dioses no necesitan oro ni plata. Les basta con nuestra fe y nuestra lealtad inquebrantable.

Pronto se había corrido la voz del Sacerdote que aceptaba peticiones para los Dioses, y Jarren se había obligado a detenerse cada atardecer en un claro para atender los requerimientos de los peregrinos. Mirándole, Heda no tenía muy claro que el Sacerdote lo viera como una carga o una obligación: parecía disfrutar al aligerar la carga espiritual de aquellas personas.

Tal vez Jarren no hubiera sido un buen alumno para el Oráculo, pero no se podía negar que era un Sacerdote excepcional.

Con retales que le habían dado los peregrinos, Heda hizo una bolsa resistente donde llevar todos los pergaminos con las peticiones que recogía Jarren, pero pronto iba a ser insuficiente. A escondidas del sacerdote comenzó a aceptar pequeñas donaciones de los peregrinos y con ellas compró un carro y algunos baúles para transportar su preciosa carga.

Dejaron de gastar dinero en posadas. Dormían al raso, con los demás viajeros. Avanzaban más lentamente de lo normal, pero no tenían prisa alguna en llegar a Elania.

Heda intentaba no involucrarse en la cruzada de Jarren, pero le era imposible no participar. Se descubrió subiendo a niños a sus caballos o incluso a hombros para dar un respiro a sus agotados padres, ayudando a reparar el eje de un carro que se había roto, ofreciéndose a buscar hierbas curativas para paliar el dolor de ampollas y rozaduras...

- Me estás convirtiendo en una beata - le dijo una noche a Jarren, cuando todos los peregrinos se habían retirado y ellos por fin habían podido sentarse junto al fuego que alguno de los viajeros había encendido para ellos. - Al final vas a conseguir lo que no consiguió el Oráculo.

Jarren se echó a reír. Se estaba dejando crecer la barba, lo que le daba un aspecto algo menos aniñado.

- El Oráculo nunca me contó por qué habías abandonado el Templo. Cuando hablaba de ti, generalmente para comparar mis fracasos con tus éxitos, sólo decía que le apenaba que no fueras a seguir sus pasos. ¿Cómo pasaste de ser una novicia de Radhir a una viajera sin destino?

Heda escudriñó las llamas, como si buscara algo entre las lenguas danzantes.

- Cuando dejé las Cuevas era muy joven y no tenía oficio. Sabía leer y escribir y conocía los textos del Libro de los Dioses. Pero no podía desempeñar ninguna tarea además de esas: no sabía cocinar, coser, bordar, llevar una casa... nunca tuve que aprender aquellas cosas. Y no

me aceptarían como novicia en ningún templo, a causa de mi condición.

“ Durante un par de días simplemente caminé. Pensé en ir al monasterio de las Hermanas Bendecidas, pero yo no era madre de ningún Hijo de los Dioses. Pensé en buscar a alguno de mis hermanos, pero la mayoría murieron al mismo tiempo que mi padre: se habían quedado sin protección y nuestros primos asesinaron a muchos de ellos en luchas internas de poder. Pensé en acabar con mi vida.

“Caminé más lejos de lo que había imaginado jamás. Evitaba los poblados, mendigaba y sobrevivía con lo que conseguía de los mercaderes en los caminos. No entablaba relaciones duraderas, ya que temía que descubrieran mi estigma y me trataran de bruja, o peor, me encerrarán. Hasta que dejé de ver mercaderes. Pensé en volver atrás, pero la sola idea de acercarme de nuevo a las Cuevas me repelía. Seguí adelante, hambrienta y cansada, y finalmente me desmayé.

“Cuando me desperté estaba en un carromato decorado de forma lujosa, y una mujer con ropas que la identificaban como noble parecía estar cuidando de mi. Así fue como conocí a la Dama Orrena. Cuando le dije quién era yo, le envió un mensaje a su hermana, mi tía Nura, informándole de que me encontraba bien y a salvo y que ella se encargaría de cuidar de mí.

“Eso hizo, durante un tiempo. Me enseñó muchas cosas: a montar a caballo, a cazar animales pequeños, a construir un refugio con rapidez, en quién confiar y en quién no, qué caminos evitar, con qué personas hablar para conseguir lo que necesitara. Mentiría si dijera que tuve una infancia infeliz y la Dama Orrena me dio todo el amor que me faltó en mi niñez, pero lo cierto es que me ayudó a convertirme en la persona que soy ahora. No me juzgaba, ni me temía, y sus intenciones de ayudarme parecían sinceras.

“Cuando la Dama Orrena creyó que estaba preparada para abandonar el refugio de su ala, comenzó a encargarme pequeñas misiones. Buscar un determinado objeto en una ciudad lejana, casi siempre joyas o manuscritos antiguos. Entregar mensajes, comprobar que los pueblos que estaban bajo su gobierno no pasaban hambre, ni necesidad. Hacer

ofrendas a Thorne en todos sus templos, incluso en los más alejados. Me gustaba viajar, conocer el mundo, y tener responsabilidad. Poco a poco dejé de depender de lo que la Dama Orrena me encargaba y sólo le hacía de recadera de vez en cuando, para agradecerle todo lo que hizo por mi. Se puede decir que me convertí en una vagabunda, una trotamundos, viajando por el placer de viajar y de conocer el mundo que mis tíos gobernaban.

Cuando Heda terminó de contar su historia, se quedó en silencio, pensativa, como si estuviera recordando algunos de los momentos que había vivido en aquellos años. Jarren respetó su silencio. Ella continuó así mucho tiempo, absorta en algo que Jarren no podía adivinar.



## CAPÍTULO 10 – UN REY EN LAS CUEVAS

– Ya están aquí – le dijo Nahran a Dira un atardecer mientras comían frutos secos y queso bajo un árbol, casi dos semanas después de la noche en la que Radhir la había visitado en sueños. Dira sintió un escalofrío y se acurrucó en la manta que se había echado sobre los hombros al comenzar a caer el sol. El inicio del invierno estaba siendo suave en el Valle. – Mis vigías les han visto cruzar el río. Llegarán mañana.

El Príncipe era parco en palabras, pero de alguna manera Dira tenía la sensación de que sus silencios y la forma en la que escuchaba decían mucho más que las palabras del resto de la gente que vivía en las Cuevas.

– Entonces ya está – dijo ella, luchando para que los dientes no le castañetearan – me van a llevar con ellos. ¿Crees que se querrán marchar enseguida, o se tomarán unos días para descansar del viaje?

Nahran se encogió de hombros.

– ¿Cuántos vienen? – preguntó Dira, curiosa.

– Diez.

– Todos los hijos de Radhir – murmuró Dira, impresionada – jamás pensé que harían falta diez Hijos de los Dioses para escoltar a una Madre al Refugio. ¿Quién querría hacer daño a una Madre? Los Parias y bandidos no son una amenaza para un Hijo de Dios y los Hijos de los Dioses no se matan entre ellos, ni siquiera los Dioses osan amenazar la vida de sus sobrinos.

– Con alguna excepción.

Dira pensó en Heda y se le encogió el corazón. No quiero que mi hijo sufra como ha sufrido Heda, no quiero que sea como ella... Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Criarse en un entorno hostil y violento, separado de su madre, obligado a luchar y matar en cuanto fuera lo suficientemente mayor para sujetar un arma?

Dira jamás sería como su madre, jamás vería los primeros pasos de su hijo, escucharía sus primeras palabras, le acunaría tras una pesadilla o le besaría una rodilla rascada tras una caída. Seré una Madre, pero no madre.

Pensar en su madre le dolió profundamente. Hacía un mes eran una familia feliz planeando una boda. Ahora, su madre había perdido a dos de sus seis hijos, y su familia no parecía poder recuperarse del golpe.

Dira volvió a estremecerse, esta vez debido a la fría brisa de la noche de principios de invierno.

- Te echaré de menos - dijo ella, mirando a Nahran. Él asintió. - Has sido el único amigo que he tenido desde que Radhir vino a visitarme.

- Yo también. - respondió él. Una sombra pareció instalarse sobre su rostro - Me marcho esta noche.

- ¿Esta noche? - preguntó Dira, sorprendida. Sabía que Nahran quería abandonar las Cuevas, al menos durante un tiempo, pero no supuso que sería tan pronto - Entonces no vas a estar para despedirme cuando se me lleven los Hijos.

Él negó con la cabeza y en la penumbra del atardecer ella creyó ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

- Podemos despedirnos ahora. No quiero estar aquí cuando lleguen.

La relación de la familia Real con los Hijos de Radhir no había sido nunca demasiado buena, algo que teniendo en cuenta como habían sido tratadas Isha y Heda, no era ninguna sorpresa. Pero tanto Himad como

Mehran siempre habían sido diplomáticos en aquellas situaciones y el matrimonio de Lisha con el primo de uno de los Hijos de Radhir había reparado algunos de los puentes que habían roto las rencillas del pasado. Dira sopesó la idea de rogarle a Nahran que se quedara unos días más, pero decidió no hacerlo. Sabía que él aceptaría, y no quería obligarle a cambiar sus planes por ella. Al fin y al cabo, en un par de días ella también dejaría las Cuevas, en su caso, para siempre.

- Que la luz de Radhir ilumine tus pasos, príncipe Nahran. - dijo ella, mientras le abrazaba. Nahran le devolvió el abrazo.

- Que tengas suerte, Dira - respondió él simplemente. Dira miró instintivamente el brazo de Nahran, pero el Tatuaje seguía allí. No seas estúpida, pensó, el que no sea tan devoto como para nombrar a Radhir en cada saludo no significa que sea un Hereje.

Nahran y Dira entraron en las Cuevas, y tras un último abrazo, se despidieron de nuevo en la intersección de caminos donde sus pasos se separaban. Él iba a Palacio, a recoger sus cosas y marcharse. Ella a su cama en la Posada. Ya no pensaba en ella como su habitación, como su casa. Era el lugar donde dormía.

Al llegar a la Posada, la puerta se abrió bruscamente y Dira se detuvo a pocos pasos de la misma, bajando la cabeza en un gesto instintivo de respeto hacia los clientes de su padre.

- Que Radhir te dé luz en la oscuridad - dijo una voz masculina, dirigiéndose a Dira, ya que no había nadie más en el túnel. Ella levantó la vista y vio al marido de la princesa Lisha, Dharr. Llevaba un pergamino enrollado en una mano, que se guardó en el bolsillo para poder saludar a Dira como correspondía. Ella le devolvió el saludo.

- Que su luz te ilumine - dijo ella. No era un saludo tan formal como el de Dharr, algo que podía haberle ofendido, pero él sonrió con una sonrisa forzada, fría, que más parecía la de una máscara. Ella echó a andar para entrar en la Posada, pero Dharr la detuvo con una mano

sobre su brazo.

– Me alegra encontrarte, Dira – dijo Dharr. Ella le miró, sorprendida. – La luz de Radhir brilla en ti, sin duda alguna. Nadie puede negar que llevas a su Sagrado Hijo.

Dira agradeció que la luz en aquellos pasadizos fuera tan tenue, ya que sintió como las mejillas se le enrojecían.

– Todo marcha bien con la gestación, bajo la atenta y benévola mirada de Radhir, ¿no es así?

Ella asintió, sin decir una palabra, evitando mirarle a la cara para que no viera el rubor de sus mejillas, o aún peor, el desprecio en su mirada. Él la sujetó de la barbilla y le levantó el rostro, clavando sus ojos en los de ella.

– Eres una Madre digna de un Hijo de Radhir. – Sus ojos azules se volvieron acerados, casi inhumanos, y su boca tomó un rictus algo desagradable – Eso y el honor de tu padre y los hermanos que te quedan hará que los pecados que algunos de los miembros de tu familia han cometido contra Radhir sean ignorados con facilidad, llegado el momento.

Dira sintió como si un relámpago le recorriera el cuerpo. ¿Cómo se atrevía...? Pero Dharr la soltó, y de nuevo la sonrisa calculadora se instaló en su rostro.

– Tengo que... debo preparar mis cosas – balbuceó ella, consiguiendo liberarse de la mano que la sujetaba. Dira corrió hacia la puerta de la Posada, y una vez hubo cruzado el umbral y se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada, se echó a llorar.

Aunque toda su familia estaba en la sala, nadie acudió a consolarla.

Al caer la tarde del día siguiente, el grupo de Hijos de Radhir llegó a las cuevas. Su madre había accedido a ayudarla a arreglarse y le había trenzado el cabello en un recogido sencillo pero elegante. Entre lágrimas, la delgada mujer le había entregado un paquete envuelto en suave piel.

-¿Qué es?

- Mi vestido de boda. Lo estaba guardando para darte una sorpresa la mañana de tu boda, pero las cosas han cambiado... puedes ponértelo para recibir a los Hijos de Radhir.

Dira aceptó el paquete. El vestido que había en su interior era sencillo, de lana suave, teñido de un pálido color azul grisáceo que complementaba muy bien sus ojos. Dira se preguntó si las Madres Bendecidas le permitirían ponérselo en el Refugio. Le iba algo grande, pero si se ajustaba el cinturón le quedaba bien.

Todavía no sentía que su cuerpo hubiera cambiado, no se sentía diferente en absoluto, pero todo el mundo parecía convencido de que llevaba a un Hijo de Radhir en su interior. La semilla de un Dios siempre da fruto, decían. ¿Pero cómo podían saberlo, si ella no notaba absolutamente nada?

El Rey había organizado una recepción para dar la bienvenida a los Hijos de Radhir, y ella estaba invitada, ya que la venida de los Hijos era en su honor. Dira estaba nerviosa. Cuando había conocido a los padres de Nahran, los Reyes habían sido muy cariñosos con ella, pero una cosa era una reunión informal y otra una recepción oficial.

Dharr también estaría allí, como marido de Lisha, la hija del Rey, y como primo de Lander, uno de los más famosos hijos de Radhir, pese a ser uno de los más jóvenes. Dira se estremeció al recordar su encuentro de la noche anterior con el hombre. No tenía prisa por volver a encontrarse en su presencia y tal vez verse de nuevo sujeta a la mirada de aquellos ojos de acero.

Su padre abrió la puerta de la habitación, ya vacía de sus pertenencias y

le hizo un gesto con la mano.

- Vamos, no queremos hacer esperar a los Hijos de Radhir.

Sus cuatro hermanos la esperaban en la sala principal de la posada, con el cabello peinado y arreglado y vestidos con ropas limpias y cuidadas pero poco elegantes. No servía de mucho que un guerrero tuviera ropas lujosas.

- ¿Madre no va a venir? - preguntó Dira, recorriendo con la mirada el lugar al no encontrar a su madre.

- Está indispuesta. Vámonos.

Dira obedeció y recorrió los túneles en penumbra tras su padre, girando la cabeza de vez en cuando para lanzarles una mirada a sus hermanos. Todos iban con la cabeza gacha, el gesto serio y concentrado. El menor de ellos, Iram, que contaba con tan solo trece años, cerraba la fila y tenía los ojos enrojecidos.

- ¿Qué le pasa a Iram? - susurró Dira, dirigiendo la pregunta a su hermano mayor Rodan. Él sacudió la cabeza.

- Padre ha concertado un matrimonio para él y el bebé llorón no se lo ha tomado demasiado bien.

¿Un matrimonio? Iram no había recibido ni siquiera el Tatuaje aún, aunque sus habilidades en el campo de entrenamiento de guerreros parecían indicar que no tardaría demasiado en presentarse, tal vez incluso el año próximo. Pero pese a sus habilidades, era demasiado joven para casarse.

Dira no tuvo tiempo de preguntarle a Rodan con quien habían prometido en matrimonio a Iram, ya que su padre se detuvo en seco y ella estuvo a punto de chocar contra él. Habían llegado al Palacio. Los soldados que custodiaban la puerta les dejaron entrar sin apenas pestañear.

La misma Reina Nura les estaba esperando ante la puerta de la Sala de Audiencias del Rey. Su cabello oscuro contrastaba con el rubio de la familia de Dira y la mayoría de los habitantes de las Cuevas, otro recordatorio más de que la Reina no había nacido en las Cuevas, de que era una extranjera. Su mirada era muy similar a la de Nahran, si no en color, si en dulzura y calidez.

- Bienvenidos - dijo la Reina, simplemente. Su padre hizo una reverencia y sus hermanos le imitaron. Dira tardó unos segundos más en reaccionar, pero saludó a la Reina como correspondía. - El Rey os recibirá enseguida. Me alegra ver que te encuentras bien, querida Dira.

La Reina tenía un paquete entre las manos, que le entregó a la joven. Ella lo miró curiosa: estaba envuelto en una tela gruesa y atado con un fino cordón dorado.

- Son las cartas que me envió Isha durante su estancia en el Refugio, tal como te prometí. Las tenía guardadas en un lugar tan seguro que no las he encontrado hasta esta misma mañana.

- Gracias, Majestad - dijo Dira con un hilo de voz. Las puertas de la Sala de Audiencias se abrieron con un chirrido y Dira sujetó el paquete con fuerza. Su padre avanzó hacia el interior de la sala, sin esperar a que la Reina les indicara que ya podían avanzar, y tanto Dira como sus hermanos le siguieron.

El Rey estaba de pie frente a su trono, hablando en susurros con su hijo mayor, Mehran. Dharr se encontraba a la izquierda del Rey, a los pies de la pequeña escalinata que llevaba hasta el trono del Rey, apenas tres escalones tallados en piedra y sin ningún adorno o alfombra que los recubriera. Al oírles entrar, el Rey se volvió hacia ellos, con una expresión indescifrable en su rostro. No era preocupación exactamente, pensó Dira. El Rey parecía... ¿incómodo?

Tras otra reverencia, Dira y sus hermanos se colocaron junto a Dharr. Dira se guardó el paquete que le había dado la Reina en uno de los grandes bolsillos que había entre los pliegues de la falda de su vestido.

Su padre se separó ligeramente del grupo, acercándose un poco al Rey.

- Majestad

- Ah, Odarn, bienvenido. Siempre es duro separarse de un hijo, ¿no es así? - dijo el Rey, alargando la mano para ofrecérsela a la Reina, que subió los escalones y se colocó a la izquierda del monarca.

- Sí, Majestad.

- Es un consuelo saber que el destino de Dira la está guiando hacia vivencias más importantes, bajo la luz de Radhir.

- Así es, Majestad.

Dira arrugó la nariz. ¿Por qué su padre estaba siendo tan seco con el Rey? Alguien podía considerarle incluso maleducado.

-Será una ceremonia sencilla - dijo Himad - Ya que el Sacerdote al que mandamos llamar no ha llegado todavía a las Cuevas, no contaremos con su bendición, pero Dharr se ha ofrecido a decir unas palabras para mostrar la complacencia de Radhir hacia tu hija.

Odarn asintió en silencio.

Las puertas de la sala se abrieron de nuevo y en aquella ocasión chirriaron de forma más estridente que antes, llamando la atención de los presentes. Diez hombres entraron en la Sala de Audiencias, moviéndose casi al unísono, como si avanzaran en formación. Los diez tenían el cabello claro de los habitantes de las Cuevas, aunque algunos de ellos lo llevaban corto, muy corto.

El hombre que abría la formación era uno de los más jóvenes del grupo. Alto, con el cabello y la barba rubios, los ojos de un azul brillante. Se parecía a su padre, sí, pero había algo en él que le diferenciaba: donde Radhir tenía una sonrisa permanente, una mueca burlona que evidenciaba su superioridad, su hijo tenía una expresión peligrosa,



como de depredador. Dira pudo ver en el rostro del hombre otros rasgos que también le eran familiares pero que no correspondían a Radhir: no podía ser otro que Lander, el primo de Dharr.

Los Hijos de Radhir se detuvieron a algunos pasos frente al trono. El Rey les saludó con una leve reverencia. Su sangre divina les colocaba por encima de su autoridad, pero él seguía siendo el monarca de aquella tribu.

- Himad - dijo simplemente Lander, con una sonrisa que hizo estremecerse a Dira.

- Bienvenido, Lander. Espero que la luz de Radhir haya iluminado vuestro camino y haya hecho vuestro viaje placentero y seguro.

Lander agitó la mano, como quitándole importancia a las palabras del Rey.

- Los Hijos de un Dios no debemos preocuparnos por nuestra seguridad. Nuestro Padre vela por nosotros, y si él duerme, tenemos nuestras armas.

Dira se fijó en que todos los Hijos llevaban espadas al cinto, espadas que tenían un ligero brillo tornasolado, hechas de un metal que no supo reconocer.

- Por supuesto - concedió Himad - El pueblo de las Cuevas agradece a los Hijos de Radhir que hayan acudido para custodiar en su viaje a la joven Dira, la elegida para unirse a las Madres Bendecidas.

Los ojos de Lander se posaron sobre Dira apenas unos segundos, los suficientes para registrar su existencia.

- Sí, sí, eso está muy bien. Pero como imagino que comprenderás, querido tío, no se necesitan diez Hijos para llevar a una niña a un convento.

Las palabras de Lander rezumaban veneno. Cuando pronunció la palabra tío, Dira creyó ver al Rey dar un respingo, y notó como Mehran apretaba la mandíbula con fuerza.

- No es costumbre que todos los Hijos de Radhir acudan para este tipo de ocasiones - dijo la Reina, con una sonrisa forzada - pero es el primer Hijo que Radhir engendra en más de veinte años...

Lander levantó la mano para acallar a la Reina, sin tan siquiera mirarla.

- Vamos a dejarnos de rodeos y protocolos. Los Hijos de Radhir creemos que ha llegado la hora de ejercer nuestro derecho divino. Somos tan miembros de esta tribu como cualquiera, nuestros tíos, abuelos y primos viven entre vosotros, y la sangre de nuestro Dios corre por nuestras venas.

- Esa misma sangre os quita el derecho a reclamar nada de vuestras familias mortales - interrumpió Mehran. Lander le lanzó una mirada cargada de amenaza.

- Sí, esa es la Ley. Pero como he dicho antes, las cosas van a cambiar un poco a partir de ahora.

Himad dio un paso y bajó uno de los escalones. La distancia entre él y Lander era de apenas un par de metros.

- ¿Qué es lo que queréis? ¿Riquezas? ¿Armas? ¿Hombres? ¿Acaso los Hijos de los Dioses quieren tener sus propios ejércitos? ¿Con qué motivo?

Lander se echó a reír, con una risa tan sincera y despreocupada que Dira dio un respingo. Rodan le puso una mano sobre el hombro, para tranquilizarla. El Hijo del Dios dio un paso, lo que le colocó justo a los pies de la escalera.

- Si necesitáramos dinero o soldados los conseguiríamos sin necesidad de viajar durante dos semanas. No, querido tío, lo que queremos son

sillas.

Himad miró extrañado a Lander.

- ¿Sillas?

- Sí, bonitas sillas de madera. Como esa en la que te sueles sentar. - respondió Lander, señalando al trono del Rey. Dira sintió como si se le congelaran las entrañas y su cuerpo se tensó. La mano de Rodan sobre su hombro pareció apretarla con aún más fuerza.

-Mi familia ha gobernado las Cuevas desde tiempos inmemoriales, y siempre hemos seguido los designios de Radhir. - dijo Himad, sin terminar de comprender.

- ¿Qué quieres que te diga? Radhir se ha cansado de vosotros. Entre tu esposa, la puta extranjera hermana de una bruja, la inútil de tu hermana, incapaz de dar a luz a un verdadero Hijo de Dios y tu sobrina que ha resultado ser una hija desagradecida y traidora a su sangre, al parecer habéis colmado la paciencia de mi Padre.

Al oír las despectivas palabras de Lander, Mehran soltó un grito de rabia y se abalanzó sobre el hijo de Radhir. Éste se giró con rapidez sobrehumana hacia su atacante, y le golpeó con fuerza en el estómago, dos puñetazos tan rápidos que Dira apenas pudo registrarlos, lanzándole de nuevo hacia las escaleras. Mehran cayó al suelo con un gemido y Dira pudo ver un hilillo de sangre manando de su boca. La Reina lanzó una exclamación de terror, y el Rey hizo el ademán de acercarse a Lander, pero él se giró hacia el monarca y le lanzó otra de sus sonrisas.

Lander se acercó al Rey, con los brazos abiertos a los lados del cuerpo, como si quisiera darle un abrazo.

- Esto es lo que pasa cuando te opones a un Hijo de Dios, que terminas por los suelos llorando como un cobarde. Abandona tu título y márchate con tu familia lejos de aquí, y no os haremos ningún daño.

Lander extendió la mano derecha hacia el Rey. Él miró a su mujer, que sollozaba desesperada junto a él, y a su hijo, que se retorció de dolor en el suelo. Una sombra de resignación cubrió sus ojos y asintió levemente.

- Que así sea - dijo el Rey, aceptando la mano de Lander y ofreciéndole la suya propia. Lander sujetó el antebrazo del Rey con su fuerte mano y Himad hizo lo mismo, sellando el pacto.

- A quién quiero engañar - dijo de pronto Lander, y dio un tirón del brazo por el que tenía sujeto al Rey. Algo brilló en su mano izquierda. El Rey perdió el equilibrio y cayó sobre Lander, que le esperaba dos escalones abajo con una daga apuntando directamente a su corazón.

Dira gritó. La Reina intentó acudir en ayuda de su esposo, a quien Lander estaba apuñalando una y otra vez con una expresión casi divertida en el rostro salpicado de sangre, pero Odarn se abalanzó sobre la Reina y la retuvo. La Reina forcejeó para intentar deshacerse de él y Odarn la lanzó al suelo de un bofetón.

Mehran estaba en el suelo intentando levantarse, pero el dolor se lo impedía. Sus dientes estaban manchados de sangre y no conseguía articular palabra, su boca estaba abierta en un NO mudo y en sus ojos se reflejaban la desesperación y la impotencia que sentía al no poder ayudar a su padre.

Dira intentó acercarse a ellos pero Rodan la sujetó con fuerza. Desesperada, miró a su alrededor y vio a los soldados que custodiaban la sala inmóviles en sus puestos.

Lo sabían, pensó Dira, todos lo sabían. ¿Cuánto tiempo deben llevar preparándolo? El Rey cayó al suelo, su cuerpo inerte golpeando contra los escalones con un sonido que heló la sangre a Dira. La joven se tapó la boca con manos temblorosas para conseguir cerrársela, pues no podía parar de gritar. Dharr observaba la escena sin inmutarse, con su aterradora sonrisa clavada en el rostro.

Lander se acercó a Mehran, que intentó alejarse arrastrándose por el suelo. El Hijo de Radhir pisó con fuerza la pierna del Príncipe y se oyó

un crujir de huesos rotos.

- ¿Quieres terminar tú con este, primo? - dijo Lander, dirigiéndose a Dharr. Éste negó con la cabeza.

- Mi esposa nunca me perdonaría que mis manos, guiadas por Rhadir, hayan sido las causantes de la muerte de su hermano.

- No queremos tener una nueva Reina triste, claro que no - dijo Lander, y descargó otro pisotón sobre el cuerpo de Mehran, esta vez en el cuello. Tras un espasmo, el cuerpo del Príncipe quedó inmóvil. - El Rey ha muerto, uno detrás del otro. Larga vida al Rey.

Dharr se acercó al cuerpo de Himad, se arrodilló junto a él, cogió la corona que ceñía la cabeza del monarca y lanzó el cuerpo escaleras abajo de una patada. El sencillo aro dorado estaba manchado de sangre, y al colocárselo en la cabeza, algunas gotas cayeron sobre los cabellos rubios de Dharr.

Los pensamientos de Dira volaron hacia Nahran. Por favor, que estés ya muy lejos de aquí. Por favor, no vuelvas, no intentes vengarte. Escóndete, porque irán a por ti.

Las puertas de la Sala de Audiencias se abrieron y un par de guerreros con las espadas manchadas de sangre entraron en la estancia. Dira los reconoció: eran miembros de las patrullas de Dharr. Uno de ellos se acercó a Dharr y le susurró algo al oído.

- El Palacio es nuestro. Como te prometí, primo, los pocos soldados leales a Himad no han sido un problema, gracias a Radhir - dijo Dharr, sentándose en el trono que había pertenecido a Himad.

- ¿Podrás convencer tú solo al pueblo de que ahora eres su Rey? Tengo cosas que hacer en la Fortaleza - dijo Lander, limpiando la daga con la que había asesinado a Himad en sus ropas manchadas de sangre.

- No será un problema. Al fin y al cabo Lish es la hija del antiguo Rey,

eso debería apaciguar a los más reticentes. Le daré unos días para que deje de llorar y ella misma convencerá a la tribu de que la voluntad de Rhadir es que yo sea Rey.

Lander señaló con la punta de su daga a Nura, que sollozaba en el suelo.

– Y si tu mujer no quiere apoyarte, ahí tienes un argumento más que convincente para que lo haga. Dejaré a tres de los Hijos aquí para que refuercen la idea de que las órdenes ahora vienen directamente de Radhir.

Dharr asintió. Lander hizo un gesto y tres de los hombres que habían venido con él, y que no se habían movido ni un ápice durante el asesinato a sangre fría de Himad y Mehran, se acercaron a Nura, la levantaron en vilo y se la llevaron.

–Odarn, enséñales donde están las mazmorras – dijo Dharr, y el padre de Dira hizo una reverencia y se marchó tras ellos. – Me preocupa el hijo menor de Himad. Nahran. Nadie le ha visto desde ayer.

Lander lanzó un suspiro de hastío. El corazón de Dira dio un vuelco de esperanza.

– Pensé que lo tenías todo atado, primo. Herin – dijo Lander, haciendo un gesto a uno de los Hijos que llevaba el cabello peinado al estilo de las Cuevas y que parecía tener al menos diez años más que él – encárgate de eso. No queremos dejar cabos sueltos.

Herin asintió, aceptando la autoridad de Lander. Cuan peligroso debe ser Lander si incluso sus mayores responden ante él, pensó Dira. Siempre había creído que la jerarquía entre los Hijos de los Dioses se basaba en la edad.

– En cuanto a ti – dijo Lander, señalando finalmente a Dira con su daga y clavando en ella su mirada – espero que aprecies lo que ha ocurrido hoy aquí. Tu Hijo ya no será desterrado a la Fortaleza y tratado como un extraño. Cuando llegue el momento, su palabra será Ley en esta tribu.

Dira sintió que estaba a punto de desmayarse pues había descubierto que la locura habitaba en los ojos de Lander y era de un intenso color azul.

## CAPÍTULO 11 – SOMBRAS EN EL BOSQUE

La sangre del Rey Himad manchaba todavía el suelo de la Sala del Trono del Palacio cuando Dira acudió en presencia del nuevo Rey Dharr para que este bendijera su marcha al Refugio de las Madres Bendecidas. Dira recordaba lo ocurrido con tanta claridad que le parecía oír aún los ecos de sus gritos.

La nueva Reina, Lisha, tenía los ojos enrojecidos y estaba sentada junto a Dharr, en una silla lujosa y con almohadones de terciopelo verde oscuro que le daban a su pálido rostro un tono algo enfermizo. La Reina parecía estar allí sólo físicamente, pero su espíritu vagaba lejos, tal vez deseando estar encerrada en una de las mazmorras junto a su madre, o quizás en la Morada Celestial de Radhir junto a su padre o su hermano.

Viéndola, a Dira no le quedó duda alguna de que Lisha no había participado en la conspiración para asesinar a Himad. Para Lisha, pensó Dira, todo el Palacio es una mazmorra.

La Reina no solía sentarse junto al Rey en la Sala del Trono, pero Lisha era uno de los lazos que ataban a Dharr al Trono. El que fuera la hija del antiguo Rey legitimaba al nuevo, tal vez incluso más que el que Dharr fuera Rey por la voluntad de Radhir. Al fin y al cabo sus hijos y herederos serían de la sangre del antiguo Rey e incluso los más reticentes terminarían por aceptarlo.

La calmada aceptación del nuevo Rey había enfurecido a Dira. Apenas un puñado de personas habían expresado su descontento, pero la presencia de los Hijos de Radhir había acallado rápidamente las críticas. La gran mayoría de los habitantes de Las Cuevas había aceptado al nuevo Rey sin apenas sorprenderse del cambio, lo que hizo pensar a Dira que aquello era una conspiración que debía llevar gestándose desde hacía tiempo.

Dira estaba de pie en el mismo lugar en el que había asistido al



asesinato de Himad y Mehran, flanqueada por dos Hijos mientras el líder del grupo de al que se les había encomendado la misión de escoltarla hasta el Refugio hablaba con Dharr sobre los detalles de su viaje. Su nombre era Rodan, como el del hermano mayor de Dira, algo que le hacía sentir incómoda. Tres Hijos se habían quedado en Las Cuevas como Guardia de Honor del nuevo Rey. Dos más se habían marchado con Lander la noche anterior. A ella la acompañarían otros tres, y el décimo estaba recorriendo los alrededores de la Montaña en busca de Nahran.

Los Hijos la habían interrogado sobre el paradero de Nahran. Con delicadeza, al fin y al cabo llevaba en su vientre a un Hijo de Radhir. Pero ella estaba convencida de que tendría pesadillas durante semanas con la fría y enloquecida mirada de Lander clavándose en ella mientras negaba una y otra vez saber dónde se encontraba el antiguo Príncipe.

- No me dijo donde iba a marcharse, sólo que se marcharía - repitió ella una y otra vez ante las preguntas de Lander, sabiendo que aunque quisiera, aunque los Hijos decidieran ignorar los designios de Radhir y la torturaran, no podría revelar dónde estaba Nahran. Dira le agradeció a Radhir el que Nahran fuera tan parco en palabras.

Tras despedirse formalmente del Rey, Rodan se dirigió hacia Dira.

- Espero que lo tengas todo preparado porque partimos de inmediato.

Dira asintió. Rodan salió de la sala y los otros dos Hijos fueron tras él. Ella les siguió. El más alto se llamaba Hiand y llevaba el cabello corto y bigote. Le gustaba hacer bromas crueles y a Dira le ponía la piel de gallina cada vez que él la miraba y hacía algún comentario soez sobre ella. El de menor estatura era Dermand y su aspecto apenas se diferenciaba de un hombre de Las Cuevas. Nadie habría dicho que había vivido toda su vida en el exterior. Era aún de menos palabras que Nahran, de hecho Dira no estaba segura de haberle oído hablar jamás.

Al salir de la Sala del Trono el grupo se encontró con Odarn. El hombre miró a Dira e hizo el ademán de acercarse a ella para darle un abrazo de despedida. Dira le devolvió la mirada con desprecio.

- No te acerques a mí, no quiero saber nada de ti. Me alegro de marcharme de este lugar.

Odarn recibió las palabras de su hija como un bofetón.

- La voluntad de Radhir...

- Cállate - le dijo Dira a su padre - ¿Me vas a hablar a mí de la voluntad de Radhir? Espero que te aprovechen tus riquezas y tu matrimonio concertado con la hija del Rey, pero en lo que a mí respecta el único que sigue teniendo algo de honor en esta familia es Harad. Al menos él tuvo la decencia de marcharse antes de que todo esto comenzara.

Sin esperar la respuesta de su padre, Dira avanzó por el pasillo alejándose de él. Los Hijos la siguieron. Hiand se echó a reír.

- Tiene garras, la gatita. Me habría gustado ver la espalda de nuestro Padre después de haberse encamado con ella.

Dira sintió náuseas. Un día su hijo se convertiría en uno de aquellos seres. Con suerte sería como Hiand. O quizás lo que crecía en su vientre era un monstruo, un nuevo Lander.

Los Hijos comenzaron a cargar sus pertenencias en tres pequeños burros que esperaban en el exterior de Las Cuevas. Las cosas de Dira apenas ocupaban una pequeña bolsa de piel: el vestido de su madre, ropa y mudas de invierno para el viaje, un peine de hueso que le había tallado su hermano pequeño para su último cumpleaños y el paquete con cartas de la Reina Nura. La comida y los enseres de acampada los llevaban los Hijos.

Era la primera vez que Dira salía al exterior. Sí, había estado en el Valle, pero no era lo mismo. En el Valle sólo había gente de Las Cuevas, gente que iba a beber y cenar y cantar a la Taberna de su padre. Allí, al otro lado de la Montaña, todo era desconocido. El Valle estaba protegido, el resto del mundo escondía peligros y amenazas que Dira era incapaz de descubrir.

La primera noche la pasaron en una posada de un pueblo cercano a la Montaña. La mayoría de sus habitantes eran seguidores de Radhir, pero no todos. Dira se sorprendió al ver que pese a la mezcla de Dioses, el pueblo parecía gozar de una vida pacífica y sin tensiones. En la posada los Hijos recuperaron sus caballos, que habían dejado allí para que los cuidaran durante su estancia en Las Cuevas.

Los Hijos repartieron su equipaje entre los caballos y dos de los burros de carga y dejaron el tercero como montura de Dira.

– Iremos más lentos que si vas a caballo – dijo Rodan – pero prefiero ir seguro a rápido.

– ¡No queremos que te pongas a galopar y se te escurra el niño por entre las piernas! – exclamó Hiand entre risotadas.

Dira ignoró al hombretón, como hacía siempre. Le odiaba.

El invierno estaba siendo bastante benigno. Hacía frío y de vez en cuando llovía, pero el grupo se mantenía en caminos principales y solían detenerse en poblados y posadas de camino siempre que podían. Si no, montaban un campamento con gran rapidez y Dira dormía en el interior de una tienda impermeabilizada, entre mantas cálidas y sabiendo que los Hijos montaban guardia en el exterior.

Fue una de esas noches, revisando las cartas de la Reina Nura para entretenerse e intentar atraer al sueño, cuando descubrió una carta que no encajaba en las demás.

Todas las cartas habían sido escritas por Isha, la hermana del Rey Himad, durante su breve estancia en el Refugio de las Madres Bendecidas. La letra elegante y ligeramente inclinada de la Princesa contaba el día a día en el lugar, sus dudas y sus miedos, tan parecidos a los que asaltaban a Dira, pero con la diferencia de saber que el Padre Divino de su hija había muerto a manos de sus Hermanos.

Pero aquella carta era diferente. Estaba dirigida a Nura, como las demás, pero la letra era más redondeada y parecía estar escrita como con prisa.

Dira miró quien firmaba la carta y ahogó con su mano un grito de sorpresa. La firma de la carta decía Siempre tuya, Rena.

Rena. La Dama Orrena, la hermana de la Reina, a quienes todos acusaban de ser una bruja y adorar a las Diosas.

Dira leyó la carta con rapidez.

*Querida hermana:*

*Lamento hacerte llegar esta misiva después de tanto tiempo sin hablar contigo, pero debes saber que corro peligro. Los Dioses han decidido inmiscuirse aún más en los asuntos de los mortales y planean algo. El qué, aún no lo sé. No te puedo decir como he descubierto lo que sé, pero lo que sí puedo asegurarte es que las cosas van a cambiar. No sé si tú y tus hijos estaréis seguros en Las Cuevas, pero tened cuidado. Ándate con mil ojos. Por mi parte, yo he puesto en marcha un plan que podría desequilibrar la balanza de poder, pero es demasiado pronto para saber si va a funcionar. Lamento no poder ser más específica, pero no quiero que nadie pueda relacionarte con lo que va a ocurrir. Por si acaso, toma siempre una infusión de Hierba de Sol antes de cada comida y no dudes en tratar cada pequeña molestia como un intento de asesinato.*

*Siempre tuya,*

*Rena*

Dira releyó la carta un par de veces, sin terminar de comprender su contenido, pero poco a poco las piezas fueron encajando en su cabeza. Por eso la Reina había sido tan reticente a dejar marchar a Nahran antes de la llegada de Heda y se había convencido de que era lo mejor para su hijo tras la marcha de su sobrina. La Reina sabía que algo iba a pasar y había intentado poner a Nahran a salvo.

Pero lo que le heló verdaderamente la sangre fue la mención de la Hierba de Sol. Según todas las leyendas, la Hierba de Sol fue una creación especial del Uno, y su cometido era muy específico: era un potente antídoto. Si la Dama Orrena le pedía a su hermana que usara un antídoto, eso significaba que alguien estaba usando veneno.

No, no podía ser. El uso de venenos estaba completamente prohibido, así como su estudio y la sabiduría popular sobre los mismos. No había mayor tabú en su sociedad. El uso de venenos era lo peor que podía hacer nadie y se castigaba con la muerte y la perdición eterna.

¿Cómo había llegado aquella carta hasta ella? ¿La habría puesto la Reina a propósito entre las cartas de Lisha para prevenir a Dira? ¿Había llegado a ella por equivocación? ¿O era un plan para perjudicar a Dira?

Contra todo lo que le dictaba su mente, Dira se escondió la carta en el vestido. Lo más seguro sería destruirla, quemarla o enterrarla, pero Dira no se atrevió a hacerlo. Tal vez la carta guardara más claves ocultas que le podrían ser útiles en un futuro.

Cinco días después de salir de Las Cuevas, mientras los Hijos montaban el campamento y Dira hacía la cena, Dermand se acercó a Rodan.

- Creo que nos siguen.

Dira levantó la vista del conejo que estaba despellejando. No le apasionaba cocinar, pero prefería hacerlo ella a comer de nuevo el guiso insípido y medio crudo que solía perpetrar Hiand.

- Sí, yo he llegado a la misma conclusión - dijo Rodan - pero quien quiera que sea es muy cauto y no se acerca lo suficiente como para revelar su presencia. O al menos no la revelaría a un grupo de mortales.

Los Hijos veían más lejos y escuchaban mejor que los mortales. Su fuerza y su resistencia también eran extraordinarias, así como sus habilidades para el combate.

- ¿Le tendemos una trampa? - dijo Hiand, con la mano sobre la empuñadura de su espada.

- No. Aún no. Dejemos que se acerque un poco más, que se acomode. Si cree que le hemos descubierto se volverá más precavido. Si piensa que no sabemos de su presencia, se relajará y terminará cometiendo un error.

Aquella noche Dira no durmió bien. Soñó con sombras que recorrían el perímetro del campamento y se reflejaban sobre las paredes de su tienda, con manos oscuras de dedos inhumanamente largos cuyas uñas goteaban un siseante líquido verde que hacía arder la carne. Se despertó sudando y con el corazón desbocado en un par de ocasiones y finalmente vomitó ruidosamente, lo que le hizo pasar el resto de la noche en vela.

Al día siguiente, sus ropas desprendían tal hedor que Dira pidió permiso a los Hijos para ir al río a lavarlas mientras los demás cazaban y levantaban el campamento.

– No pasaremos cerca de ningún poblado hasta pasado mañana, así que si debes hacerlo, hazlo. – dijo Rodan. – Hiand, acompáñala, pero no demasiado cerca. A lo mejor nuestro amigo invisible decide actuar si la ve sola en el río.

El que la usaran como cebo no sorprendió a Dira. Por un momento sintió miedo. ¿y si el que les acechaba era parte de la amenaza sobre la que prevenía la Dama Orrena?

– Vamos, preciosa – dijo Hiand – Y si quieres aprovechar para darte un chapuzón en el río, estaré más que encantado de vigilarte, aunque no prometo que me queden las dos manos libres para empuñar la espada en caso de que nos ataquen.

La joven se ruborizó y Hiand se echó a reír.

– Ruborizarse es para las vírgenes. No sé por qué no aprovechas la situación, al fin y al cabo no puedes quedarte embarazada otra vez.

Dira apretó el paso y llegó junto al río, deteniéndose solo para recoger algunas hierbas aromáticas. Hiand se quedó algunos metros atrás, aprovechando la cobertura de un grupo de arbustos para disimular su presencia.

De rodillas junto al río, Dira sumergió sus ropas en el agua y las frotó

con las hierbas que había recogido para eliminar el olor a vómito. De pronto, algo surgió de las aguas del río. Al principio Dira pensó que se trataba de una tortuga, pero cuando los ojos castaños de Nahran la miraron desde la superficie del río, no pudo contener un grito de sorpresa.

– ¿Qué ocurre? – la voz de Hiand sonó aburrida, aunque con un toque de sospecha.

Dira tragó saliva.

– Nada. Es que el agua está muy fría.

– Si quieres que te caliente sólo tienes que avisarme e iré encantado.

– No será necesario. Terminaré enseguida – dijo Dira, sin quitar ojo al río. Nahran, sumergido en el agua hasta la nariz, buscó una posición en la que el desnivel de la orilla le protegiera de la vista de Hiand y sacó la cabeza del agua, manteniendo el resto del cuerpo bajo la superficie. Dira se acercó todo lo que pudo a él. El viento soplaba hacia el río, por lo que no llevaría sus palabras hacia el Hijo y Dira supuso que el rumor de la corriente también ayudaría a camuflarla.

– Márchate – dijo Dira en un susurro – Saben que alguien nos sigue. Te están buscando para matarte.

– Lo sé – dijo Nahran – como a mi padre y a mi hermano.

– Tu madre y tu hermana son prisioneras pero de momento están a salvo.

– He venido a por ti – dijo él.

Dira negó con la cabeza de forma casi imperceptible y siguió lavando sus ropas mientras hablaba.

– No, no es posible. Me vigilan demasiado.

- Puedo deshacerme de ese cerdo.

- Y los otros dos te darían caza. Tú solo podrías escapar, pero conmigo...

Nahran apretó los labios en una fina línea, comprendiendo que ella tenía razón.

- ¿Todo va bien? - la voz de Hiand hizo que Dira diera un brinco.

- ¡Sí! ¿No se supone que tienes que pasar desapercibido para que nuestro perseguidor misterioso haga acto de presencia? ¡Pues no lo vas a conseguir con tanto grito!

Hiand dejó escapar una palabrota que llegó hasta los oídos de Dira claramente, transportada por la brisa.

- Yo estaré bien. Con las Madres estaré a salvo - Dira se sacó de entre las ropas la carta de la Dama Orrena, que había memorizado de tanto leerla a escondidas y la dejó disimuladamente en la orilla, oculta entre la hierba - Espera a que nos vayamos y coge esto. Es de tu tía. Tal vez ella pueda ayudarte.

Nahran asintió con expresión grave.

- Si te pone las manos encima, le destriparé como a un animal.

- No se atreverá. Tú tienes que sobrevivir, para vengar a tu familia.

Nahran volvió a sumergirse y Dira oyó pasos a su espalda. Se levantó con la ropa mojada entre las manos y se dio la vuelta. Hiand la esperaba a varios metros de distancia, la mano sobre la empuñadura de la espada, el ceño fruncido.

- Ya podemos volver - dijo Dira, echando a andar- Enjuagaré esto en el campamento. Esta parte del bosque me da escalofríos.

Hiand la siguió y Dira dejó escapar un suspiro de alivio.



El camino hasta el campamento se le hizo muy corto, como si caminara con más ligereza al haberse quitado un enorme peso de encima.

*Nahrán está vivo.*

## CAPÍTULO 12 – EL GRAN TEMPLO

Las enormes murallas de Elania les recibieron refulgentes bajo el sol del mediodía. Heda y Jarren llevaban caminando toda la mañana sin descansar ni siquiera para comer algo, ya que la cercanía de la ciudad les había puesto alas en los pies.

Atrás habían quedado los peregrinos, agradecidos por la ayuda que les había prestado Jarren. Heda había pasado aquellos días en el camino con mil ojos, recorriendo la multitud en busca de una armadura roja, pero la Ajusticiadora no había dado señales de vida. Si su fama se había extendido más allá del camino, no había llegado a los oídos de la Ajusticiadora, o esta no había relacionado al Sacerdote que bendecía a los peregrinos con los fugitivos a los que perseguía.

Dejaron sus escasas pertenencias en la posada en la que siempre se alojaba Heda. El posadero la saludó con amabilidad, le ofreció dos habitaciones sencillas pero a buen precio y prometió cuidar de sus caballos.

Jarren, por primera vez en mucho tiempo, lo miraba todo en silencio, absorbiendo la grandeza de la Ciudad de los Templos, la Ciudad de Todos los Dioses, Elania.

Después de haber pasado más de tres semanas viajando con el Sacerdote, Heda agradeció el silencio. Ella cargaba con las alforjas que contenían las peticiones de los peregrinos y caminaba con algo de dificultad entre las abarrotadas calles comerciales que llevaban al Gran Templo.

Se contaban muchas leyendas en torno a lo que ocurría al entrar Gran Templo. Muchos afirmaban haber visto a su Dios en persona, algo impensable para los mortales. Ni siquiera los Sacerdotes podían llegar a

adivinar la figura completa de su deidad: para la gran mayoría de los mortales, los Dioses eran poco más que “seres magníficos hechos de oro y plata, brillantes como el sol reflejado sobre mil diamantes”. Muchos Sacerdotes habían intentado crear sus propias versiones de aquella cita escrita hacía cientos de años por un Sacerdote cuyo nombre se había perdido en la memoria del tiempo, buscando metáforas más enriquecedoras, imágenes más brillantes, palabras más poderosas, pero ninguna consiguió perdurar como aquella.

Jarren había escuchado todas y cada una de las leyendas sobre jóvenes Sacerdotes que habían entrado en el templo y habían salido transformados.

– No te lo creas todo – le dijo Heda, sonriendo, mientras caminaban por una calle llena de puestos de comida llevando a los caballos cuidadosamente de las riendas – mucha gente no siente o ve nada, y eso no significa que los Dioses le den la espalda o le ignoren. La mayoría de las veces a los Dioses les importan bien poco los mortales.

Una mujer que cocinaba algo que parecía un tipo de marisco con una salsa de olor muy picante arrugó la nariz al oír a Heda. Pero en Elania nadie se metía en la vida de nadie, y cada uno podía vivir el culto a su Dios como le viniera en gana.

El olor a comida le despertó el apetito a Jarren. Su estómago se quejó, ya que no iba a permitir ser sometido a semejante tortura de olores y colores sin recibir su parte. Heda también parecía estar hambrienta, pues observaba los puestos con gran atención, buscando algo en concreto.

– Tienes que probar las empanadas de arroz que hace un anciano del pueblo de las praderas. El arroz tiene tantas especias que la garganta te arde, pero cuando muerdes la empanada y notas el sabor a cordero en la boca... Hierven el arroz con caldo de huesos de cordero, y te prometo que es lo más delicioso que he probado nunca.

El estómago de Jarren rugió de nuevo, tan fuerte que Heda se sorprendió.

- De acuerdo, encontremos esas empanadas. Luego iremos a dejar los caballos a la posada y aún nos quedará tiempo para visitar el Gran Templo.

Con el estómago satisfecho y el sabor del arroz empapado en caldo de cordero todavía en la boca, Jarren parecía bastante más tranquilo. El picante de las especias le había despejado la nariz, y por primera vez en días podía respirar sin problemas. Incluso Heda parecía relajada, como si hubiera dejado de lado aquella coraza de indiferencia y silencio que no se había quitado en todo el viaje.

El Gran Templo ocupaba la gran mayoría de la parte norte de la ciudad, a la derecha de la puerta principal. En el extremo sur se encontraba el palacio donde se reunía el Cónclave de Ancianos. Entre ambos edificios se extendía un mar de edificaciones que no seguían ningún patrón marcado. Había casa de madera, de piedra, de barro, de ladrillo... cada una había sido construida según las costumbres de sus inquilinos, y dado que no había normativa alguna sobre la cuestión, jamás se había intentado unificar. La única pauta que parecía seguir la ciudad era que cuanto más lejos de la puerta principal se encontraba una casa, más dinero, y por lo tanto espacio para construir, tenían sus ocupantes.

El Gran Templo estaba construido en su totalidad con piedra negra sin pulir, ante una plaza adoquinada rodeada de algunas casas bajas y comercios que vendían artículos religiosos. La forma del templo era ovalada, y las cincuenta torres negras que se alzaban esbeltas sobre el cuerpo del edificio le daban aspecto de una espinosa y puntiaguda corona negra.

- Cincuenta torres, una para cada Dios - dijo Heda, con el tono más neutral que pudo conseguir - Ahí es donde viven los Sacerdotes de los Dioses que atienden el templo.

- Y donde viviré yo mientras dure mi aprendizaje - dijo Jarren, recorriendo con la mirada la torre, tan alta que parecía perderse entre las nubes grises que oscurecían el cielo de la tarde.

Se acercaron a la puerta, una enorme mole de madera oscura tallada con minuciosidad para mostrar los símbolos de todos y cada uno de los Dioses. La puerta no se había abierto jamás, pues era tan pesada que se decía que ni siquiera los Hijos de los Dioses la podían mover. Según la leyenda, los propios Dioses la habían colocado allí, y ésta solo se abriría cuando un Dios se manifestara de forma física en el templo. Por suerte para los visitantes y peregrinos, se había tallado una puerta menor en la madera de la principal, que servía como entrada para los mortales.

Detrás de la puerta había un pasillo de techo bajo que comunicaba con la única nave del templo. El interior del templo era frío, y a diferencia del exterior, estaba forrado con piedra blanca vetada de gris, pulida y suave. Las únicas ventanas que se abrían al exterior eran cincuenta pequeñas vidrieras, una sobre cada altar, pero el vidrio coloreado no era una fuente de iluminación suficiente. La luz de las numerosas velas y antorchas que colgaban de las paredes no se reflejaba en las paredes, por lo que el lugar se encontraba permanentemente en penumbra. En la entrada, un anciano ofrecía pequeñas lámparas de aceite a los visitantes, para que pudieran observar con detalle los altares. Heda pidió una para ella y otra para Jarren.

La nave principal era ovalada, y ninguna columna interrumpía el enorme espacio abierto. Los diferentes altares estaban colocados a lo largo de las paredes, cada uno bajo su torre correspondiente. El silencio era sobrecogedor, y ni siquiera se oía el eco de los pasos de las pocas personas que se encontraban en el interior del templo.

– Aquel es el altar de Radhir – le dijo Heda a Jarren en un susurro, señalando un altar adornado con motivos rocosos. Un hombre de mediana edad con cabellos y barba canos vestido con una túnica gris adornada con el símbolo de Radhir oraba de rodillas ante el altar – Y ese debe ser su Sacerdote.

Jarren cogió las alforjas con las peticiones de los peregrinos y se dirigió hacia el Sacerdote de Radhir como si su voluntad se hubiese visto anulada por la santidad que desprendía aquel lugar. Heda le observó durante unos instantes mientras se alejaba y se dio la vuelta para dirigirse al altar de su padre. Hacía casi cinco años que no pisaba el

Gran Templo, y algo en su interior le impulsaba a visitar el único lugar que sugería que había existido un culto a aquel Dios.

Dicho altar no existía. No era más que un hueco vacío entre otros dos altares, con señales de adornos arrancados y esculturas destruidas a martillazos. La puerta que llevaba a la torre donde debería vivir el Sacerdote del Dios había sido anulada con tablones para evitar que nadie entrara en aquel lugar. La vidriera de colores con el símbolo del Dios había sido pintada de negro con brea, y la luz no pasaba a través de ella. Era uno de los puntos más oscuros del templo. Daba la impresión de que un enorme animal se hubiera llevado un pedazo de templo de un mordisco, y la herida abierta en la pared hacía más evidente la ausencia del altar. No había asientos ante el altar perdido, ya que nadie le rendía culto a aquel Dios.

- Hola, Padre - murmuró Heda, sentándose en el frío suelo - Vengo a visitarte. Lamento que haya pasado tanto tiempo desde la última vez.

Heda perdió la noción del tiempo. Se descubrió a si misma repasando mentalmente todo lo que le había pasado en los últimos cinco años, como si sintiera la necesidad de contárselo a su padre. Pensó en todo lo que había visto en aquel tiempo, hasta llegar a los acontecimientos más recientes: las muertes en masa de jóvenes recién presentados, la interminable riada de peregrinos, las previsiones de un invierno cruel, la vuelta de los Dioses a las camas de las mortales. No hablaba a nadie en concreto, ya que sabía que su padre no podía escucharla pues había sido borrado por completo de la existencia. Su alma, si los Dioses tenían alguna, se había disuelto en las brumas de la muerte, y no volvería en forma de espectro, como aseguraban algunos cuentos de viejas.

No había una segunda oportunidad para un Dios muerto.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no oyó los gritos hasta que estuvieron demasiado cerca. Se levantó con rapidez y se dio la vuelta para dirigirse hacia el interior del templo, hacia los gritos.

Algo chocó contra ella y la lanzó de espaldas al suelo. Intentó mantener el equilibrio, pero la rapidez con la que había ocurrido todo no le dio la

oportunidad de mantenerse en pie.

Desde el suelo, Heda vio que la figura con la que había chocado era Jarren, que se encogía acobardado para protegerse de los bastonazos que el Sacerdote de Radhir intentaba darle en la cabeza.

– ¡Con qué derecho! – exclamaba el Sacerdote mientras agitaba el bastón en dirección a Jarred, que se intentó refugiar tras el pequeño altar de Awer. Heda lo observaba todo desde el suelo, demasiado asombrada como para levantarse – ¡Cómo te atreves a hablar por los Dioses, a aceptar peticiones en su nombre!

– Pero... los peregrinos – sólo acertaba a decir Jarren – necesitan el dinero para vivir.

– ¡Los Dioses necesitan ofrendas para cumplir lo que los hombres les pedimos!

Heda se levantó y se puso entre el Sacerdote y Jarren. El Sacerdote intentó golpearla pero ella atrapó el bastón y se lo arrancó de las manos al Sacerdote.

– ¿Estáis los dos locos? – dijo Heda, en un susurro que resonó casi como una exclamación en las paredes del Gran Templo – ¿Qué son estos gritos? ¿Desde cuando un Sacerdote de Radhir usa la violencia contra uno de sus hermanos en un lugar sagrado?

El Sacerdote, rojo de rabia, intentó recuperar el bastón, pero Heda lo levantó sobre su cabeza alejándolo de su alcance.

– ¿Qué ha ocurrido, Jarren? – preguntó Heda, mirando de reojo al joven Sacerdote, que seguía escondido tras el altar de su padre.

– ¡No lo sé! Le dije que venía de parte de tu tío, tu tío Himad, por supuesto, y él había recibido una paloma mensajera avisándole de nuestra llegada, pero nos esperaba hace más de una semana, y le conté que nos habíamos detenido más de lo esperado en el camino tomando

las peticiones de los peregrinos y entonces le he dado las alforjas y me ha preguntado por las donaciones...

- ¿Qué donaciones?

- ¡Las donaciones de los peregrinos al Gran Templo!

Heda abrió la boca en un gesto de incredulidad.

- ¿Todo esto es por dinero? ¿Acaso la avaricia te ha secado el cerebro?

El Sacerdote intentó abalanzarse de nuevo contra Heda en un arrebato de furia. Ella retrocedió ligeramente, todavía sin creer lo que estaba viendo, y reaccionó de forma instintiva golpeando al Sacerdote en la cabeza con su propio bastón.

El hombre cayó al suelo, los ojos abiertos como platos, sin creerse lo que acababa de ocurrir.

- Quédate ahí - dijo Heda, cuando el Sacerdote intentó levantarse - ni se te ocurra moverme o llamaré a mi tío y te fulminará aquí mismo.

El Sacerdote de Radhir pareció reconocerla al fin y su rostro mostró una expresión de terror casi absoluto.

- Las donaciones... - balbuceó el Sacerdote - las donaciones son necesarias. Los Dioses necesitan saber que lo que piden los hombres no son caprichos absurdos.

La discusión había atraído a un puñado de Sacerdotes más, que se acercaron al altar de Awer y lo observaban todo desde cierta distancia, sin saber muy bien qué ocurría.

- Los peregrinos viajan durante semanas, incluso meses, para venir a Elania. ¿Crees que se tomarían todo ese trabajo por un capricho absurdo?



- Así es como se ha hecho siempre - respondió el Sacerdote, recuperando algo de la actitud desafiante que había mostrado antes de que Heda le golpeará en la cabeza - Los peregrinos acuden a sus templos, los Sacerdotes reciben los donativos y las peticiones y nos las trasladan para que nosotros las leamos a los Dioses.

- Y os quedéis una buena parte del dinero. Pensaba que la ciudad financiaba el Gran Templo. ¿Para qué necesitáis más?

- La vida de un Sacerdote no es fácil. Se necesitan ciertos incentivos, ciertas ayudas...

Jarren, que hasta entonces había permanecido en silencio, se colocó junto a Heda y miró con desprecio al Sacerdote de Radhir.

- ¿Ayudas? ¿Cuándo tenéis sustento y un techo sobre vuestra cabeza? ¿Para qué necesitáis más? Yo ofrecí mis servicios a los peregrinos para aligerar su carga, para que pudieran mantener sus ahorros ahora que se acerca el invierno...

Uno de los Sacerdotes que observaban la discusión se acercó al trío.

- Servir a los Dioses es un trabajo duro, necesitamos recibir alguna recompensa.

- ¡Servir a los Dioses es la recompensa! - exclamó Jarren. - ¿Qué tipo de casa de ladrones es este templo, que se aprovecha de la necesidad de almas desesperadas para arrebatarnos lo poco que tienen?

Esta vez los gritos salieron de todas las gargantas de los Sacerdotes que observaban la discusión. Heda les observó asombrada, viendo como sus rostros se contorsionaban en muecas de rabia y odio.

- ¡Ni siquiera es todo para nosotros! - exclamó uno de los Sacerdotes, con el símbolo serpenteante de Aylon en su túnica - ¡la gran mayoría se lo quedan los Hijos!

¿Los Hijos? Heda no comprendía nada ¿Para qué querrían los Hijos semejantes riquezas? ¿Acaso no tenían túneles llenos de oro en la Fortaleza?

- ¡Hereje! ¡Márchate de aquí! - exclamó el Sacerdote de Radhir, señalando a Jarren con un dedo tembloroso mientras se levantaba del suelo - ¡No mereces el símbolo de Radhir sobre tu brazo!

El Sacerdote sacó un pequeño puñal de entre los pliegues de su túnica y atacó a Jarren. Heda intentó defenderle pero el movimiento del Sacerdote la tomó por sorpresa. Jarren se alejó de la trayectoria del Sacerdote, que falló su objetivo pero le alcanzó con el puñal en el hombro, rajando su túnica y dejando escapar un fino hilillo de sangre. Heda empujó al Sacerdote hacia atrás con el bastón, alejándole de Jarren.

- ¿Cómo se os ocurre derramar sangre en el Gran Templo? - exclamó Heda.

- Fuera - dijo una voz resonante y profunda. El hombre que hablaba llevaba sobre su túnica el símbolo de Burne, y su rostro impassible no mostraba sentimiento alguno - Marchaos del Gran Templo y no volváis.

- Pero... mi aprendizaje... - dijo Jarren, sujetándose con la mano el corte del brazo para detener la leve hemorragia.

- No vas a necesitar aprendizaje. Si alguna vez tuviste la posibilidad de convertirte en un Sacerdote de Radhir, la perdiste en cuanto decidiste robar a los Dioses. Jamás serás uno de nosotros.

## CAPÍTULO 13 – FIEBRE

Cuando salieron a la calle, expulsados del Gran Templo por el grupo de furiosos Sacerdotes, la luz les cegó por unos instantes. En el interior del Gran Templo era normal olvidarse de que el sol seguía brillando en el exterior.

Las puertas se cerraron con un golpe seco y Jarren se quedó parado en medio de la calle, observándolas como si no terminara de creer lo que acababa de pasar.

– ¿Qué significa esto? ¿Radhir me ha rechazado? ¿Ahora soy un Paria?

Heda cogió a Jarren del brazo sano y comenzó a alejarse del Gran Templo. Si los Hijos solían visitar el Gran Templo en busca de los sobornos de los Sacerdotes, si es que eso eran, no quería pasar en la ciudad más tiempo del estrictamente necesario.

– No, ningún Sacerdote puede alejarte de tu Dios. Pueden negarte el acceso a su orden, como acaban de hacer, pero no convertirte en un Paria. ¿Cómo tienes el brazo?

Jarren se detuvo y se miró el brazo donde le había alcanzado la hoja del puñal del Sacerdote.

– Bien. Casi no sangra. Pero eso no tiene importancia, el Sacerdote dijo...

– ¡Da igual lo que haya dicho el Sacerdote! – exclamó Heda, alzando más la voz de lo que hubiera deseado. Jarren la miró sorprendido. – No

vamos a discutir esto aquí – continuó Heda, bajando la voz – Volvamos a la posada y ya pensaremos qué hacer. A lo mejor si le escribimos una carta a mi tío pidiéndole que interceda por ti...

Jarren se frotó el brazo y siguió a Heda en dirección a la posada. Ella apretó el paso, casi echando a correr y Jarren la siguió. Unos minutos más tarde, Heda se dio la vuelta al dejar de oír los pasos de Jarren tras ella y le vio apoyado contra una pared, pálido y sujetándose el brazo herido.

– ¿Qué ocurre?

– Ha sido solo un mareo... – dijo Jarren, irguiéndose al ver la cara de preocupación de Heda – El Sacerdote me hirió con su puñal de runas y creo que no estaba demasiado limpio...

Jarren no terminó la frase. Perdió el equilibrio y cayó al suelo, intentando en vano sujetarse a la pared para mantenerse en pie. Heda corrió hacia él e intentó levantarlo. Las manos de Jarren ardían.

Heda tocó el rostro de Jarren, que estaba cubierto de sudor. Su rostro estaba frío como el hielo, a diferencia del infierno de sus manos.

– ¿Jarren, estás bien? – preguntó Heda, sin saber qué hacer. Él no respondió, los ojos vidriosos miraban al infinito y parecían no verla.

Heda intentó hacerle reaccionar pero él parecía a un paso de la inconsciencia. Pronto la fiebre alcanzó su rostro. Heda jamás había visto a nadie ponerse enfermo tan de repente, con aquellos síntomas tan extraños.

No lo había visto antes, pero si había oído hablar de ello. La Enfermedad.

No, aquello no tenía sentido. La Enfermedad era un signo del rechazo de los Dioses a los jóvenes que acababan de recibir el Tatuaje, y nunca atacaba con tanta rapidez. Aunque Radhir hubiera rechazado a Jarren cuando los Sacerdotes le habían expulsado del Gran Templo, cosa que Heda dudaba, era imposible que la Enfermedad le hubiera atacado tan rápido.

Heda cogió a Jarren en brazos y corrió a la posada.

Una vez en su habitación, Heda le dejó sobre la cama. Jarren estaba pálido de nuevo y parecía dormido, pero no inconsciente. Sus brazos se agitaban de vez en cuando con espasmos y de su boca escapaban algunos murmullos imperceptibles, como si estuviera teniendo una pesadilla.

El posadero les había seguido hasta la habitación al verles entrar y ella le pidió agua fría, toallas limpias y una infusión de hierbas medicinales bastante comunes.

Heda intentó relajarse. Con toda seguridad se trataba de una recaída del resfriado mal curado que Jarren había sufrido durante todo el viaje. El posadero volvió con lo que Heda había pedido y ella pidió no ser molestada y cerró la puerta de la habitación con cerrojo.

Lo primero era bajar la fiebre: Heda colocó paños húmedos sobre la frente de Jarren. Jarren pareció tranquilizarse un poco y Heda le dio a beber algunas cucharadas de la infusión, sin estar segura de si el Sacerdote conseguía tragar algo.

Heda pasó la noche preocupada por el estado de Jarren, que no parecía mejorar. El Sacerdote tiritaba y sufría espasmos, y al cabo de unos minutos parecía dormir tranquilamente, hasta que se volvía a ver

agitado por pesadillas o alucinaciones. En algún momento de la noche el posadero llamó a la puerta para ofrecerle a Heda algo de cenar, pero ella respondió que no quería ser molestada.

Con los primeros rayos del sol, el estado de Jarren no mejoró: seguía pálido, y no había manera de bajarle la fiebre. Heda se sorprendió dando un par de cabezadas y agotada como estaba, tomó la decisión de ir a buscar ayuda.

Heda bajó al comedor de la posada, y encontró al posadero que, recién levantado, estaba limpiando las mesas de la sala. Al verla, el hombre se acercó a ella con preocupación.

- ¿Está mejor vuestro amigo?

Ella negó con la cabeza.

- Sigue igual. Voy a ir al Gran Templo a buscar al Sacerdote de Burne para que venga a atenderle. Os agradecería que enviarais a una de vuestras camareras para que le cuidara mientras yo no estoy. Pagaré lo que haga falta.

El posadero rechazó las monedas que le ofrecía Heda y ella se lo agradeció con una sonrisa cansada. Esperaba que pese a que les hubieran echado del Gran Templo el día anterior, el Sacerdote de Burne accediera a escucharla, no en vano Burne era el Dios del Manantial, de quien se decía que otorgaba poderes curativos a sus Sacerdotes, que usaban el agua milagrosa del manantial junto al que se asentaba la tribu para curar las más diversas enfermedades.

El repiquetear de sus pies mientras corría sobre la piedra fría de las calles, aún vacías por la temprana hora, atrajo algunas miradas curiosas desde los balcones y ventanas de los pisos más bajos, pero nadie se

interpuso en su camino.

Cuando llegó al Gran Templo la puerta estaba cerrada, así que la golpeó con todas sus fuerzas. Un grupo de pájaros, asustados por los golpes y gritos, levantaron el vuelo entre un estrépito de alas batiendo el aire.

La puerta se abrió tras unos segundos que Heda utilizó para recuperar el aliento. Le temblaban las rodillas, por el esfuerzo de la carrera después de una noche entera sin dormir y le ardían los pulmones. El anciano que les había entregado las lámparas de aceite el día anterior asomó la cabeza.

- El Gran Templo no está abierto todavía.

- Necesito ver al Sacerdote de Burne - dijo Heda, con la voz entrecortada. - Es urgente, mi amigo está muy enfermo y necesita un médico.

El anciano la miró y pareció reconocerla. Con una expresión triste, negó con la cabeza.

- Lo siento, el Sacerdote de Burne está ocupado con otros pacientes y no puede salir del Gran Templo - dijo el anciano, y antes de que ella pudiera decir nada más, cerró la puerta.

Heda golpeó de nuevo la puerta del Gran Templo, mientras gritaba que le dejaran pasar, que necesitaba ayuda para su amigo, que estaba enfermo, pero nadie respondió. Golpeó la puerta hasta que le sangraron las manos y después la emprendió con ella a patadas de rabia.

No ocurrió nada.

Heda dejó escapar un grito de rabia y frustración.

- ¡Tío! - gritó, mirando al cielo - ¡Radhir, tu sobrina te llama! ¡Radhir, escúchame, te necesito!

Silencio de nuevo. Si Radhir la estaba escuchando, había decidido no hacer caso a las súplicas de su única sobrina. dejó pasar.

- Vas a despertar a todo el barrio - dijo una voz femenina tras ella. Heda se dio la vuelta y se encontró con una joven de cabello oscuro que la miraba curiosa. La joven llevaba una túnica con el símbolo de Thorne.

- ¿Acaso crees que me importa? Mi amigo se muere y nadie quiere ayudarme.

- Eso he oído, sí. - dijo la joven. Llevaba el cabello negro muy corto, y había algo en su rostro que a Heda le resultaba familiar. - No te van a abrir la puerta. Esta noche la mitad de los Sacerdotes han caído enfermos, y el Sacerdote de Burne no da abasto. Pero yo puedo ayudarte.

Heda entrecerró los ojos, mirando a la joven sin terminar de creer en sus palabras.

- ¿Quién eres?

- Mi nombre es Norah, soy la aprendiz del Sacerdote de Thorne en el Gran Templo.

Norah. Aquel nombre le resultaba familiar.

- ¿No eres una de las hijas adoptivas de la Dama Orrena? - preguntó Heda, recordando por fin por qué la muchacha le parecía familiar. La Dama Orrena tenía varias hijas adoptivas, jóvenes que se habían quedado huérfanas y que ella acogía bajo su ala, ya que no había



podido tener hijos propios. Norah era muy joven, no debía tener más de quince años, pero su cabello oscuro y liso cortado a la altura de la barbilla le daba a su rostro una dureza que parecía impropia de su edad.

- Así es. La Dama me envió a Elania cuando decidí que quería ser Sacerdotisa de Thorne, y llevo estudiando con el Sacerdote un par de años.

- ¿Puedes ayudar a Jarren? - preguntó Heda, y Norah asintió con los labios apretados en una fina línea - Thorne no se especializa en curaciones.

- Thorne no, pero yo si - dijo la joven, enseñándole a Heda una bolsa de cuero de la que sobresalían algunas hierbas que Heda no consiguió reconocer - Adquirí conocimientos sobre hierbas bajo la tutela de la Dama Orrena. Y aquí he aprendido mucho del Sacerdote de Burne, en el Gran Templo se nos invita a recibir lecciones de todos los Sacerdotes, para así servir mejor a nuestro Dios y sus seguidores.

- Entonces vamos.

Heda se encaminó hacia la calle que llevaba de la plaza a la posada donde estaba Jarren. De pronto, Norah se detuvo.

- ¿Qué haces? No tenemos tiempo que perder - dijo Heda. Norah negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior con preocupación. Heda oyó entonces pasos sobre los adoquines de la plaza, el tintinear metálico de armas siendo desenvainadas. Se dio la vuelta y pudo ver un grupo de seis hombres que las observaban desde el centro de la plaza.

Heda no les conocía, pero sabía perfectamente quienes eran.

Los hombres avanzaron hacia ellas y su actitud amenazante se hizo más

clara.

– ¿Eres Heda? – dijo uno de los hombres, el de menor altura. Eso no lo convertía ni de lejos en el menos peligroso: una persona normal sería incapaz de abarcar el contorno de uno sus brazos aún usando ambas manos.

– Sí – dijo ella, con un hilo de voz.

Norah se arrodilló en el suelo de piedra de la plaza, escondiendo la cabeza entre las manos como signo de sumisión.

Heda maldijo en voz baja ¿Cómo era posible que la hubieran encontrado con tanta rapidez?

– ¿No vas a saludarnos, querida prima? – dijo otro de los hombres, alto y pelirrojo y con una barba tan espesa que apenas dejaba ver su boca.

– Asuntos más urgentes me reclaman en este momento, pero si queréis que intercambiamos formalidades, esta noche os enviaré un mensajero con un poema épico sobre este maravilloso encuentro.

Los Hijos de los Dioses no parecían demasiado interesados en un intercambio de pullas y el primero en hablar levantó su arma y la apuntó hacia Heda.

– Tenemos órdenes de llevarte con nosotros a la Fortaleza.

– ¿Órdenes de quien? No pienso poner un pie en vuestra maldita Fortaleza. – les espetó Heda a sus primos, con voz desafiante.

– De acuerdo: te llevaremos en brazos.

Los hombres se abalanzaron sobre ella. Heda sopesó durante unos segundos la idea de intentar escapar, pero aunque ella pudiera escapar de sus primos, Jarren la necesitaba y no iba a aguantar mucho más. Luchar contra ellos no era una opción; era inútil intentar enfrentarse a un Hijo de los Dioses, ya que su fuerza superior les hacía casi invencibles, pero intentar deshacerse de seis de ellos era simplemente un suicidio. Los hombres la sujetaron de los brazos y uno de ellos se los ató a la espalda. Cuando intentaron hacer lo mismo con las piernas, Heda se revolvió.

- Caminaré.

- Qué lástima - respondió el gigante pelirrojo. Heda echó un vistazo a su Tatuaje, y lo identificó con rapidez como hijo de Geron. - Nos habría encantado llevarte atada como una res.

Se la llevaron a empujones, entre risas y comentarios groseros. Algunos habitantes de la ciudad se asomaron a las ventanas, curiosos, pero al ver de quien se trataba, volvieron a esconderse en el interior de sus casas. Nadie quería meterse en problemas con los Hijos de los Dioses. Heda volvió la cabeza y le gritó instrucciones a Norah, que seguía arrodillado en el suelo.

- ¡Está en la posada "El asa rota"! ¡Ayúdale, por favor!

Heda fue incapaz de ver si Norah la había escuchado. Pero pronto aquel pensamiento desapareció de su mente. Aunque pareciera egoísta, en aquel momento le preocupaba más su vida que la de Jarren.

